

García de Saura

HOUSTON, TENEMOS NUEVE SEMANAS Y MEDIA



zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Cuando Vera fue liberada de su secuestro, jamás imaginó que se quedaría atrapada en los ojos de su salvador, el capitán Duarte. Infiltrado en la misión en la que Vera se vio envuelta, se ha convertido ahora en el principal objetivo de la protagonista.

Pero más allá del deseo, sus vidas están unidas gracias a una persona: Claudia, amiga de ella y hermana secreta de él.

A falta de nueve semanas y media para la boda de Claudia en Houston, y presionada por Daniela, la tercera e incondicional amiga de ambas, Vera se propone no sólo que los hermanos se conozcan, sino también que Claudia acepte reencontrarse con su madre, Paqui, una mujer que oculta un secreto que pondrá en riesgo sus vidas.

Romance, intriga, erotismo y humor te esperan en esta historia con la que concluye la saga y en la que se desvelarán las incógnitas que han quedado sin resolver desde el inicio.

HOUSTON, TENEMOS NUEVE SEMANAS Y MEDIA

García de Saura

zafiro

*Dedicado a mis Gamberras,
a mis lectores,
y a todas las personas con
verdadera capacidad de amar y ser amadas*

Capítulo 1

Un sabor agridulce me acompaña cuando me despierto. Anoche estuve con mi capitán. Pasamos una velada increíble; cenamos en un nuevo restaurante que han abierto en mi barrio. Todo iba bien, hasta que me acompañó a casa. Muy a mi pesar, y para no variar, no hubo tema, fiesta o como puñetas quiera llamarlo. No sé a qué espera para meterme mano o, mejor aún, acostarse conmigo. Llevamos varias semanas quedando..., que si un cine, una cena, un paseo por el centro de la ciudad. ¡Chorradas! Yo quiero que me empotre, que me enseñe lo que oculta esa ropa que tanto le sobra y que no me deja ver lo que hay debajo, que me suba, que me baje, que me dé vueltas o que me ate, ¿qué más da? No soy delicada. Pero que me lo dé. Lo he probado todo, y no ha habido manera. A estas alturas creo que ni las chicas de La Mansión, de las que tanto he oído hablar, me ganarían en las artes de seducción que he usado para llevármelo al huerto. Y lo más curioso de todo es que sé que le gusto. Una mujer sabe ese tipo de cosas, no hace falta estudiar ni sacarse una carrera para saber cuándo le gustamos a un hombre. Es algo innato, como un sexto sentido que se activa cuando hay química. ¡Si hasta noto cuándo me mira el culo! He intentado por todos los medios que nuestra relación dé un paso más poniéndole anzuelos de todo tipo para que picara..., pero el muy escurridizo se me larga en el momento en que el hilo se tensa. Lo he invitado a subir a casa, me he insinuado hasta la saciedad y he dejado caer alguna que otra vez algo al suelo para agacharme de forma sinuosa y sensual. Pero ni con ésas he conseguido mi objetivo. Lo más que voy a lograr, como siga así, es que me

salga alguna hernia de tanto encorvarme. ¿Por qué le cuesta tanto? Ésta es la pregunta del millón que no dejo de hacerme una y otra vez.

Me levanto resuelta a que hoy sea el día decisivo. Me siento fuerte y segura de mí misma, y no va a haber nada que me desvíe de mi propósito. Antes de meterme en la ducha hago mis cincuenta sentadillas. Puede que la gravedad empiece a notarse en la parte norte de mi cuerpo, pero lo que viene siendo la zona sur o mi retaguardia sigue estando en su sitio y en perfecto estado. ¡Ya querría la Jennifer López tener el culo que tengo yo! Lo de su cuenta corriente me lo salto; total, ¡debe de ser una mierda ser tan rica!

Tras intentar engañarme a mí misma, miro el reloj del baño y compruebo que sólo dispongo de media hora para salir pitando al trabajo. Por suerte, no soy como la Princess y voy sobrada de tiempo. Y que conste que no lo digo porque yo sea mucho más baja y tenga menos cuerpo que asear, que también, sino porque no soy tan pesada como ella. Ni siquiera la Sweet, pese a que se dedica a eso y se pone mil y un potingues en la cara, tarda tanto en arreglarse. Sonríó al recordarlas. Ay, mis chicas, ¿qué haría yo sin ellas? Al menos tengo a Daniela aquí, en Valencia, a ella la veo a menudo. Pero a Claudia..., ¡cuánto la echamos de menos! Desde que se marchó a Houston ya nada ha vuelto a ser lo mismo. Los Ángeles de Charlie se acabaron, por mucho que nos cueste admitirlo. Todas las semanas hacemos videollamada para vernos y contarnos todo lo que nos ocurre. Aunque nada puede compararse con tenerla aquí con nosotras. Por suerte, nos veremos dentro de unas semanas. ¡Joder, la Princess se nos casa! Aún no me lo puedo creer. ¿Cómo ha podido cambiarnos tanto la vida en tan poco tiempo?

El agua de la ducha cae sobre mi cabeza y lo primero que pienso es que voy a perder el olor de mi capitán. Cualquier mujer enamorada podría entender lo que digo. Anoche, Duarte me besó en la puerta de casa (esto sí lo he conseguido, ¡jole yo!). Lo hace siempre que acabamos una cita. Me acaricio el labio mientras rememoro cómo fue ese momento. Me encanta cuando da un paso hacia mí, me atrapa la cara con las manos y me besa como si no hubiese

un mañana. Cuando nuestros labios se juntan no existe nada más en el universo. Todo cuanto nos rodea desaparece: estrellas, planetas, satélites, la vecina chismosa del quinto... Los únicos que existimos somos él y yo. Bueno, y mi cama, a la que suelo oír desde el portal metiéndose conmigo por ser una perdedora que no consigue convencerlo de que suba. Mis alocados pensamientos fueron acallados rápidamente por la intensidad del beso de mi capitán. No sé cómo lo hace, pero tiene una forma de besar distinta de la de cualquier otro hombre. Tampoco es que yo sea una experta en la materia y haya probado a media ciudad, pero sus besos esconden poder, fuerza, autoridad..., y he de confesar que me desarman. Es ahí cuando le concedo la licencia, me rindo ante su innato dominio, y en mi mente grito mi habitual: «¡Viva el cuerpo!».

Hoy puede que me espere un día duro en el trabajo. Pienso en ello mientras conduzco hacia el centro comercial donde está la tienda de ropa y complementos de la que soy empleada. La vuelta al cole ha comenzado y ello invita a nuestras clientas a hacerse con la ropa de temporada. Mi jefa y yo apenas damos abasto. Tanto es así que, cuando llego tras dejar el coche en el parking, dos mujeres ya aguardan en la puerta a que abramos. Siempre había querido trabajar en una *boutique* de alta costura, con trajes de ensueño y zapatos de infarto. Debe de ser maravilloso estar rodeada de confecciones perfectas y telas majestuosas que se ciñen al cuerpo femenino como un guante. Pero ése no es mi caso, y mis clientas son mujeres de a pie, normales y corrientes, y de un estatus social medio, como el de la mayoría de las personas que conozco. O así era hasta hace unos meses, cuando Arthur o Dau no habían entrado en nuestras vidas. El futuro esposo de la Princess es dueño de un centro ecuestre allí, en Houston, mientras que el novio de la Sweet lo es de unas destilerías de whisky en Escocia y de una nueva que ha abierto aquí, en Valencia. ¿Y Duarte? El señor Duarte es capitán de la Guardia Civil, dueño de una pistola, unas esposas, y de esos ojos pardos que tanto me enloquecen. ¿Necesito algo más? Bueno, sí, su cuerpo, pero ése es otro tema.

La mañana se me hace más pesada de lo habitual. No veo la hora de poder irme a comer con la Sweet, con la que he quedado para vernos en nuestro restaurante favorito. Desde que hemos levantado la persiana, ha sido un ir y venir de clientas. Y cuando llega el momento del cierre, salgo escopetada a su encuentro.

—Hola, rubia —la saludo al llegar a la mesa donde me espera impaciente.

—Morena, llegas tarde.

Daniela trabaja en la televisión regional, y ella tiene más flexibilidad de horario que yo para poder salir antes.

—Lo siento, lo siento —me disculpo dándole dos besos, tras los que tomo asiento frente a ella.

—¿Alguna novedad? —me pregunta entrelazando sus manos sobre el mantel. La pobre lleva días aguantando mi desesperación por mi falta de avance con el capitán.

—Si te refieres a si he conseguido llevarme a Duarte al huerto, la respuesta es no.

—¿No será que estás perdiendo facultades?

—¡Sweet, a ver si te crees que porque te hayas echado un novio rico, guapo y cuadrado vas a venir a vacilarme! —me defiendo.

«¡Joder, dicho así, cualquiera lo haría!»

—No pretendo darte envidia, es sólo que...

—No hace falta que lo pretendas, te sale solo. La ligoterapia os sienta de maravilla.

—¿«Ligoterapia»?

—Sí, tía. Es el *lifting* facial que se os queda a todas después de ligar. Os brilla tanto la cara que encandiláis.

—Pero si tú estás con Duarte. ¿De qué te quejas? —pregunta entre risas.

—¿Me ves brillar? —inquiero inclinándome hacia ella señalándome la frente—. No, pues eso.

La camarera interrumpe nuestra estética conversación para tomarnos nota.

La Sweet tarda bastante más que yo, pero por fin se decide y le indica lo que quiere.

—No sé por qué tardas tanto en decidirte, si al final te pides lo de siempre —me quejo cuando volvemos a quedarnos a solas.

—Ya, tienes razón. Supongo que es por si me da antojo al ver los otros platos.

—¡No me digas que estás...!

—¡No! Con Itziar, de momento, vamos servidos.

—Ya me estabas asustando. ¡Mira! —Vuelvo a inclinarme, pero esta vez para mostrarle el pelo—. Me acaba de salir una cana del susto. Entre la boda de la Princess y tu hijastra, tengo la sensación de quedarme atrás en la carrera.

—Primero..., no la llames hijastra, es horrible.

—Pues no sé cómo quieres que la llame —me defiendo.

—Por su nombre. Y, como mucho, es la hija de Dau.

—Vale, vale —digo mostrando las palmas en son de paz.

—Y segundo...

—¿Hay más?

—Esto no es una carrera, y además tú también has ligado.

—¿Yo? Si esto es ligar, que baje Dios y lo vea.

—Entonces ¿cómo llamas a salir con él?

—Eso es precisamente lo único que hacemos..., salir. ¡Si yo lo que quiero es justo lo contrario: entrar!

—Las cosas de palacio van despacio.

—Mira, tía, ni esto es un palacio, ni yo una puñetera princesa. ¡Te recuerdo que me gané el mote de Balay por algo!

—No veo qué hay de malo en que consolidéis la relación.

—¿Tú estás tonta o te has golpeado la cabeza al entrar? Sweet, que no necesito consolidar nada. Que yo lo que quiero es mojar, que me hagan un esguince chuminero y tener un hombre ibuprofeno.

—¿«Ibuprofeno»?

—Tía, hoy estás que te sales, ¿eh? ¿Cada cuánto tiempo hay que tomarse el ibuprofeno?

—Cada ocho horas.

—Pues eso es lo que necesito..., que me dé medicina cada ocho horas — afirmo enfatizando las palabras.

Daniela ríe a carcajadas en el instante en que la camarera nos sirve el primer plato y las bebidas.

—Estás loca —me riñe de forma cariñosa una vez que volvemos a quedarnos a solas.

—Lo que estoy es falta. Ya he perdido la cuenta del tiempo que llevo sin mojar.

—Madre mía, con lo bonito que es el principio.

—Habló la Nestlé.

Sus carcajadas acaban contagiándome.

—Tía, tienes que probarlo algún día. Que te embadurnen de chocolate y luego te...

—¡O te callas o te tragas el tenedor! —la amenazo apuntándola.

—Perdón, perdón.

La Sweet come mientras intenta en vano reprimirse la risa. Desde aquí puedo verle incluso las chiribitas que le salen de los ojos. He tenido que escuchar más de una vez la famosa anécdota de la batalla de chocolate con final feliz en La Mansión. Yo también quiero probar a untarme y que Duarte me lo quite todo a lametazos. Aunque, para eso, primero debo conseguir que traspase el umbral de mi puerta. Me da que hacerlo en la calle no sería lo más apropiado. Sonrío sólo de pensarlo.

—Que sepas que, en el fondo, me alegro de que estéis juntos —confiesa al cabo de un rato.

—Y yo me alegro de que te alegre.

—Lo digo por la parte en la que es bueno tener a un hombre que te apoye.

—Ahí está el problema. Que quiero que me *a-polle* y no lo hace.

—¿Por qué siempre piensas en lo mismo?

—Nestlé, cállate.

—Digo que me alegra que tengas a alguien, pese a que sabes que la idea de que salgáis juntos... no me hace ninguna gracia.

Gruño dejando a un lado el buen rollo, lo mismo que hago con mi tenedor.

—Dime la verdad, ¿por qué no quieres?

—Lo sabes perfectamente.

—Quiero que me lo digas tú —le exijo.

Daniela (ahora no me sale llamarla Sweet, porque la veo de todas formas menos dulce) deja también su cubierto sobre la mesa y se toma unos segundos para responderme.

—No veo bien que salgas con él sin que lo sepa la Princess.

—Sabes perfectamente que no me concierne a mí decirle la verdad. Hice una promesa, y mi palabra es sagrada. Deberías saberlo.

—Lo sé, te conozco desde hace años. Pero no veo bien que ambos vivan en una mentira.

—Te recuerdo que yo no tengo la culpa.

—¡Yo no he dicho que la tengas!

—Y ¿por qué no puedo salir con el hermano de mi mejor amiga? Dímelo. ¿Qué hay de malo?

—No es eso lo que quiero decir. Es sólo que vuestra relación se basa en una mentira, y no creo que...

—En una ocultación; no es lo mismo —argumento.

—Puedes llamarlo como quieras, Vera, pero no lo veo bien. Mientras Claudia no apruebe lo vuestro, no puedo verlo de otra manera.

—¿Acaso crees que necesito su aprobación para salir con alguien?

—No hablamos de un desconocido, hablamos de su hermano, por favor.

—¡Es que no entiendo dónde está el problema!

—¡No lo entiendes porque te niegas a hacerlo! Es muy sencillo: nuestra mejor amiga no sabe que tiene un hermano al que tú te quieres tirar.

—Visto así, soy la mala de la película.

Un silencio en forma de tregua se hace entre las dos, y lo aprovechamos para retomar nuestro almuerzo.

—¿Y si te dijera que lo quiero para que sea el padre de mis hijos? —pregunto de pronto.

—¿Lo dices en serio?

—Tal vez.

—¿Te has enamorado de verdad? —Daniela está tan asombrada que hasta se tapa la boca con la mano que le queda libre.

—Llamémoslo enchochamiento en primer grado.

—O sea, colada hasta las trancas.

—Enamorada, enchochada..., ¿qué más da? —cuestiono haciendo aspavientos—. El caso es que me gusta y que he hecho una promesa. Fin.

Daniela me mira en silencio. Más bien me estudia. Odio que haga eso.

—De acuerdo. Aceptaré lo vuestro con una condición.

—¿Perdona?

—Calla y escucha. Acepto si consigues que la Princess invite a su madre a la boda.

—¡Definitivamente te has golpeado al entrar!

—Lo tomas o lo dejas.

—Tía, ¡me pides un imposible! Sabes de sobra que la Princess no quiere saber nada de su madre.

—Tú y yo estábamos allí. Ambas vimos lo tierna que fue su despedida frente al ascensor.

—Y las dos sabemos que, tras ese día, no se han vuelto a hablar ni a dirigir la palabra.

—Tendrás mi aprobación si lo consigues.

—¡Sweet, por Dios, no puedes pedirme eso! Sólo faltan nueve semanas y media para la boda, y quieres que en ese tiempo consiga algo que no han hecho ellas en once años.

—Claudia merece saber la verdad.

—Lo sé —admito en un susurro—. Está bien, acepto —claudico al cabo de un rato.

—Me pregunto cómo convencerás a la Mère para que llame a su hija y consiga que la invite —me provoca llevándose un bocado a la boca.

—Hoy estás muy graciosa, ¿sabes?

—Pero me quieres —se mofa regalándome su habitual carita de niña buena.

—No lo tengo claro —respondo con un sobreactuado mohín.

La cita con mi rubia amiga me deja de nuevo con el segundo sabor agridulce del día. Ambas pensamos lo mismo con respecto a Claudia. Debe saber que tiene un hermano, aunque no puedo ser yo quien se lo cuente. La verdadera historia que oculta su madre, por qué la abandonó hace casi once años y por qué nunca le ha dicho que no es hija única es un misterio que sólo Paqui sabe. Por lo que conozco a Duarte, él tampoco sabe que tiene una hermana. Fue tras mi rescate cuando, en un momento en que nos quedamos a solas, su madre me hizo prometerle que no le diría la verdad a ninguno de los dos. Cada vez que rememoro aquel instante, dudo si me impresionó más que me salvara o la noticia de que mi mejor amiga no era hija única, en contra de lo que siempre había creído. Sólo me atreví a contárselo a Daniela. Ella está conmigo y sé que guardará el secreto con la misma firmeza con que lo hago yo. Aunque, para mí, es mucho más duro. Soy yo la que tiene que disimular y controlarse en mis citas con Duarte. En más de una ocasión he estado a punto de cometer un error y de que se me escapase algún detalle. Por fortuna, no lo he hecho y, pese a que no ha sido fácil, he logrado controlarme y no he soltado nada que no debería.

La tarde se me hace mucho más larga que la mañana. Y aún más cuando, a punto de cerrar, recibo un mensaje de mi capitán.

Me ha surgido un problema. Hoy no puedo quedar.

No me esperes. Ya te llamaré.

¡¡¡¿Que ya me llamará?!!! Pero ¿este tío de qué va? No sé si me fastidia

más la forma en la que se ha despedido o que me deje plantada hoy, justo cuando tenía planeado que fuese MI GRAN DÍA. ¡Esto me pasa por colarme de quien no debo! Debo de tener *uniformetitis*, porque la forma en que me pillo por un uniforme roza lo enfermizo.

Para rematar mi manifiesta molestia y acabar de redondear la jornada, cuando me dispongo a apagar las luces de la tienda, aparece la Milka por la puerta.

—¡La que faltaba! —murmura mi jefa.

La Milka es una cliente de hace años, a la que apodamos así por ser más pesada que una vaca en brazos. Desde su primera visita nos dimos cuenta de que era la típica que se deja caer siempre a última hora para dar vueltas, dudar por todo, hacernos sacar decenas de prendas de sus perchas, para finalmente no llevarse ninguna o, a lo sumo y con suerte, una.

—No viene sola. Ya sabes lo que te toca —me indica.

—¡Qué emoción! —suelto en tono irónico.

La Milka tiene dos terremotos o fieras salidos del circo por hijos que, por ironías del destino, hoy vienen con ella. No es que no me gusten los niños, pero cuando estos dos vienen a la tienda se me quitan las ganas de tener alguno. Son más malos que el mismísimo demonio, y me ponen de los nervios cuando corretean y lo tocan todo con sus sucias manazas sin un ápice de respeto. Su madre los ha dejado sueltos, y no han tardado en escabullirse y dirigirse hacia la zona de ropa de niñas, al otro lado de la tienda.

—¡Qué cosa más fea! —oigo decir al mayor cuando llego hasta ellos. Debe de tener unos ocho años. «¡Ochos guantazos le daba yo!»

—Peor es esto —responde el otro, cogiendo el bajo de una falda blanca, monísima, por cierto.

—¿Qué necesidad hay de dejar las huellas dactilares? —inquiero al llegar hasta el más pequeño y arrebatarle la falda.

No es la primera vez que lo hacen. Para mi desgracia, no he llegado a tiempo de evitarlo, y gracias a sus fantásticas manos llenas de mugre, tendré

que llevarla a la tintorería. El recuento de su última visita fueron dos lavados a descontar de mis comisiones.

—Esta ropa es fea —me contesta.

«¡Quién habló! El que si jugara al escondite nadie lo buscaría.»

—Es que no es para vosotros, eso es todo —respondo con la vaga esperanza de que se cansen y vuelvan con su puñetera madre.

—Lo que tienes para nosotros también es feo —suelta el mayor, uniéndose a su hermano.

«¿A que se traga la falda por gilipollas?»

—Todo lo que hay en esta tienda no vale nada —añade cogiendo una camiseta con las manos igual de sucias que su hermano menor y tirándola al suelo con desprecio.

El desgraciado niño es justo lo que me faltaba para sacar la ira que llevo reteniendo desde hace un buen rato. Las risas de los dos y la mala leche que ambos se gastan acaban por arrebatarme la poca paciencia que me queda, y opto por tomar una decisión drástica.

A un metro escaso de ellos, hay un pequeño mostrador sobre el que descansa una diminuta vitrina de cristal llena de diademas, pasadores ornamentados y demás complementos de niña. Es demasiado frágil y en más de una ocasión ha estado a punto de caerse. Mi intención siempre ha sido deshacernos de ella, pero mi jefa siempre se ha negado. Hasta ahora. Creo que el momento de que pase a mejor vida ha llegado.

—Entonces supongo que tampoco os gustan ese tipo de cosas —afirmo atrayendo a los críos hacia la dichosa vitrina.

—¡Menuda mierda! Es cursi y hortera.

—¿Cursi? —pregunto alzando la voz para que la Milka y mi jefa puedan oírme—. Di que no te gusta, pero...

No acabo la frase, de un manotazo empujo la vitrina, que acaba cayendo y haciéndose añicos contra el suelo.

—¡¿Qué habéis hecho?! —grito fuera de mí.

—¡Pero si has sido tú! —me responde el jodido niño en el mismo tono.

El estruendo y las quejas provocan que las mujeres se apresuren a llegar hasta nosotros. Los cristales esparcidos por el piso, las quejas de los niños, mi cara de asombro, la de «tierra, trágame» de la Milka y la de «la madre que te parió» de mi jefa son el más claro ejemplo del caos.

—Lo siento mucho —se excusa la clienta tras mandar callar a sus hijos. Como era de esperar, mi versión es mucho más creíble que la de los dos terremotos que tiene por hijos—. Mañana mismo vengo con dinero y te pago lo que cueste la vitrina.

—Tranquila, mujer, el seguro se encargará de...

—Me temo que no va a poder ser —interrumpo a mi jefa—. El seguro sólo cubre cuando hay daños personales, y por suerte no es el caso.

—Mamá, pero si nosotros no hemos sido —se queja de nuevo el más pequeño.

—¡Calla! Vámonos ahora mismo a casa. ¡Veréis cuando se lo cuente a vuestro padre! ¡Es la última vez que os traigo al centro comercial!

A punto estoy de ponerme a dar saltos de alegría, pero me contengo y únicamente me limito a asentir. La Milka vuelve a disculparse mientras va de camino hacia la salida tirando de sus hijos por el brazo. Mi jefa, parada a mi lado mientras contempla la escena conmigo, me susurra:

—Has sido tú, ¿verdad?

—*Of course.*

—Lo sabía. Te empeñaste en que teníamos que quitarla, y al final lo has conseguido.

—Su pago compensará el precio de la lavandería.

—¿Recuento?

—Una falda y una camiseta.

—¡Jodidos niños! Bueno, tampoco le tenía tanto cariño a esa vitrina. Anda, recojamos esto y cerremos, que ya está bien por hoy.

Cuando ya estamos cerrando, con nuestros bolsos colgados del hombro,

oímos a una mujer preguntar tras nosotras:

—¿Estáis cerrando?

—No, que empezamos una fiesta y estamos creando ambiente. ¡No te jode!
—suelto de mala gana. ¿Qué le pasa hoy a la gente?

La señora, a la que no debe de haberle gustado nada mi respuesta, se marcha quejándose. Como premio, recibo la mirada recriminatoria de mi jefa.

—Lo siento —me apresuro a disculparme.

—No pasa nada. No es la mejor respuesta que podrías haberle dado, pero tienes razón. La gente no se da cuenta de que también tenemos vida. A todo el mundo le gusta salir del trabajo cuando acaba su jornada; no sé por qué no entienden que a los que llevamos una tienda nos ocurre lo mismo.

—Si la gente pensase así, dejarían de abrir los domingos y de putear al personal.

—Amén a eso.

De camino al aparcamiento, le doy vueltas al día tan extraño que he vivido, cuando el móvil me suena dentro del bolso.

—¿Diga? —pregunto al descolgar. Desconozco el número y no tengo ni idea de quién se trata.

—Vera, soy Paqui. ¿Puedes venir? Tengo que hablar contigo. Es importante.

—¿Ocurre algo? ¿Le ha pasado algo a Claudia?

Noto cómo el corazón me late con fuerza y me obligo a detenerme. Con el día que he tenido, esto es lo último que me faltaba para rematarlo.

—No, que yo sepa. Es algo que quiero hablar en persona contigo. ¿Podrías venir ya mismo? Los clientes no tardarán en llegar y debo dejar este asunto zanjado cuanto antes.

Esta mujer es la amabilidad personificada. No es de extrañar que la Princess le tenga el cariño que le tiene.

Tras aceptar su invitación, Paqui, alias *la Mère*, y puede que mi futura suegra, me envía al móvil la ubicación del famoso local que regenta, La Mansión.

Ya es de noche cuando la puerta de la parcela se abre y aparco en el lateral izquierdo de la casa. Todo me es familiar pese a no haber estado nunca aquí. Las chicas me han hablado tanto de ella que es como si la conociera. Un hombre enorme sale a recibirme. Debe de ser Marlo.

—Señorita, acompáñeme. La Mère la está esperando.

La seriedad con la que me lo dice y el hecho de que haya venido a por mí me recuerdan a las series que tanto me gustan. Me pongo a tono y me emociono mientras lo sigo hacia el interior del chalet.

—Vera, pasa y siéntate —me indica Paqui al verme aparecer en su despacho.

—Hola, Paqui —la saludo haciendo lo que me pide. A Marlo lo oigo marcharse tras de mí.

La habitación es tal y como me la habían descrito las chicas. Es regia y sobria, como lo es su dueña. La amabilidad que mostró el día de mi liberación nada tiene que ver con la mujer que ahora tengo ante mí. Su estirada postura y su rostro serio pronto me indican que no se trata de una visita de cortesía.

—Tú dirás —digo con el presentimiento de que lo que viene a continuación no va a ser de mi agrado.

—Como te he dicho por teléfono, no tengo mucho tiempo, así que iré al grano. Quiero que dejes de ver a Enzo.

Su tajante respuesta me deja sin habla. Esta mujer es un témpano de hielo. Soy consciente de que le estoy muy agradecida por ayudarme a liberarme de los rusos, pero ¡por el amor de Dios, es imposible quererla! ¡Menuda suegra me he echado yo también!

—Con el debido respeto, no creo que estés en poder de decirme con quién debo o no debo verme.

—Te equivocas. Sí lo estoy. Y por eso te pido —la forma en que lo pronuncia me pone los pelos de punta— que dejes de verlo.

—¿Se te ha ocurrido pensar que él también quiere verme a mí?

—Eso era antes.

«¡El mensaje!»

—Dime qué está ocurriendo —le exijo sin esconder lo molesta que me siento. Atrás ha quedado la cordialidad. La conversación y lo que conlleva me están tocando las narices.

—No puedo decírtelo. Créeme, es mejor que sea así.

—¿Que sea cómo, Paqui? ¿Por qué todo lo que tiene que ver contigo es un puto misterio? ¿Por qué no eres franca y dices de una vez qué coño está pasando?

—¡Cuida ese tono conmigo, Vera!

—¡Pues cuida tú tus artimañas y tus juegucitos, porque conmigo no van! Puede que a tus chicas las achantes, a la Sweet e incluso a tu hija. Pero te aseguro que conmigo no va a funcionar.

—Veo que sigues manteniendo el genio que tenías cuando eras pequeña.

—Te equivocas, ahora tengo más.

Nuestras miradas se retan con la misma fuerza que dos tornados chocan entre sí. Sentada en su majestuoso sillón, intenta defender su postura como matriarca de su imperio. ¡Me importa un bledo! Puede tener todas las mansiones que quiera, todos los despachos que desee y todos los matones a los que pueda pagar, pero ni ella ni diez como ella me van a convencer de dejar a Duarte. Estoy tremendamente colada por ese hombre. Él me salvó. Él me cuidó. Y eso jamás lo olvidaré.

—Si lo que te preocupa es que Claudia se entere, puedes estar tranquila porque...

—¡Por supuesto que me preocupa que mi hija se entere!

Empiezo a hartarme de que me levante la voz.

—Te hice una promesa y no pienso incumplirla —afirmo contundente.

—Olvídate de él —insiste.

—¡No pienso hacerlo!

—¡Y yo no pienso permitirte que lo sigas viendo!

—¿Qué pasa? ¿No soy lo bastante buena para tu hijo?

De tener las uñas largas, le arañaba toda la cara. ¿Cómo diablos se atreve?

—No se trata de eso.

—Entonces ¿de qué?

—No puedo decírtelo.

—¡Pues si no vas a ser sincera conmigo, esta charla ha terminado! —
remato levantándome.

—¡Se acabará cuando yo lo diga! —grita poniéndose también en pie.

Estoy tan furiosa que no dudo un instante en acercarme a ella. Soy mucho más baja, y puede que incluso más que la mayoría de las personas que conozco, pero no pienso permitirle que se inmiscuya en mi vida de la forma en que lo está haciendo.

—Me importa una mierda lo que quieras —manifiesto plantándole cara—. No te voy a consentir que me digas con quién debo o no verme. No eres nadie para tener ese privilegio. Me habría gustado que esto fuese de otra forma, pero ya veo que no puedes entenderlo.

—¡Eres tú la que no entiende nada! —me grita.

—Y ¿qué es lo que tengo que entender? —Mi tono es igual que el suyo—. ¡Me gusta, a ver si se te mete en la cabeza! ¡Enzo me gusta y no pienso...!

—¡¡¡Joder, Vera, vienen a matarlo!!!

Capítulo 2

Unas semanas antes

Quiero mucho a mis amigas, pero están de un pesado que ni yo las aguanto. Desde mi liberación no me han dejado sola ni un momento. Hasta he llegado a decirles que me siento más secuestrada con ellas que con los rusos. Sé que lo hacen por mí, y yo se lo agradezco sin cesar. Pero estoy bien y lo que más deseo es retomar mi vida y que ellas hagan lo mismo con las suyas. No puedo negar que lo que he vivido ha sido bastante duro. Una cosa es que me gusten las series de intriga y otra muy distinta vivir un secuestro de primera mano. No es algo fácil de olvidar, y no creo que lo consiga nunca. Pero lo que sí puedo hacer es superarlo, y a eso sí estoy dispuesta. Creo que volver a la rutina es lo más inteligente ahora mismo. Me ayudará a sobrellevar lo que me ha ocurrido cuanto antes. Eso, y saldar la deuda pendiente que tengo con Vic. Ese malnacido es el culpable de todo lo que nos ha pasado, y debo hacérselo pagar.

Toda la tristeza, la rabia o la impotencia que siento al recordar los días que pasé encerrada desaparecen, o al menos se alivian, en cuanto pienso en Duarte. Él no quiere que lo llamen Enzo, que es su verdadero nombre, pero, de un modo u otro, eso es precisamente lo que yo querría: llamarlo.

—¡Debería ser obligatorio que tu rescatador te dé su número de teléfono para poder localizarlo y darle las gracias! —es lo que les digo a las chicas una y otra vez.

«Y para echarle un polvo, ya de paso», es lo que me responden para reírse de mí. Les gusta mofarse a mi costa, soltándome chorradas como que puede

que sea feo, que su nariz sea horrible o que tenga la boca torcida con un labio apuntando hacia Badajoz y otro hacia Palma de Mallorca. Yo las ignoro. Algo en mi interior me asegura que esos ojos pardos, que no logro quitarme de la cabeza, van acordes con el resto del rostro. Es imposible que estén en lo cierto y me niego a creerlas. No cuando hablamos de un hombre que me mantuvo a salvo mientras estuve encerrada y al que he proclamado como mi héroe más absoluto e incondicional. Sin haber visto aún su cara, que ocultó en todo momento bajo el pasamontañas que llevaba, me despierta un deseo que no logro explicar. El mismo que me empuja a querer verlo, a conocerlo. Me he imaginado y recreado su cara en mi mente. Me lo imagino moreno, como el vello oscuro de su muñeca. Moderno, como muestra su tatuaje; aunque al mismo tiempo algo clásico, como el estilo del reloj que lleva impreso en su bronceada piel. Íntegro, por el modo en que me trató. Valiente, por su profesión y por la forma en que la ejerce. Y con un cuerpazo que quita el sentido... (esto lo sé porque el uniforme de Guardia Civil se le ceñía que daba gusto). «¡Viva el cuerpo!», grito para mis adentros a pleno pulmón.

Hoy es el primer día que me quedo sola. Estoy oficialmente de vacaciones y las chicas ya no están conmigo. La Princess se marchó a Houston con su Arthur, y la Sweet lo ha hecho a Escocia con su Dau y la niña. Es el momento perfecto para llevar a cabo mi plan y dar con el paradero de mi capitán. Por fin puedo dar rienda suelta a lo que tantos días lleva persiguiéndome y conocer al dueño de esos ojos pardos. Ha llegado la hora de comprobar por mí misma que estoy en lo cierto y que las chicas están equivocadas.

—¡Joder! —exclamo al ver la cantidad de puntos que me da el puñetero Google Maps cuando inserto la búsqueda en mi portátil. Se me había olvidado que en Valencia hay varios cuarteles de la Guardia Civil. Eso, sin contar con los destacamentos y la comandancia.

No tengo ni idea de en cuál de ellos puede trabajar. Ni siquiera sé si podré dar con él o si lo encontraré. Puede que, incluso, se halle inmerso en otro caso y no esté en ninguno. Por un instante pienso incluso en llamar a Paqui; obtendría toda la información que necesito en una sola llamada. Aunque la idea de localizarlo por medio de su madre no me seduce mucho. Me excita más investigar por mi cuenta y poder darle la sorpresa. ¡Sí, eso haré! Llevo días esperando este momento y no voy a dejar que nada ni nadie me detenga o me distraiga de mi objetivo. Si hay que recorrerse media ciudad para encontrarlo, pues que así sea.

Mi fantástica idea ya no me parece tan idílica a media mañana. Estamos en pleno mes de agosto y el bullicio de los turistas no lo hace más agradable. Siempre me ha gustado y me he enorgullecido de que mi ciudad sea una de las más visitadas durante todo el año, pero en este momento daría lo que fuera por que se marcharan a sus puñeteras casas. Las calles, las vías del metro y dondequiera que mire están insoportables. Hay viandantes y turistas por todas partes, con los que me cruzo o simplemente me imposibilitan el paso. Más de uno me ha detenido para preguntarme dónde estaba tal o cual edificio. Al principio no me costaba responderles de forma educada, pero al último que me ha preguntado le he dado a entender que era sorda y no comprendía lo que me estaba diciendo.

Mi mala leche aumenta conforme lo hacen las horas. Al llegar el mediodía y sin rastro del capitán, llego a mi quinta parada, la comandancia. Lo hago empapada en sudor, pegajosa, con los odiosos *camachos* marcados bajo mis axilas, sedienta hasta decir basta y con el pelo recogido en una coleta despeinada. Desconozco en qué momento le he dado esquinazo al glamur, pero ahora sólo puedo pensar en beberme medio Turia y en maldecir el momento en que elegí un vaquero ceñido en lugar de un simple y ligero vestido. Una vez leí que las personas tenemos una parte masculina y otra femenina. Pero me da que, en mi caso, el reparto no fue del todo correcto. Mi parte masculina ha predominado claramente esta mañana cuando me he plantado frente a mi

armario. Si no hubiese pensado con la entropierna y en la necesidad de marcar mi retaguardia, habría optado por la opción más práctica y fresca, y no tendría las ingles empapadas como las tengo ahora mismo. Podría incluso haberme dado por mi parte más cómoda y haber llamado desde casa en lugar de darme esta paliza. Pero no, ha ganado una vez más mi otro yo y su amor por el trabajo de campo.

—Buenos días. ¿Qué desea? —me pregunta el agente que hay en la puerta de la comandancia, bajo el arco, y cuyo uniforme amenaza mi integridad visual. Está tan gordo que temo que uno de los botones de la camisa salga disparado y me dé en un ojo.

«Un casco» es lo que me viene a la mente. Aunque, por suerte, de mi seca boca acaban saliendo otras palabras:

—Buenos días. Estoy buscando al capitán Duarte.

—¿Puedo preguntarle para qué?

—¿Está aquí? —El grito agudo, o gallo, como se lo conoce coloquialmente, que me acaba de salir de la garganta deja en mantillas a los directos de «Operación Triunfo».

—No debería responder una pregunta con otra, señorita. Dígame para qué lo busca.

«Para tirármelo», me susurra mi diablillo al oído. Sí, tengo uno en el hombro que se lo pasa bomba a mi costa. Creo que desde que nací, no estoy segura, pero el muy condenado sabe cuándo aparecer y dar por saco.

—Es por un asunto personal. Soy amiga de la familia —confirmo obviando, por fortuna, la vocecita malvada que siempre tiene ganas de liarla.

—¿Conoce a la familia del capitán?

«Si tú supieras...» Eso lo pienso yo.

—Así es. ¿Podría, por favor, decirme dónde está? Necesito verlo.

—Ya veo. Está bien —transige al fin—. Necesitaré su Documento Nacional de Identidad para poder acreditarla.

La entrega del carnet con su correspondiente comprobación en el ordenador

no lleva más de un par de minutos, que aprovecho para intentar calmarme. ¡He dado con él y estoy a punto de verlo! Una mezcla de emoción y duda nerviosa me asalta mientras me adentro en el patio interior y me dirijo hacia la puerta que el agente me indica. Ni siquiera reparo en los dos guardias civiles que me observan desde el otro lado, tras un coche blanco todoterreno. Si las chicas supieran que estoy en un lugar así y que aún no he soltado mi habitual grito de guerra, pensarían que estoy enferma. Aunque no es precisamente una dolencia lo que me impide hacerlo, sino la sed que tengo. Nada más cruzar el umbral de la puerta, lo primero que hago es buscar algo para beber. Enseguida diviso una máquina expendedora al final del pasillo, a la que me dirijo sin siquiera saludar a la agente que acabo de esquivar al entrar. Por segunda vez en apenas unos minutos, abro de nuevo mi cartera, saco una moneda y la introduzco en la ranura correspondiente. Hay varios números para elegir, y escojo el primero que veo. Tengo demasiada sed como para pararme a decidir qué código elijo. El resorte metálico de la última fila de abajo comienza a girar. La botella está cada vez más cerca, y yo ya me inclino para recogerla. Pero justo cuando va a caer, el maldito muelle se detiene y la botella se queda suspendida en el aire. ¡No, no, no! Miro a mi alrededor y no veo a nadie que esté observándome. Sin pensarlo dos veces, me apoyo en el cristal de la máquina e intento agitarla. Por desgracia, la muy jodida es más grande que yo y no logro moverla ni un milímetro. No quiero hacer demasiado ruido para no llamar la atención, así que el golpe que le doy en el lateral apenas le hace nada. Gruño enfrentándome a ella como quien se encara a un enemigo.

—Dámela, mamona —mascullo entre dientes mientras empiezo a darle pequeños puntapiés casi insonoros.

Me siento como David frente a Goliat, aunque sin piedra. Mi diablillo, que no calla ni amordazado, me sugiere la idea de meter la mano por la puerta giratoria. Lo acallo buscando otra moneda en la cartera. No estoy para líos. Pero como si el destino estuviese de su parte, en el monedero sólo encuentro

monedas pequeñas. «Sólo monedas de un euro», reza el cartelito que hay sobre la pantalla de los numeritos de la máquina.

—¡Tú ganas! —la reprendo por lo bajini.

De nuevo miro a mi alrededor y no veo a nadie.

«Es el momento perfecto ¡Aprovecha!»

A estas alturas ya no tengo fuerzas para discutir ni con la máquina ni con mi diablillo, así que me agacho e intento sacar la botella por mí misma. El cajón es suficientemente grande para meter la mano, aunque aún hay demasiada distancia hasta la última fila, de donde cuelga la dichosa botella. Ya tengo el antebrazo dentro y aún me falta un poco para llegar. Apenas unos centímetros. Me siento en el suelo para poder meter también el brazo. Sólo un poco más y es mía. Estiro todo lo que puedo y... ¡sí! Con la punta del dedo corazón, ese que tanto uso para saludar a impresentables, logro alcanzarla y hacerla caer. La satisfacción por el triunfo me corroe mientras noto cómo mi diablillo danza alrededor de mi nuca, de un hombro al otro. Agarro la botella y me paso la lengua por los labios anhelando atraerla hacia mí. Pero Goliat no me lo pone fácil, y acaba adueñándose de mi brazo, al que engancha con la maldita puerta.

—¡Mierda, mierda, mierda! —suelto al intentar en vano sacar el brazo del cajón.

Cuanto más tiro, más daño me hago. Me giro y me siento mirando hacia el otro lado para ver si así la máquina me da algo de tregua. Nada. No me deja. Me pongo de espaldas a ella y tampoco. El dolor aumenta en cada movimiento que hago. Vuelvo a mi posición inicial, pues parece que así el daño es menor.

—¿Te importaría soltarme? —le pregunto en un desesperado intento de hallar en Goliat un ápice de humanidad—. Si esto es por las patadas, tampoco creo que sea para...

—Hay que ser muy valiente, o muy estúpido, para atreverse a robar en una comandancia de la Guardia Civil —me reprende una voz que reconozco al instante.

El corazón me late con fuerza, la misma que saco de mi interior para

girarme y encontrarme con el culpable de mis desvelos, de mis pensamientos... y de que haya acabado apresada por una vieja máquina atrapapersonas.

Capítulo 3

Llevo recreando este momento en mi mente desde hace días. Había imaginado mil y una escenas, a cuál más sexy y provocadora. En todas ellas, él se sorprendía y acababa alegrándose de verme. En todas me preguntaba cómo estaba o me regalaba alguna frase que me haría crecer un palmo. Pero en ninguna, absolutamente en ninguna, me encontraba de esta guisa, tirada en el suelo, y mucho menos me confundía con una ladrona de tres al cuarto.

—Si vamos a utilizar el verbo «robar», mejor incúlpala a ella, que es la que se ha quedado con «mi» botella y mi brazo. Y recalco lo de «mi» botella, para que quede claro que la he pagado.

—No te muevas —me advierte acuclillándose a mi lado.

—No pensaba irme a ninguna parte.

Duarte ignora mi respuesta y comienza a trastear en el cajón para, una vez más, rescatarme. Su olor trae a mi mente los momentos vividos con él hace apenas unos días. Me estremezo y me emociono al pensar en lo valiente que fue para mantenerme a salvo, en cómo fue capaz de resolverlo todo, y en...

—¡Au! —suelto al sentir un intenso dolor.

—¡Te he dicho que no te movieras! —gruñe de malos modos.

—Pues no me hagas daño —me defiende.

—No te habría hecho daño si hubieses hecho lo que te he pedido —se justifica clavando su mirada en mí.

El instante dura apenas unos segundos, los suficientes para estremecerme. Enzo proyecta una fuerza autoritaria, que, de cerca, aumenta de un modo indescriptible.

—Intentaré no moverme —claudico.

—¿Qué haces aquí, Vera? —pregunta de pronto.

—Al levantarme me ha dado el puntazo de quedarme enganchada en una máquina y, mira por dónde, me he topado con ésta —suelto con sarcasmo. Suelo tirar de él cada vez que me encuentro en situaciones así. Si su presencia ya me pone nerviosa, el hecho de que se acuerde de mi nombre me convierte en un flan.

El capitán me premia en esta ocasión con una mirada de reproche. No sé cómo lo hace, pero logra que me sienta como un cachorro malo y travieso al que su dueño acaba de reñir por haberle destrozado la pata de un taburete o llenado el salón de papel higiénico. ¿Por qué le cuesta tanto entender que yo soy la víctima a la que Goliat le ha comido el brazo?

—Creo que conoces la respuesta —digo para intentar apaciguar el ánimo de ambos.

—Te lo pregunto porque prefiero oírlo de ti. —«¡Lo sabía! ¡Sabía que le gustaba! Estaba segura de ello, y así se lo hice saber a las chicas»—. Y porque —continúa— mientras estés con la mente ocupada en otra cosa, dejarás de moverte.

¡A freír espárragos mi momento *happy*! Entorno los párpados para aniquilarlo con una mirada que él no logra ver y que acompaño con una mueca infantil. El capitán parece empeñado en fastidiar un acercamiento y en ponérmelo difícil, algo que, sin pretenderlo, se convierte en un reto para mí.

—¿Por qué no llamas a alguien de mantenimiento? —sugiero sólo para fastidiarlo y ver su reacción.

—El de mantenimiento está de vacaciones.

—O a los bomberos —añado—. A alguien que me saque el brazo sin hacerme daño.

—¿Qué pasa?, ¿no crees que pueda ayudarte? —inquire molesto, volviéndose hacia mí. Sus manos, que ahora están fuera de la máquina, caen inertes de sus antebrazos apoyados sobre sus rodillas.

—Ellos están preparados para este tipo de casos —lo provoco.

—Y ¿crees que yo no lo estoy?

Su tono me confirma que estoy llegando a donde quería. Es guapo a rabiar, aunque eso ya lo sabía. Pero tengo que hacerle ver su falta de delicadeza y, de paso, que no me achanto con facilidad.

—A la vista está que no —aclaro mirándome el brazo.

—¿Siempre tienes que tener la última palabra?

—Pues no preguntes.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse. Aunque esta vez ambos nos tomamos un poco más de tiempo. ¡Cuánto añoraba volver a perderme en esos increíbles ojos pardos! Tenerlo tan cerca enloquece mis latidos. Duarte baja la vista hasta mis labios, y yo siento cómo mi cuerpo se revuelve inquieto anhelando lo que tanto ansío. Mis pulmones se hinchan llenos de satisfacción por haber conseguido dar con él, y por cerciorarme de lo que mi interior me aseguraba a gritos. ¡Le gusto! Lo sé. Sus ojos vuelven a atrapar los míos, y de nuevo logro ver en ellos lo que busco. Sé que bajo esa fachada de tipo duro y distante hay un hombre increíble al que deseo conocer con todas mis fuerzas. Llevo días soñando con este momento, con poder confirmar que su recuerdo no era sólo parte de mi memoria, sino que estaba basado en un hecho real. Y ahora puedo corroborarlo. Ahora puedo sentir la fuerza, la seguridad y la protección que hay tras esos increíbles ojos, cuyo color me evoca a la esmeralda más pura combinada con el mayor y más extraordinario atardecer.

—Vera —susurra a escasos centímetros de mi boca.

—¿Sí? —pregunto en un tono agudo e inusual en mí.

—Nada —responde volviéndose hacia la máquina y privándome de sus increíbles ojos.

—Dime —le pido tocándole el brazo.

—Puedo sacarte de aquí, pero tienes que darme tu palabra de que no te vas a mover.

Su seguridad es tan firme que acabo asintiendo en silencio. Mi héroe

particular no tarda en retomar mi auxilio introduciendo sus manos en el cajón de la máquina, mientras yo me derrito. Lo hago contemplándolo. Desde mi posición, observo su impecable perfil. Me recreo admirando su cuadrada mandíbula perfectamente delineada por la recortada barba que luce. Su bronceado tono de piel me atrapa como una gran tela de araña captura a su presa, dejándome igual de inmóvil. Amordazada por su influjo, me deleito jugueteando en su cuello con su nuez, tan masculina como excitante. Su camiseta, de color azul marino como la profundidad del mar, me impide ver qué hay debajo. Mi diablillo, al que noto sentado sobre mi hombro derecho, se lo pasa en grande susurrándome al oído los mil y un contornos que debe de haber bajo esa tela. «Su pecho debe de ser una cordillera de montañas marinas por conquistar —me suelta para rematar—. ¡Lo que daría yo ahora mismo por convertirme en sirena!», pienso mientras me relamo el labio como gata en celo.

—Ahora intenta girarlo hacia mí —me indica refiriéndose al antebrazo.

El movimiento que me pide me es difícil y se lo hago saber. Con cuidado, esta vez sí, de no hacerme daño, Enzo me dice que debo hacer el giro desde el hombro derecho y no desde el brazo. Siguiendo sus indicaciones, que me ordena con amabilidad, me inclino un poco hacia delante y hacia la izquierda. Casi me da un algo cuando me doy cuenta de que, desde mi nueva posición, su culo queda a escasos centímetros de mi cara.

«¡Viva el cuerpo! —grita mi mente a pleno pulmón—. ¡Que se pare el mundo, que yo me bajo!», añade para celebrarlo. Y no es la única..., pues mis *países bajos* se unen a la fiesta dándolo todo a base de palmeos.

—¡No te muevas! —se queja.

—Lo siento, es que... —farfullo pensando en la juerga flamenca que se está organizando.

—¿Podrías concentrarte? —me apremia.

—¿«Concentrarme»? —pregunto sin apartar la vista de su culo—. ¡Si me falta nada para llegar a la hipnosis, ya te lo digo yo!

Enzo se gira y descubre por sí mismo el motivo de mi sugestión.

—¡Si llego a saber que eras tan descarada...!

—¿No me salvas? —pregunto con los ojos abiertos como platos.

La dura mirada que el capitán me regala me confirma que la fiesta ha terminado.

—¡Ya está! —anuncia tras oírse un pequeño chasquido—. Ya puedes sacarlo. Hazlo despacio.

Obedeciendo sus palabras, por fin logro sacar el brazo. La zona donde la puerta me había enganchado me duele tanto que de forma inconsciente me llevo la mano hacia ella.

—¿Te duele mucho? —formula al ver la mueca que hago.

—Un poco.

—Ven, vamos a mi despacho —ordena incorporándose en un rápido movimiento y ofreciéndome su mano para levantarme.

Encantada, acepto su ayuda, pero en cuanto avanzamos un par de pasos me detengo en seco.

—¿Qué ocurre? —demanda frunciendo ligeramente el ceño.

—No pienso irme sin mi botella —anuncio volviéndome hacia la máquina.

Enzo me observa mientras desando el corto trayecto recorrido y me agacho para volver a meter la mano en el dichoso cajón.

—Chúpate ésa, mamón —mascullo en un murmullo, inapreciable a los oídos del capitán—. Nunca subestimes a un enemigo pequeño, Goliat.

El despacho del capitán es más austero y simple de lo que esperaba. No es que me hubiese imaginado una oficina llena de lujos, pero el poco mobiliario y la ausencia de decoración llaman mi atención.

—Siéntate —me invita señalando la silla que hay frente a su mesa tras cogerme el botellín de agua vacío, que me he bebido de un solo trago.

Deja caer el envase en la papelera y toma asiento al otro lado, en un sillón que no tiene pinta de ser muy cómodo. No me extraña que los agentes estén siempre fuera, en misiones..., con esas sillas cualquiera se queda.

—Dime qué necesitas, Vera.

«Que me subas a la mesa y me empotres mirando para Cuenca.»

—Quería darte las gracias por lo que hiciste por mí.

—Ya lo hiciste cuando me marché.

—No como es debido.

—Para mí fue suficiente.

«¡Este tío es la alegría de la huerta!»

—Pues no para mí —remato sin achantarme ante lo que parece ser un desplante en toda regla. ¡Como me llamo Vera, que no me voy de aquí sin una cita!

—¿Cómo has sabido dónde trabajo?

—Eres capitán, averígualo.

—¡No juegues conmigo, Vera!

—No juego contigo, Enzo.

—¡Duarte! —me corrige.

—Me he pateado media Valencia hasta llegar hasta aquí.

El capitán baja la vista hasta mi camiseta sudada. Deduzco que por fin lo ha pillado.

—No era necesario que vinieras, y mucho menos que te abrasaras. Con un mensaje me habría bastado.

—Me habría encantado enviarte uno, si hubiera tenido tu número.

—Me refería a través de mi madre.

—No me gusta pedir favores.

—¿Eres siempre tan cabezota? —pregunta molesto.

—Le dijo la sartén al cazo —me defiendo.

De nuevo un reproche de miradas, y de nuevo vuelvo a sentir que debo sacar toda la artillería si quiero que esto acabe como yo deseo.

—Me debes una cita —añado—. Dámela y no te molestaré más.

—¿Que te la debo? —ríe socarrón—. ¿Cómo has podido llegar a esa conclusión? Yo no he dicho nada de...

—Porque tienes que darme la oportunidad de verme de forma decente.

—Nunca he pensado lo contrario.

—Te agradezco el gesto, pero ambos sabemos a qué me refiero. Primero en pijama y ahora de esta guisa.

Enzo se deja caer sobre el respaldo de la silla y guarda silencio mientras me estudia. Pagaría por saber lo que pasa por su mente en este instante.

—He de confesar que me tienes asombrado.

—Si vas a mofarte de la pinta que llevo, puedes ir...

—Lo digo por lo fuerte que eres. —Su respuesta me deja sin habla—. He estado en suficientes casos para saber que una persona tarda mucho más tiempo que tú en recuperarse. Un secuestro no es nada fácil de superar. En cambio, tú...

—Me tomaré eso como un cumplido.

—Lo es.

—¿Eso es un «sí» a mi cita?

—Gracias por venir, Vera —suelta de pronto, incorporándose. Su tono de voz, su gesto y la totalidad de su cuerpo me invitan a abandonar su despacho.

—No me iré a ninguna parte sin una respuesta —manifiesto poniéndome en pie sin un ápice de intención de ceder por mi parte.

En apenas dos zancadas, el capitán llega hasta mí para detenerse a escasos centímetros.

—Te la estoy dando —afirma con rotundidad.

Mis ojos viajan de un lado a otro de los suyos, intentando entender lo que quiere decirme. Noto su cuerpo tan cerca que me estremezco al pensar que podría besarme. Ahora, por primera vez, es cuando me permito la licencia de mirarlo cara a cara y deleitarme con su varonil rostro. Es mucho más guapo de lo que me había imaginado. Sus facciones son duras y hoscas, al tiempo que devastadoramente viriles. El capitán debe de haber vivido situaciones límite que no hacen más que aumentar mi deseo por él. Su valentía y su coraje son dignos de mi más sincera admiración. Su piel aparenta ser dura y fuerte, como

sé que lo es él. Desprende masculinidad por cada uno de sus poros, por cada surco y cada línea de su rostro. Y, entre tanta rudeza, entre tanta hombría y solidez, se encuentra la isla de algodón que conforman sus labios, en la que deseo perderme con todas mis fuerzas. Mis latidos se precipitan en mi interior; deseo que me bese y me haga sentir que esto es real y no parte de un sueño.

—Si esto es un «no», quiero que sepas que no lo acepto —aclaro, no sin esfuerzo. Las piernas apenas logran aguantarme.

Enzo rodea mi cintura posando su mano en la parte baja de la espalda para, en un rápido movimiento, acercarme a él hasta que nuestros cuerpos chocan entre sí.

—Si quieres que acepte una cita contigo, ve aprendiendo a leer mi cuerpo, porque soy un hombre parco en palabras.

Menos mal que me tiene cogida, porque de ésta casi me caigo.

—A las nueve en punto en tu casa —añade—. No soporto la impuntualidad, así que, si te retrasas un solo minuto, me largaré.

—En punto —aseguro antes de que cambie de opinión.

—Adiós, Vera.

Enzo me suelta y rodea de nuevo la mesa para volver a su sillón.

—Adiós, capitán —me despido girándome.

Pero cuando estoy a punto de traspasar el umbral de la puerta, su voz me detiene en seco:

—Tienes una oportunidad. No la desaproveches.

—No lo haré —sentencio con una sonrisa triunfal cruzándome la cara.

Capítulo 4

A falta de cinco minutos para las nueve, doy vueltas por el salón intentando en vano calmarme. Estoy tan nerviosa que hasta he tenido que mirar el reloj al menos diez veces para darme cuenta de la hora que es.

—Deja de moverte o acabarás igual de empapada que esta mañana —me riñe mi diablillo, que juguetea con uno de los mechones que me caen sobre el hombro.

—¿Preocupándote por mi aspecto? Esto es nuevo —le suelto socarrona.

—Es que necesitas echar un polvo, y no lo conseguirás si sigues moviéndote como lo haces.

El muy puñetero tiene razón, y acabo sentándome en el sofá para hacer sesiones de respiración. Lo vi una vez en uno de esos vídeos que circulan por Facebook. Inspira por la nariz..., llena los pulmones..., deja que el aire entre hasta el diafragma..., retenlo cuatro segundos... y expúlsalo por la boca. Repítelo cuantas veces sea necesario hasta que tus latidos se calmen. En la tercera inhalación noto cómo el método comienza a hacer efecto; el corazón ya no me late con tanta fuerza y empieza a ralentizarse. El suave sonido del aire acondicionado se entremezcla con el de mi respiración, llevándome a un estado de relajación, de sosiego... ¡Timbre! De un salto, me levanto y corro hacia la entrada para descolgar el telefonillo. Mis latidos vuelven a acelerarse en cuanto lo veo a través de la pantalla. ¡A tomar viento el método de relax!

Ya en el portal, tengo que hacer un esfuerzo por no caerme de culo al verlo. Viste una camiseta entallada negra que acentúa sus bíceps y un vaquero desgastado que dispara mi imaginación.

—Así me gusta, que seas puntual —me mofo cuando llego hasta él.

Enzo no puede evitar sonreír en respuesta.

—¡Hola! —me saluda regalándome una sonrisa que logra derretirme.

Tenía razón con eso de que era parco en palabras. Aunque con esa forma que tiene de mirarme y con ese porte, ¿quién quiere perder el tiempo hablando? Voy a tener que sacar toda la artillería si deseo salir airosa de esta cita, porque lo único que mi cuerpo me está pidiendo a gritos es que lo agarre de la pechera y lo arrastre hasta mi cama. ¿Obligar a un guardia civil a que te quite las telarañas se consideraría acoso?

El lugar al que el capitán me lleva en su coche a cenar es acogedor y bastante informal. No es un restaurante de esos donde tienes al camarero pendiente todo el tiempo de rellenarte la copa de vino, sino más bien una mezcla entre taberna y local distendido para cenar con los amigos. Sin necesidad de reserva, ambos nos adentramos y nos sentamos a una de las últimas mesas del fondo.

—¿Cerveza? —me pregunta al tiempo que avisa a la camarera con la mano.

—Claro que sí. —El «guapi» se me queda en la punta de la lengua.

No soy precisamente delicada para comer, así que le concedo la libertad de elegir por los dos a la hora de pedir. Él se toma la licencia con gusto, y en pocos minutos ambos charlamos de forma amigable mientras degustamos un exquisito plato.

—Fuiste muy valiente y actuaste de un modo ejemplar —me indica tras preguntarme qué tal lo llevo desde el día de mi liberación.

—Digamos que soy una chica de acción que suele quedarse con las cosas importantes.

—O sea, que ves series de policías.

—Exacto.

Duarte sonrío y yo me ablando como mantequilla al ver lo guapo que está cuando sus labios se curvan de ese modo. Tiene una dentadura perfecta, enmarcada por un grueso labio inferior que mordería y sorbería durante horas

sin descanso. ¿Quién necesita un donut de chocolate teniendo esa boca para comerse?

—En serio, Vera. Puedo asegurarte que no todo el mundo es capaz de lograr lo que conseguiste tú. Supiste mantener una calma que muy poca gente alcanza en una situación así.

—Resulta extraño que me halaguen unas palabras como éstas, teniendo en cuenta de qué estamos hablando. Pero lo cierto es... que me halagan bastante.

—Te comprendo. Tu actitud sumisa propició que todo fuese mucho más fácil.

«¿Sumisa? ¡Este no sabe a quién tiene delante!»

—¿Crees que soy sumisa? —pregunto para hacerme una idea del concepto que tiene de mí.

—No.

«Ahora sí que me he perdido...» Mi cara debe de formular la pregunta por mí, porque Enzo se apresura a responder.

—Tu actitud sí lo fue mientras estuviste en aquel zulo. Pero no, no creo que lo seas.

«Si tú supieras y tú me dejaras...»

—Fuiste valiente e inteligente —añade.

—Gracias —murmuro sorprendida.

Sus halagos me conmueven tanto que una bola de comida se me acaba formando en la garganta. Sin pensarlo dos veces, agarro mi botella de cerveza y acabo bebiéndomela casi por completo de un solo trago.

—Mejor me pides otra —le digo en cuanto mi garganta vuelve a quedarse libre como los taxis.

Enzo duda un instante antes de decidirse a llamar de nuevo a la camarera. Debo de parecerle una alcohólica, que no anónima, por la forma en que me mira.

—¿Sueles beber mucho? —inquire frunciendo el ceño.

—Depende de la sed que tenga —respondo nerviosa.

—¿Eres siempre tan sarcástica? —me apremia con un gesto que se tambalea entre la molestia y la sorna.

—Me pones nerviosa, eso es todo —aclaro en un instante de flaqueza extrema.

Pero al segundo me doy cuenta del error que acabo de cometer. En una primera cita nunca hay que demostrarle a un hombre que te gusta o estás perdida. Y hasta mi diablillo se echa la mano a la cabeza, estampándose la palma en la frente como el emoticono del WhatsApp.

—Bueno, si he de elegir entre que me pegues un bocado o que te bebas la botella de un tirón, me quedo con lo segundo —afirma decantándose por llamar a la camarera.

—¿Te acuerdas? —pregunto orgullosa.

—Lo raro sería que lo olvidase —suelta en tono burlón—. La marca me duró un par de días.

—Me gusta dejar huella, tú ya lo sabes —me mofo.

—Guardaré las distancias, por si acaso.

—Te confundí con uno de ellos —me apresuro a aclararle. ¡Lo último que quiero es que se aleje!

Enzo ríe pícaro y es entonces cuando me doy cuenta de que he caído en su trampa.

—Hablando en serio —intervengo para borrar su momento de ego masculino—, quiero darte las gracias por lo que hiciste por mí.

—No tienes por qué darlas; es parte de mi trabajo.

—Ya, pero quería hacerlo en persona.

—Agradezco tu intención, pero de verdad que no hacía falta que vinieras a la comandancia.

—Lo dices como si te molestara que haya ido.

—Tal vez «molestia» no sea la palabra adecuada, pero sí «inconveniente».

—Así que soy un inconveniente para ti... —bramo molesta.

—Yo no he dicho eso —se defiende—. Me tomo demasiado en serio mi

trabajo, y no creo que sea el lugar ideal para recibir visitas. Con llamarme habría bastado.

—¿Tienes novia? —suelto de pronto, sin anestesia y aparentando una seguridad de la que hasta yo misma me sorprendo.

—No.

—No llevas anillo, así que supongo que tampoco estás casado.

—No, no lo estoy. Tener pareja no entra dentro de mis planes.

—Vaya, un hombre estructurado.

—¿Por qué tengo la impresión de que no es un cumplido?

—Porque no lo es.

—Mira, Vera. No quiero que haya malentendidos entre nosotros. Si he accedido a quedar es porque me sentía en deuda contigo.

—¿En deuda? —pregunto sin entender adónde quiere ir a parar.

—Ha sido un bonito gesto por tu parte venir a darme las gracias. Pero no suelo quedar con nadie que esté implicado en ninguno de mis casos, y no quiero que te lleves una idea equivocada de esta cena.

—¡No puedes pedirme eso, ya he encargado las alianzas para la boda! —me cachondeo por no hacerle tragar el panecillo.

—Veo que lo has pillado. Me alegra, porque no quiero que haya malentendidos.

—Quien no lo ha pillado eres tú —afirmo rotunda.

—¿Qué quieres decir?

—Que, por mucho que te empeñes en demostrar que eres frío y calculador, no pensaba irme sin una cita.

Duarte deja caer su cuerpo sobre la silla guardando silencio para estudiarme. Supongo que es algo innato en alguien como él y con su profesión. Me está poniendo a prueba, y no pienso suspender este examen.

—Acabas de despertar mi curiosidad. —Enzo hace una pequeña pausa para tomar de su pierna derecha la servilleta, limpiarse con ella y dejarla de nuevo

en su sitio—. A ver, dime qué habrías hecho si te hubiese dicho que no —me pide apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—Veamos —digo imitando su gesto con mi servilleta mientras busco una respuesta que lo sorprenda—. Habría vuelto al día siguiente... para denunciar un robo —remato apoyando los codos sobre la mesa para entrelazar mis manos.

—¿Un robo? ¿De qué?

—De los que te roban. ¿Qué más da?

El capitán duda entre reír o estrangularme.

—La denuncia falsa podría costarte un disgusto, ¿lo sabías?

—Sí. Aunque no me habría importado.

—¡Será una broma!

—Para nada —sentencio segura de mí misma—. No me he pateado media ciudad para obtener un «no» por respuesta.

—Vale. Suponiendo que dejara pasar que estarías cometiendo un delito, ¿qué habrías hecho si ni con éstas te hubieses salido con la tuya?

—Pues al día siguiente habría vuelto para denunciar... un acoso.

—¡No me lo puedo creer!

—Será porque eres hombre de poca fe.

—Vale, vale —admite divertido—. Supongamos que también te digo que no.

—A ver ... —«Piensa, Vera, tienes que dejarlo K.O.»—. ¡Ya lo tengo! —anuncio sonriente—. Iría a confesar un asesinato.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¡No puedes ir por la vida tomándote las cosas a la ligera! —masculla inclinándose hacia mí para que nadie de nuestro alrededor pueda oírlo—. Infringir la ley es algo muy serio, y veo que tú te lo tomas a broma.

—No debería preocuparte tanto algo que no he hecho —me defiendo—. Míralo de este modo —digo inclinándome igual que él—, gracias a que accediste a venir, hay una delincuente menos.

De nuevo se deja caer sobre el respaldo para volver a estudiarme con gesto contrariado. Me encanta ver su cara de desconcierto, que me hace sentir más Balay que nunca.

—Está bien. Veamos hasta dónde eres capaz de llegar. Dime qué harías si en este preciso instante decidiera marcharme.

Su desafío me obliga a tomarme mi tiempo en idear una respuesta, momento que aprovecho para imitar su misma postura. Mi diablillo se me ha venido arriba con su reto y no deja de susurrarme al oído todo tipo de indecencias habidas y por haber que, de seguro, lograrían que mi trasero acabase pasando la noche en el calabozo.

—Mejor lo dejamos para luego —acierto a decir para acallar a ambos.

—No. Quiero saberlo ahora.

El modo inquietante en que el capitán me mira y me dicta su última frase me enloquece. Sus palabras me llegan cargadas de firmeza y de seguridad, aunque la tensión de su cuerpo me indica que esto lo excita tanto como a mí. Mi duende rojo se lo pasa en grande revoloteando a mi alrededor, despertando incluso la atención de mis *paises bajos*, a los que provoca con descaro. El corazón me late en el pecho, y sus enérgicos latidos me recuerdan a un redoble de tambores, que aguardan igual de impacientes a que le dé una respuesta estelar y digna de este apasionante momento. Conozco muchas formas de llamar la atención de un hombre sin necesidad de infringir la ley, pero con el capitán quiero hacer algo a lo grande. Quiero que no olvide jamás esta cita, de igual modo que deseo que sea él quien me pida una segunda. Todo lo que estoy conociendo de él me enloquece, y quiero que sepa a quién tiene delante. Ambos estamos hechos el uno para el otro, y no pienso escatimar en medios para conseguir mi objetivo. Así pues, sin mediar palabra, meto las manos debajo del vestido y, tras elevarme lo suficiente para agarrar las braguitas, me las quito bajo su atenta mirada. Mis ojos se encuentran con los suyos; no quiero perderme su reacción, y mucho menos cuando dejo la ropa interior sobre la mesa. Enzo traga saliva y mi ego se viene irremediabilmente arriba.

Sus nudillos blancos sobre la mesa me dan la señal que necesito para dar comienzo a mi plan.

Como buena cinéfila, me dejo llevar por el recuerdo de una famosa escena y echo mi cuerpo hacia atrás. Cierro los ojos y me humedezco los labios al tiempo que comienzo a gemir en un suave murmullo. Enzo, al que tengo sin perder un solo detalle de la secuencia, se revuelve sobre la silla. El volumen de mis jadeos aumenta conforme crece la intensidad de su mirada. Con el rabillo del ojo noto cómo las mesas que hay a nuestro alrededor comienzan a percatarse de lo que ocurre.

—Para —me pide al tiempo que, de un rápido movimiento, recoge mis braguitas y las esconde bajo su puño.

Pero mi cuerpo no está por la labor de obedecer su petición. Él me ha retado y debe asumir las consecuencias. Mis resuellos vuelven a aumentar, y mi respiración agitada los acompañan. Inclino medio cuerpo hacia atrás mientras con las manos me agarro a ambos lados de la mesa. Llevo tanto tiempo sin estar con un hombre que apenas me cuesta fingir. Tan sólo tengo que imaginar, una vez más, lo que haría con el capitán para que la representación parezca absolutamente real. A estas alturas, medio restaurante ya es testigo presencial de lo que ocurre, mis gritos han sabido llamar su atención. Como la del capitán Duarte, que no me quita ojo, inquieto y agitado. Su mirada logra excitarme aún más y mi actuación culmina con un orgasmo, no tan fingido, digno de ganarme la famosa estatuilla dorada. El final de la escena de la película acaba con una mujer pidiéndole al camarero lo mismo que Meg Ryan, en el papel de Sally. Pero en esta ocasión, cuando concluyo y cojo mi copa para aparentar normalidad, me sorprendo al ver que una mitad de los comensales me miran con repugnancia y la otra mitad me felicitan y aplauden por mi actuación. Satisfecha como pocas veces, centro mi atención en Enzo, quien, tras dejar sobre la mesa dinero más que suficiente para pagar la cena, se levanta, me toma del brazo y, con voz autoritaria, me suelta:

—Se acabó ponérmela dura. Vámonos.

Capítulo 5

En la actualidad

La confesión de Paqui me deja sin habla y logra hacerme retroceder hasta caer rendida sobre la silla. El temor se apodera de mí, haciéndome recordar cada momento vivido con él, incluso nuestra primera cita, que rememoro como si hubiese sucedido ayer. Aquélla fue la noche en que tuvo lugar nuestro primer beso. Fue en el portal. Sin mediar palabra, Enzo se abalanzó sobre mí y me besó como nunca antes me habían besado. Apenas hablamos a la vuelta del restaurante, y justo cuando fui a despedirme de él, sin un resquicio de esperanza porque quisiera nada conmigo, me acogió con fuerza entre sus brazos y atrapó mis labios con desesperación. A partir de ese instante, recuperé la confianza en mí y en nuestro futuro juntos. Un futuro que su madre, en un abrir y cerrar de ojos, acaba de arrebatarme.

—¿Cómo que vienen a...? —No logro acabar la frase—. ¿Quiénes?

—No puedo decírtelo.

—¡Y una mierda! —grito un poco más alto de lo que debería—. Lo siento —me apresuro a decir cuando me doy cuenta de que me he pasado, y de que lo que necesito es tenerla de mi lado—, pero no puedes lanzar la piedra y esconder la mano.

—Créeme, es mejor que no lo sepas.

—No pretenderás que me quede de brazos cruzados, ¿verdad?

—Eso es precisamente lo que quiero que hagas —afirma sentándose en su sillón. Yo hago lo mismo en la silla.

—No me conoces bien si piensas que voy a hacer tal cosa.

—Ni tú a mí si piensas que voy a permitirte que pongas en peligro la vida de más gente.

—¿De qué estás hablando? —pregunto cada vez más desconcertada.

—Vera, no puedo darte más información, y créeme que te entiendo. Pero es importantísimo que te alejes de Enzo.

—Odio repetirme, pero no me dejas más remedio. No-voy-a-hacerlo — digo enfatizando cada palabra—. Así que lo mejor será que me informes de todo.

Paqui se toma su tiempo en contestar. No quiero imaginar por lo que debe de estar pasando, pero no pienso quedarme sin hacer nada sabiendo que, tal vez, pueda ayudar para que no ocurra el fatal desenlace.

—Dime qué sucede —le pido con el optimismo suficiente por las dos—. Te doy mi palabra de que no haré nada sin consultártelo. Trabajaremos en equipo.

—Esto no es un juego, Vera.

—No, no lo es. Pero quiero que cuentes conmigo y que confíes en mí como yo lo hago en ti. Dime de qué va todo esto, y después veremos qué hacemos.

Mi determinación y mi firmeza aplacan por un momento la rigidez de la madre de Claudia. La Mère, acomodándose en su asiento, comienza a contarme que ha hablado esta misma mañana con su hijo y que éste se niega a escucharla.

—¿Por qué? —pregunto sorprendida porque Enzo no quiera poner a salvo su vida.

—Es tan cabezota como Claudia. Los dos son tercos como mulas.

—Tienen a quién parecerse.

Paqui me mira con desdén, aunque continúa relatándome.

—Hemos discutido y no he conseguido que deje el caso.

—¿De qué caso hablas?

—Enzo está metido en un caso de falsificación y venta ilícita de arte — afirma tras tomar una gran bocanada de aire—. Hay una mafia rusa detrás de todo eso.

—¿Otra vez los rusos?

—Sí. Aunque los que te secuestraron no eran nada comparados con este tipo de gente, a la que Enzo quiere dar caza.

—¿Están conectados?

Paqui asiente y, tras tomarse unos segundos, finalmente me anuncia:

—Tal vez tengas razón y sea bueno que estés al tanto del caso.

—¿Qué quieres decir?

—Puede que tú seas capaz de convencerlo.

—¿De qué exactamente?

—De que deje el caso y se ponga a salvo. El motivo real de la visita de esa gente no es la casa de subastas, sino acabar con su vida.

—¿Qué casa de subastas?

Tengo la sensación de estar sacándole la información con sacacorchos.

—En Valencia hay una casa de subastas que falsifica valiosas obras que luego vende a precios desorbitados. Las verdaderas obras se las lleva la mafia para venderlas en el mercado negro a precios que ni tú ni yo podemos imaginar. Es la tapadera y la excusa perfecta para entrar en el país y llevar a cabo su cometido.

—No me has dicho por qué.

Aún no sé de dónde saco las fuerzas necesarias para mantener esta conversación sin que me dé un síncope o acabe desmayada en el suelo.

—Enzo tiene un pasado... llamémoslo oscuro. Y ahora quiere saldar la deuda que tiene pendiente.

—Sabes quién es, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Por qué no le has dicho a Claudia que eres guardia civil?

—Porque no lo soy.

—¿No? Y ¿cómo es que...?

—Tengo contactos, dejémoslo ahí —me interrumpe.

—Está bien —claudico cuando veo que esa puerta permanece cerrada—. Y

¿qué podemos hacer?

—Yo ya he hecho todo lo que está en mi mano para poder evitarlo. Pero, como te he dicho, se niega a escucharme. Enzo tiene un sentido de la lealtad demasiado arraigado como para abandonar un caso.

—¡Pero es una misión suicida!

—Lo sé. Pero prefiere enfrentarse a ella antes que abandonarla. ¿Crees que podrás convencerlo? —pregunta inclinándose sobre la mesa, mostrando mucha más cercanía y confianza en mí de la que ha demostrado desde que entré por la puerta.

—No sé de dónde sacas la idea de que yo pueda lograr lo que ni siquiera su madre ha conseguido.

—Tienes razón —afirma hundiendo la cabeza entre las manos.

Es la primera vez desde hace años que vuelvo a ver humanidad en Paqui. Nunca ha sido una madre excesivamente cariñosa, pero el recuerdo que tengo de ella es mucho más maternal y cariñoso del que se empeña en mostrar desde que abandonó a mi mejor amiga.

—¿Y si no consigo convencerlo? ¿Qué tendría que hacer después?

—Volveríamos al punto de partida —responde irguiéndose para mirarme—. Alejarte de él lo máximo posible. Al menos, así sabría que estás a salvo.

—¿Crees que pueden venir a por mí?

La sola idea de que puedan secuestrarme de nuevo me pone los pelos de punta.

—No sería como la otra vez, Vera. Esta gente va en serio, y no son amantes de dejar cabos sueltos.

—¿Quieres decir que todo el que se arrime a él podría correr peligro?

—Así es.

—¿Incluida tú?

Paqui vuelve a tomar aire antes de contestar. ¿Por qué tengo la sensación de estar abriendo la caja de Pandora?

—Sí. Incluso Claudia. O Daniela, llegado el caso.

—¿Qué tienen que ver ellas en todo esto?

—Nada, Vera, ya te lo he dicho. Esa gente viene a por él, y si alguien se interpone en su camino, sea quien sea, no dudarán en quitarlos de en medio.

—¿Cómo sabes todo eso? Y no me digas lo de los contactos, por favor. Necesito oírte decir la verdad.

Paqui levanta el teléfono y llama a Marlo, a quien le da las instrucciones de encargarse del servicio de esta noche y de no entrar en el despacho de no ser estrictamente necesario. Tras finalizar la llamada, se levanta y abre una de las puertas del armario que hay junto a ella. En silencio, observo cómo coge un par de vasos, que pronto llena de lo que parece ser whisky escocés.

—Toma —dice ofreciéndome uno de ellos.

—No me gusta el whisky.

—Créeme, lo necesitarás.

La madre de mi mejor amiga y del hombre del que estoy profundamente enamorada, y cuya vida está en peligro, me entrega el vaso, que yo acabo aceptando, y rodea la mesa para tomar de nuevo asiento en su sillón. Tras un primer trago, comienza a relatarme una historia que ni mil series que hubiera visto superarían. Los siguientes minutos, cargados de auténtica sinceridad, algún que otro llanto, media botella de whisky y, sobre todo, un inmenso e inconmensurable amor, acaban por convencerme de que, más que nunca, debo ayudarla. Este mediodía, mientras comía con la Sweet, mi amiga me encomendó una misión que creía casi imposible de lograr. Pero ahora es a Paqui a quien acabo prometiéndole que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla. Mis amigas y Enzo lo son todo para mí, y no voy a dejar que nada ni nadie impida que Claudia conozca a su único hermano. El pasado separó y casi acabó con esta familia. Y yo sólo tengo nueve semanas y media para intentar unirla, algo que pienso conseguir, me cueste lo que me cueste.

Capítulo 6

Beber whisky con el estómago vacío no ha sido una buena idea. He perdido la noción del tiempo y la cuenta de los vasos que me he tomado. La cabeza me da vueltas, y que las paredes del despacho de la Mère se muevan formando ondas no ayuda mucho.

—Vera, ¿te encuentras bien? —me pregunta inclinando la cabeza a un lado—. No tienes buena cara.

—Si te estuvieras quieta, igual... —respondo al verla borrosa y retorciéndose en plan *Matrix*.

—Será mejor que no bebas más.

Paqui se levanta y se aproxima hasta donde estoy. ¡Joder, de cerca es enorme!

—Este whisky es excelente, aunque demasiado fuerte para ti, por lo que veo —comenta quitándome el vaso de la mano.

—Si yo tengo aguante —baluceo balanceándome hacia un lado—. Es sólo que..., ¿podrías dejar de moverte?

—¿Cuánto hace que no comes? —Paqui me agarra y me ayuda a colocarme en posición recta sobre la silla.

—¡Uf, si yo te contara...!

«La culpa la tiene su hijo, que no me toca ni con un palo.»

—Voy a pedirte algo.

Paqui regresa a su mesa para llamar por teléfono a alguien. Su voz me llega a ráfagas. No logro entender bien lo que dice. Aunque poco me importa. Yo sólo quiero que el maldito despacho deje de moverse.

—No estás en condiciones de conducir —me anuncia al cabo de unos minutos, mientras devoro, literalmente, el sándwich que alguien me ha traído—. Será mejor que te quedes aquí a pasar la noche.

—Paquí, yo te lo agradezco..., pero por mucha falta que tenga..., no creo que sea buena idea que me tire al primer cliente que entre.

Ella sonríe y se apresura a aclararme:

—Tengo un cuarto privado donde puedes quedarte. Está al otro lado de esa pared.

— Tienes una puerta secreta? —pregunto asombrada a la vez que divertida. Me gusta más un misterio que un d onut de chocolate, que ya es decir.

—Algo parecido —admite curvando los labios—. Ya tienes otra cara.  Te encuentras mejor?

—S . Gracias.

—Siento haberte emborrachado.

—Ese whisky es potente.

—Es de las Destilerías Daugherty.

— No fastidies!

—Fue un regalo del novio de Daniela. Un día se presentó un cam on con suministro para, al menos, un par de años.

—Le pedir e indemnización cuando lo vea.

La madre de Claudia r e a carcajadas. Hacía tantos años que no la veía así, que una punzada me atraviesa el corazón.

—Quiero darte las gracias por haber confiado en mí —afirmo cuando las paredes y el mobiliario del despacho dejan de dar vueltas—. Imagino que no debe de haber sido nada fácil tener que contármelo.

—Me ha venido bien. Llevaba tantos años guardando el secreto que sacarlo a la luz parece aliviarlo un poco.

—Muy pronto podrás hacerlo con ellos —digo refiriéndome a sus hijos.

—Ojalá, Vera. Te aseguro que no hay nada en este mundo que desee más.

El cuarto privado de la Mère es un escueto, aunque acogedor, dormitorio.

Compuesto por una cama de cuerpo y medio, un armario empotrado y una pequeña mesilla, es el lugar idóneo para poder dormir la mona y dejar que se me pase del todo la borrachera que he pillado con el whisky de Dau.

—Si necesitas algo, estaré por aquí. Buenas noches, Vera.

—Buenas noches, Paqui —la despido viéndola cerrar la puerta al marcharse.

Una vez a solas, me siento a un lado de la cama y me quedo observando cuanto me rodea. Pronto me doy cuenta de que hay una puerta al fondo del cuarto. Tal vez debería acostarme y dejar a un lado jugar a los espías, pero no puedo evitar asomarme para ver qué hay al otro lado. Necesito sentirme tranquila si quiero conciliar el sueño. Comer ese sándwich me ha sentado de maravilla, y ya apenas me mareo cuando me levanto y me dirijo hacia la misteriosa puerta. Puede que no haya más que un simple almacén o un cuarto de la colada. Pero mi mente inquieta y ansiosa por algo de acción imagina un cuarto rojo lleno de artilugios con los que llegar al séptimo cielo, a la más absoluta lujuria, y al... Vale, es un simple cuarto de baño.

Los minutos pasan y lo único que hago es dar vueltas en la cama. No consigo conciliar el sueño, y no dejo de pensar en las chicas. Me muero por contarles dónde estoy y todo lo que he averiguado, pero en esta ocasión he de cumplir con mi promesa, y cuanto menos sepan, mejor para todos. Enzo ocupa la otra mitad de mis pensamientos. Saber que su vida corre peligro es algo que me inquieta y me entristece al mismo tiempo. Echo la vista atrás y no puedo evitar recordar cómo era mi vida antes. Hace escasamente un año era una chica normal con su trabajo, sus amigas y una familia a la que visito muy de vez en cuando. En cambio, ahora, todo ha cambiado. Los últimos meses han estado cargados de intriga y alarmantes momentos que, pese al riesgo, no borraría por nada del mundo. Como tampoco en este instante puedo borrar o anular lo que tengo ante mí ni el futuro escalofriante que me espera. Si de algo dispuse mientras estuve en aquel maldito zulo fue de tiempo. Tiempo para recapacitar y darme cuenta de la cantidad de cosas por las que debo estar

agradecida. No solemos valorar lo que tenemos hasta que lo perdemos, y yo no quiero que me suceda de nuevo. No estoy dispuesta a perder a Enzo por mucho que me cueste conseguirlo. Él es mi presente y mi futuro. Lo sé. Como sé que, si no consigo acostarme con él, nunca me lo perdonaré. Vale, puede que esté loca, pero no es algo nuevo. ¿Acaso no pensaría lo mismo cualquier persona en mi lugar? ¿Y si le ocurriese algo? Mis pensamientos logran despertar a mi diablillo, que andaba dormido y tumbado a la bartola sobre mi hombro.

—Ubicación —me susurra al oído.

Puede que aún haya restos de whisky paseándose por mis venas, pero en apenas unos segundos acato la orden de mi duendecillo y le envío un mensaje de WhatsApp a Enzo, indicándole dónde estoy. La batería del móvil está pidiéndome auxilio, apenas tiene un dos por ciento, y no tengo el cargador conmigo. Impaciente, aguardo a que lea el mensaje. Con un pie golpeando sin parar el suelo, espero ansiosa su respuesta sin apartar la vista de la pantalla. Una respuesta que no llega porque la maldita batería llega a su fin.

—¡Joder! —suelto lanzando el móvil sobre la cama.

El berrinche me despierta una sed que me obliga a ir en busca de agua. No encuentro a nadie al otro lado de la puerta. La Mère debe de estar en alguna parte vigilando o atendiendo a algún cliente. Las chicas me han hablado tanto de este lugar que creo conocerlo casi de memoria. La primera puerta del pasillo es la cocina, adonde me dirijo sin dilación. Mientras satisfago mi necesidad, una idea me ronda por la cabeza.

—Hazlo —me cuchichea mi diablillo.

Incapaz de deshacerme de él y, por qué no decirlo, con ganas de conocer por mí misma el lugar, dejo el vaso en el lavavajillas y vuelvo de nuevo al pasillo para adentrarme por él. Una música sensual comienza a oírse cuando traspaso las puertas del baño y de la sala de cámaras. Procurando no hacer ruido, me acerco hasta el famoso salón. Apoyándome en el marco de la puerta, me asomo con cuidado de no ser vista. No sé si las chicas de La Mansión

saben que estoy aquí, pero no creo que les hiciera mucha gracia pillarme husmeando. A la izquierda está la barra donde la Sweet, según me contó, frotó más cubiertos que en toda su vida. Hay una chica al otro lado; debe de ser Luisa. A la derecha, y bajo unas luces malvas lo suficientemente tenues, está el resto del célebre salón. Lo que allí me encuentro me deja de piedra. Puedo hasta sentir cómo la boca me golpea contra el suelo y los ojos se me salen de las órbitas como en los dibujos animados. Vale, igual he exagerado un poco, pero ¿a quién le importa? Llevada por la curiosidad y el morbo que me despierta, me sitúo un poco más cómoda para no perder detalle de la escena. ¡En qué momento se me habrá ocurrido la genial idea de hacer una ruta turística! ¡Esto no es bueno para mi salud! Sentados en los sillones hay tres hombres que visten traje. Uno de ellos, el primero, es moreno y su cara me es familiar, aunque no caigo en quién es. ¡Para eso estoy yo ahora! El segundo, un hombre de pelo castaño y bastante guapo, está sentado dos sillones más allá del primero. Frente a ellos, un tercero calvo al que no logro verle la cara. Los tres charlan de forma animada. Aunque no están solos. De rodillas en el suelo frente a este último, una de las chicas le hace una mamada. A ella tampoco puedo verla desde mi posición. Una segunda chica le hace lo mismo al guapo de los tres. Está de rodillas sobre el último sillón y viste un escueto vestido negro de encaje. Es castaña y tiene un cuerpo de infarto embutido en sinuosas curvas. Debe de ser Olga. Pero la imagen que consigue despertar a mis desamparados *países bajos* es la tercera chica. Es morena y está de rodillas sobre el sillón que hay entre los dos primeros hombres. Debe de ser Alicia, por lo que deduzco que la que está con el calvo es Conxa. Los insinuantes jadeos de la primera llegan hasta mis oídos en forma de lujuriosa provocación. Con una maestría que nunca había visto, le come la polla al moreno, mientras el hombre que está a su lado de pelo castaño la masturba con el dedo. La escena me excita y me pone aún más cachonda de lo que ya estaba. Resuellos, gemidos, seductores movimientos y un suave olor a sexo llegan hasta mí en forma de una inaguantable tentación. Mi parte íntima me reclama

atenciones, unas que no le presto desde hace demasiado tiempo. El morbo aumenta al ver con qué tranquilidad charlan los hombres entre ellos; deben de estar acostumbrados a algo así, porque ni yo puedo soportarlo. Me humedezco el labio imaginándome viviendo una situación parecida. Qué mujer no ha soñado con experimentar una fantasía entre dos hombres. Estoy tan excitada que me veo obligada a sujetarme con fuerza al marco. Siento la humedad de mi entrepierna y cómo en ella se concentran mis latidos. Mi respiración entrecortada termina acompasada al ritmo de sus sugerentes jadeos. Estoy al borde del orgasmo y yo misma me sorprendo por ello.

—No *deberías estarr* aquí —suelta de pronto una voz tras de mí. «¡Coño, la rusa!»

Mi excitación da paso a la vergüenza que siento al verme pillada in fraganti.

—Ni tú. Se supone que deberías estar con el calvo —suelto sin pensar. A ver cómo me libro de ésta.

—¿Quién *erres*?

—Vera. ¿Y tú? —No sé para qué lo pregunto, si sé de sobra que es Conxa. No creo que haya muchas rusas pelirrojas tan grandes como ella a las que sólo le llegue a la altura de la cintura. Las chicas no mentían cuando me dijeron que era enorme e imponía.

—¡*Verra!* ¡Qué *alegrría verrte porr* aquí! —manifiesta cogiéndome los brazos para darme dos besos—. ¿Cómo estás?

«Cachonda y acojonada», me susurra mi inoportuno diablillo.

—Bien, gracias.

—Soy Conxa, *porr sierrto*.

—Lo sé —admito.

Su gesto de asombro pronto cambia a una amplia sonrisa. Tiene la boca tan grande como el resto del cuerpo. Sé que soy bajita, es algo que tengo más que asumido, pero es que a su lado me siento como un llavero.

—Ya veo que las chicas te han hablado de mí. ¿Han venido, *porr sierrto*?

—No, he venido yo sola. Creía que tú serías la... —digo señalando a la chica que está en el salón.

Ella sonrío.

—Ésa es Mac, la nueva —me aclara.

—¿Es rusa también?

—No. Ella es gallega. Tiene un *asento extrraño*. Y me cuesta *entenderrla* a veces.

—Sé lo que quieres decir.

—¿Y qué *hases porr* aquí? ¿Has venido a *verr* a la *Mèrre*?

—Sí. Aunque es largo de explicar.

—¿Qué es lo que hay que explicar? —pregunta de pronto Enzo apareciendo por el pasillo como si nada.

¡Debe de haber recibido mi mensaje! Los ojos me cogen forma de corazoncitos en cuanto lo veo.

—*Duarrrte*, ¡qué *alegrría verrte porr* aquí! —lo saluda efusiva.

Sin cortarse lo más mínimo, Conxa se abalanza sobre él para darle un abrazo que a mi parecer está más cerca del magreo que de otra cosa. Los dos besos que le zampa a ambos lados de la cara no se quedan atrás. ¡No tiene espacio la *jodía*, que ha tenido que ir a besarlo a la comisura de la boca!

«¡Me la cargo!», pienso mientras siento cómo, en lugar de corazones, ahora de los ojos sólo me salen afilados cuchillos, de Albacete, para más señas.

—¡Hola, Conxa! ¿Cómo está mi rusa favorita? —le pregunta casi igual de efusivo que ella.

—*Ahorra* mucho *mejorr* —responde guiñándole un ojo—. No sé cómo *darrte* las *grrasias*.

—No tienes por qué dárme las.

—¡*Clarro* que sí! *Erres* mi *hérroe*, y tengo que *devolverrte* el *favorr* como tú ya sabes, ¿ah?

«Estos dos han *follao*», me suelta mi diablillo impertinente.

—Con un «gracias» es más que suficiente, ¿verdad, Enzo? —intervengo sin

disimular la mala leche que me ha entrado. Entre los tres me han puesto fina filipina.

Sé que odia que lo llame así, insistió en ello en nuestras dos primeras citas y desde entonces nunca se lo he vuelto a decir. Pero quiero joderlo y que sepa lo molesta que estoy. Su mirada de reproche no se hace esperar, algo que me paso por el arco del triunfo.

—Bueno, Conxa, me alegro de que todo vaya bien. Ahora, si me disculpas, te robo a esta señorita, que tengo algo pendiente con ella.

—Claro, cariño —suelto interponiéndome entre los dos para abrazarlo por la cintura y, de paso, marcar territorio—. Conxa y yo ya habíamos terminado, ¿verdad? —pregunto mirándola a ella.

Lejos de disimular el asombro al vernos juntos, ella me responde un seco y simple «sí». Mi cara debe de haberle dado la pista de que compartir a mi hombre no es algo que entre en mis planes. Pero la rusa no parece darse por aludida cuando, sin importarle mi presencia, se despide de Enzo acariciándole la cara.

—Ya nos *verremos otro* día, *Duarrte*. Cuídate.

«¡Cárgatela!», me grita mi diablillo, que está tan enfadado como yo. Por fortuna, Enzo reacciona a tiempo para impedir que haga una locura, girándonos a ambos hacia el pasillo. Cogida también por su brazo mientras caminamos, en apenas unos pasos me vuelvo para comprobar qué hace Conxa. Tal y como había imaginado, sigue sin apartar la vista de nosotros. Sin pensarlo dos veces, alzo la mano derecha y con los dedos índice y corazón me señalo ambos ojos para después apuntar hacia los suyos.

—Te estaré vigilando —le susurro al mismo tiempo.

Conxa me devuelve una sonrisa sobrada, con la que desaparece de mi vista. No sé muy bien si habrá sabido leer mis labios, pero algo me dice que esto no acabará aquí, y que la rusa me va a dar más de un quebradero de cabeza.

Capítulo 7

Capitán Duarte

No soporto los enfrentamientos entre mujeres. Me recuerdan a las leonas luchando como fieras por lo suyo. Aunque por experiencia sé que las mujeres pueden llegar a ser mucho más peligrosas. Y más tratándose de Vera y Conxa. Me han bastado unos segundos para darme cuenta de la tensión que existe entre ambas. No sé exactamente qué ni cómo ha pasado, pero mi instinto me dice que mi chica sospecha algo y no va a dejarlo correr. Lo mío con Conxa viene de hace años. Recuerdo que fue la primera de las chicas en venir de un país del Este. Su llegada fue muy sonada y la rivalidad se instaló con ella. Conxa era la más alta y guapa de todas. Tenía un cuerpo de infarto y supo ganarse por méritos propios el primer puesto en La Mansión. Ella capitaneaba las sesiones y pronto se convirtió en la chica más solicitada por los clientes. Su enemistad con el resto llevó a Paqui a ordenar que le instalaran un *jacuzzi*. Era, según sus propias palabras, la mejor forma de que se enfrentaran entre ellas y dejaran ir la inquina que se tenían mutuamente sin necesidad de llegar a mayores y, sobre todo, de evitar que se hicieran daño. Las batallas, al principio, fueron en barro, algo que decidió cambiar a los pocos meses, pues lo único que se logró despertar en los clientes fue la competición y las apuestas entre ellos, lo que afectó a las cifras del negocio. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea de llenarlo de chocolate. El mantenimiento era mucho más caro, pero los beneficios finales hicieron que el cambio mereciera la pena.

Paqui siempre ha mirado por el bien de su negocio. Ha sabido mantenerlo a

lo largo de los años y consagrarlo como uno de los locales más selectos y exclusivos de toda la ciudad. Ha velado por el bien de las chicas y porque reinase la amistad entre ellas, algo a lo que da bastante importancia. Sus normas, a las que aún concede mayor prioridad, forman también parte de su éxito. Es muy estricta y no permite que nadie se las salte a la torera. Fue precisamente la orden más relevante de todo el reglamento la que Conxa se saltó conmigo. Las relaciones entre el personal de La Mansión están rigurosamente prohibidas, y aunque yo no formaba parte de la plantilla, me estaba tajantemente prohibido mantener relaciones con cualquiera de las chicas. Solía venir a menudo a visitar a Paqui. La mantenía al corriente de mis casos, y de paso me servía de excusa para poder verla. Una tarde de las muchas que venía sin avisar, ella no se encontraba en el chalet. Ni siquiera Marlo, que es el único, junto a las chicas, que vive oficialmente aquí. Recuerdo que fue Conxa quien me abrió. En cuanto me aclaró que estaba sola y que no había nadie más en La Mansión, me dispuse a marcharme, cuando ella... me detuvo. Sus insinuaciones, su cuerpo de infarto y el sabernos solos fueron más que suficientes para quebrantar la ley suprema. Llevaba días comiéndome la cabeza e intentando armarme de valor para romper una relación que, por aquel entonces, mantenía con una mujer casada. Fue la peor época de mi vida. Sin darme cuenta, acabé envuelto en una situación que sólo logró sacar lo peor de mí. Conxa se cruzó en mi camino y se convirtió en mi desfogue personal por la rabia que me consumía por dentro. Ese mismo día, tras nuestro encuentro y tras acordar con la pelirroja que aquello no volvería a repetirse, además de ser algo que quedaría única y exclusivamente entre nosotros, puse fin a la relación tóxica que me estaba consumiendo. No sólo me comprometí con mantener a salvo el secreto de lo mío con Conxa, sino que me juré a mí mismo que nunca más tendría una relación con nadie.

El hecho de que Vera se vuelva hacia Conxa mientras la guío por el pasillo hacia fuera me confirma que estoy en lo cierto. No sé cómo demonios ha

intuido lo que pasó entre nosotros. Nadie lo ha sabido en años, y más porque, desde aquella tarde, entre la rusa y yo tan sólo hay una buena amistad.

—¿Adónde vamos? —me pregunta cuando estamos a punto de salir al aparcamiento.

—Te llevo a casa —suelto de mala gana. En realidad, estoy molesto por verla aquí. Ella está al margen de este mundo, y así quiero que siga siendo.

—¡Eh, un momento! —manifiesta soltándose de mi mano—. ¿Crees que te he llamado para que me hicieras de taxista?

—No me has llamado —la corrijo. Yo y mi jodida manía del perfeccionismo.

—Tengo mis cosas ahí dentro —dice señalando hacia el despacho de Paqui.

—Está bien —remato apresurándome a abrirle la puerta para que coja lo que tenga que coger. Estoy deseando salir de aquí y, sobre todo, sacarla a ella.

—No sé qué prisa te ha entrado —se queja adentrándose en el cuarto secreto. ¿Cómo ha dado con él? Me consta que muy poca gente conoce su existencia.

—Mañana tengo que madrugar —me invento para que se demore lo menos posible.

Vera elude mi frase volviéndose hacia la cama y subiéndose a ella de rodillas. Parece que esté buscando algo, aunque yo sólo puedo fijarme en su forma de gatear y en su incitante culo. En apenas unos segundos ha logrado despertar mi entrepierna.

—¿Se puede saber qué haces? —inquiero incómodo.

Vera lleva semanas provocándome. Ni se imagina lo que me está costando contenerme y obligarme a mantenerme en mi sitio. Toda ella es pura tentación para mí, y este tipo de artimañas sólo logran ponérmelo aún más difícil.

—Estoy buscando el puñetero móvil —responde—. Juraría que lo dejé aquí, joder.

—¿Te importaría hablar bien? —bramo acercándome a la cama. Tal vez si

la ayudo saldremos antes de aquí.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? —se queja volviéndose hacia mí.

Está molesta conmigo, y no le quito razón. Me estoy comportando como un capullo, pero no pienso reconocerlo.

—¿Qué haces aquí, Vera? —suelto de golpe. No quiero que vea lo que realmente siento por ella.

—He venido a comprar tomates... ¿Tú qué crees? —pregunta incorporándose para hacerme frente. No tiene la menor idea de cómo me pone cuando hace eso.

—¡Déjate de juegos conmigo!

—¿Quieres que me deje de juegos? ¡Lo veo bien! ¡De acuerdo! Pero sólo si tú también lo haces —amenaza señalándome con el dedo.

Vera me demostró que era mucho más valiente que el resto de las mujeres que había conocido el mismo día que me hice con ella y la encerré en aquel zulo. Cualquiera persona en su situación habría enloquecido. Pero ella no lo hizo. Su actitud fue digna de mi más absoluta admiración. Supo mantener la calma cuando más falta hacía, aunque no voy a negar que por aquel entonces me llevé una impresión equivocada de ella. Supe que era lista, sí. Pero también pensé que era una persona con cierto grado de resignación y sumisión. Erré en mi prejuicio. Parte de mi trabajo es tener que hacerme pasar por alguien que no soy. Aunque cuando entraba para darle la bandeja y la veía en aquella postura, sentada sobre la cama, lograba sacar mi parte más protectora y dulce. Pasé eternas horas que se convirtieron en días vigilando aquella puerta, asegurándome de que nadie más que yo la traspasara. No podía permitir que ninguno de aquellos hombres le hiciera daño. No sólo era mi cometido, sino que, por alguna razón que por aquel entonces desconocía, necesitaba hacerlo por mí mismo. El día que Paqui me llamó y me comunicó que la vida de ella y de sus amigas estaba en peligro, di por finalizada la misión, y mi equipo y yo realizamos la redada. Fue entonces cuando me mordió. Aquel bocado me sacó de mi error. La chica dulce y sumisa resultó

ser una fiera, una pantera negra que había logrado que me confiara para después darme caza. Puede que sea pequeña, pero, por la energía con la que me mordió, puedo asegurar que su fuerza interior supera con creces su tamaño.

—¿Qué quieres decir? —pregunto cruzándome de brazos. Con esta mujer nunca se está lo suficientemente precavido. Me hace estar alerta, y eso me pone aún más.

—¿Qué hay entre tú y Conxa?

¡Mi intuición no me ha fallado! Por desgracia, estaba en lo cierto. Es en ocasiones como ésta cuando dudo entre amordazarla o follármela como castigo.

—Eso ahora da igual.

—A mí no —afirma dando un paso hacia mí. Su aliento huele a whisky. ¿Qué cojones ha pasado aquí?

—Yo he preguntado primero. —Necesito algo de tiempo para hallar la respuesta.

Vera me estudia en silencio. Sus ojos muestran rabia, y, lejos de enfadarme, me provoca aún más si cabe.

—Contesta a mi pregunta y yo contestaré a la tuya.

La forma en que me encara me desarma. Y no por su osadía y su valentía, de la que me siento orgulloso, sino por ese modo tan peculiar que tiene de provocarme. Admiro su forma de ser, y me obligo a carraspear para que no se percate del bulto que ya se me empieza a notar en la parte baja del ombligo.

—Esto es absurdo. Coge tus cosas y vámonos —le ordeno. No sé cuánto tiempo podré resistirme.

—¡No pienso ir a ninguna parte!

—¿Vas a quedarte aquí?

—Pues mira, sí. Tu madre me ha ofrecido quedarme.

—¿A qué cojones viene esto? —bramo alzando la voz. La sola idea de que Vera quiera formar parte del equipo de Paqui me pone los pelos de punta.

—Tampoco creo que te importe demasiado —suelta con desdén.

—Si lo que pretendes es tocarme las narices, enhorabuena, lo has conseguido. Pero desde ya te advierto que no voy a consentir que trabajes aquí.

—¿Por qué no? ¿Quién te has creído que eres para ordenarme lo que debo o no debo hacer?

Está sacando lo peor de mí. No puedo creer que esté hablando en serio.

—Si es parte de una broma, desde ya te digo que no me hace ni puñetera gracia.

—¿Qué pasa? ¿No crees que pudiera gustarles a los clientes? —El putito estómago me da un vuelco—. Sé que no tengo un cuerpo como el de Conxa —dice volviéndose hacia la puerta—, pero alguno habrá que sepa apreciar lo que tengo.

De espaldas a mí, Vera gira la cintura y se mira el culo, ése al que no logro quitarle ojo. Todo en ella es una condenada provocación. Recuerdo las innumerables ocasiones en las que se me ha insinuado. En el coche, en la puerta de casa, por debajo de la mesa en el restaurante... No se da cuenta de que lo único que intento es no caer en la tentación. He querido follármela desde nuestra primera cita en aquel restaurante. Ella fue la que fingió el orgasmo, aunque el que a punto estuvo de correrse fui yo.

—¡No voy a consentir que lo hagas! —mascullo con toda la rabia y el deseo que me están consumiendo por dentro.

Tengo que hacer verdaderos esfuerzos por no abalanzarme sobre ella y desnudarla como me gustaría. Le arrancarí­a ese maldito vestido que lleva y...

—Tal vez no sea como el de las chicas —continúa—, pero es lo suficientemente respingón para que les ponga. Tan duro, firme...

—¡Deja de hacer eso! —le ordeno con la esperanza de que deje de tocarse de ese modo. Si uno de los dos es ahora la fiera, ése soy yo.

—Como hombre, podrías darme tu opinión. ¿Crees que les gustaría más esta postura o ésta?

No logro retener sus palabras. Por mis venas no pasa sangre, sino lava.

Noto cómo el cuerpo me arde. Sus provocaciones son una condenada tortura y la maldita llave que libera a la fiera que llevo reteniendo tiempo. Un tiempo que me ha resultado eterno y agonizante a cada segundo que he pasado con ella. Sin concederle permiso a mi raciocinio ni a que diga una sola palabra más, doy una zancada para llegar hasta ella y atrapo su boca. Llevo semanas queriendo hacer esto y ahora no pienso detenerme.

—Se acabó la tortura —dejo escapar en un susurro mientras meto las manos bajo su falda y me deshago de su ropa interior.

Vera gime en mi boca. Su sonido es la puerta que tanto tiempo llevo apuntalando para impedir abrirla. Con la urgencia que su cuerpo me reclama, apreso su culo desnudo con la misma fuerza con la que mi lengua toca la suya. Mi cadera, inquieta como mis latidos, la empuja corpulenta para hacerle notar mi abultada entrepierna.

—¿Por qué has tardado tanto, amor mío? —jadea en mi boca, fundiendo su mirada en la mía.

Su pregunta refuerza mis sentimientos y me concede el permiso que yo mismo me he estado negando todo este tiempo. Ambos sabemos que me ha estado provocando y que yo he hecho todo lo que estaba en mi mano para disuadirla. Tal vez haya pensado que no me gusta lo suficiente para querer acostarme con ella. Pero lo que no sabe es que intentaba convencerme de que no estoy irremediabilmente colado por ella.

Dispuesto a resarcirme de mi error, me apresuro a desabrocharme los botones del vaquero. No era del todo consciente de lo ardiente que tengo la polla hasta este momento.

—¡Fóllame! —me pide de pronto.

Mi aguante ha alcanzado su límite, y como un vasallo acato su orden. Vera no es consciente del poder que ejerce sobre mí, y yo intento hacérselo saber penetrándola de un rápido empujón. Su humedad me acoge y alivia la quemazón que estaba acabando conmigo. Sus insinuantes movimientos son un puto martirio que sólo ella puede consolar. Un prodigioso y extraordinario

martirio que intento apaciguar con cada penetración. Nuestras bocas reciben los jadeos que nuestras gargantas dejan escapar.

—Mírame —le pido para fundirme en sus increíbles ojos negros.

Llevo semanas perdiéndome en ellos, del mismo modo que mi mente y mis sentimientos me descuidaron, consiguiendo así que acabase vinculado a ella de un modo que me costaba entender. Pero ahora por fin es real, por fin puedo abandonarme en ella como en tantas ocasiones había imaginado.

—Más fuerte —me pide.

Prisionero de la cárcel en la que me tiene preso, obedezco a su petición. Vera es la única persona en el mundo que me permite ser yo mismo. La penetro con más fuerza al tiempo que siento que sólo ella ha sido capaz de ver más allá de la máscara que me he empeñado en mostrarle. Ha logrado traspasar la coraza que llevo años forjando y fraguando a fuego lento.

—Bésame —mascullo embistiéndola con la misma rudeza con la que le agarro los pechos.

La deseo tanto que duele. Su interior se acopla a la perfección a mi polla, me introduzco en él y me permito perder la razón. La abrazo con la misma fiereza con la que me fundo en ella. Salvaje, brusco. Vera estalla de placer entre mis brazos, y yo doy asilo a sus resuellos. Es entonces cuando me permito dejar salir el mío, justo después de abandonar su interior.

Sólo cuando nuestras respiraciones encuentran la calma me doy cuenta de lo que he hecho. Perder la razón no es algo que me esté permitido, y yo acabo de hacerlo. He intentado evitar esto a toda costa porque sabía lo que pasaría. Mis remordimientos me confirman que estaba en lo cierto. Ahora sé que estoy unido a ella. Pero también sé que para mí no tiene el mismo significado que puede tener para ella. Conozco a Vera lo suficiente para saber que esto le supondrá el principio de una nueva etapa en nuestra relación. En cambio, para mí, es justo lo contrario. En lo más hondo de mi alma sé que me he dejado llevar porque era la forma en que deseaba despedirme de ella.

Intuyo para qué ha venido. Supongo que debe de haberla llamado mi madre.

Pero me temo que no van a conseguir su objetivo. Soy consciente del riesgo que corro al haber aceptado dirigir personalmente el caso de las obras de arte, pero precisamente por ellas lo he hecho. No hay nada que pueda convencerme de dejarlo, pues si algo tengo claro es que jamás podría perdonarme que pudiera ocurrirles algo a ninguna de las únicas personas que quiero en el mundo. Tal vez sea un inconsciente, puede que sí. Pero desde que tengo uso de razón se me enseñó a hacer lo correcto, y sé que esto lo es. Prefiero afrontar lo que me venga antes que morir en vida siendo testigo de lo que pudiera pasarles. No se trata de una misión más, lo sé. Puede que, incluso, no vuelva a verlas. También lo sé. Pero se trata de la persona que me dio la vida, de la mujer que amo y de Claudia, mi hermana, a la que llevo vigilando en secreto desde hace muchos años. Tal vez no lleguemos a conocernos nunca, pero al menos sabré que las tres estarán juntas y tendrán la oportunidad de vivir lo que a mí se me negó al nacer.

Capítulo 8

Cuando me despierto, lo hago con una sonrisa cruzándome la cara. Hago la prueba de relajar los músculos, pero los pómulos vuelven a elevarse por sí solos sin que pueda dominarlos. Lo mismo me ocurre con mi diablillo, que está dando saltos sobre el colchón mientras no deja de gritar: «¡Sí, sí, menudo polvazo!». Y no le quito razón. Lo de ayer fue un premio, la culminación de algo que deseaba desde hacía demasiado tiempo. Fue salvaje, lascivo, y exactamente lo que necesitaba después de haber sido testigo de aquella escena en el salón de La Mansión. Sabía que Enzo era perfecto para mí. Su parte ruda y ese modo de demostrar la seguridad que tiene en sí mismo me enloquecen. Me abrazo a mí misma recordando nuestro erótico encuentro de anoche... y no puedo dejar de sonreír. ¡Las chicas van a flipar cuando se lo cuente! Me muero por contarles lo que ha pasado, aunque tendré que dejarlo para el mediodía, que es el mejor momento por la diferencia horaria.

Me incorporo sobre un lado de la cama y desenchufo el móvil del cargador que tengo en la mesilla. Al desbloquearlo, me encuentro con un mensaje que no hace otra cosa que curvar aún más mis labios. Es de Enzo.

Tienes el coche frente al portal.

¡Si me descuido, los pómulos me dejan ciega! Mi sonrisa es tan grande que apenas puedo releer lo que me ha escrito. Anoche, tras nuestro lujurioso encuentro, me trajo a casa. Fue muy insistente en que no me quedara a pasar la noche allí, como me había ofrecido Paqui, y me trajo a casa en su coche. ¿Cómo no voy a perder la cabeza por este hombre si tiene este tipo de

detalles? «Hombre, muy comunicativo no es que sea el muchacho», me susurra mi diablillo, que, asomándose para espiar, ha dejado de dar saltos para venir a estropearme el momento.

Durante toda la mañana, y pese a la intención de mi personajillo, mantengo la sonrisa. Hasta las clientas habituales se han dado cuenta, y mucho más mi jefa, quien, sin cortarse un pelo, aprovecha cada instante que nos quedamos a solas para hacerme un tercer grado. Sin darle muchos detalles, le confirmo lo que todo el mundo sospecha: me he quitado las telarañas. Ella lo celebra conmigo y me da la enhorabuena. Así llega el mediodía, momento que aprovecho para hacer la videollamada con las chicas. Es a ellas a quienes estoy deseando contarles lo que pasó ayer.

—¡Balay, tú tienes algo que confesar! —suelta Claudia, alias mi cuñada que aún no lo sabe, al verme la cara.

—¡Uy, uy, uy! ¿Es lo que yo creo que es? —La Sweet se une a ella.

—Chicas, sólo diré una cosa: ¡viva el cuerpo!

Los gritos que vienen a continuación son la explicación de por qué he buscado un lugar aislado del centro comercial para llamar.

—¡Enhorabuena, tía!

—¡Ya no hace falta un exterminador!

—Yo también te quiero, Princess. —Sé que lo ha dicho por lo de las famosas telarañas.

—Cuenta cómo ha sido.

—Eso, eso. ¿Ha sido romántico?

—¡Sweet, coño! —la riñe—. ¿Cómo va a ser romántico, si es guardia civil?

—Y ¿eso qué tiene que ver? Un hombre puede ser romántico tenga la profesión que tenga.

—Tú siempre pensando en lo mismo.

—Te recuerdo que por algo te puse el mote de Nestlé —intervengo.

La Princess y yo nos echamos a reír, en contraste con la Sweet, que,

colorada como un tomate, mantiene el gesto serio. Imagino el motivo, aunque decido pasarlo por alto y volver a la carga.

—Chicas, no os imagináis cómo fue. La palabra «salvaje» se queda corta. Fue la mejor lavadora que he puesto en mi vida. Ahí lo dejo.

—¡No jodas! —Claudia es la única que parece alegrarse por mí.

—En serio, fue de película.

Durante un buen rato les cuento a las chicas mi encuentro. Lo hago de un modo superficial, sin dar demasiados detalles, más que nada para no desvelar más de lo necesario y no caer en el error de soltar algo que no deba.

—Tía, ¿qué es ese ruido de fondo?

Se oyen martillazos, sierras y no sé qué más.

—Mi mayor pesadilla —se queja la Princess—. A Arthur se le ha metido en la cabeza construir un nuevo establo en la parte de atrás de la casa. ¡En plenos preparativos para la boda! ¿Os lo podéis creer?

—Eso ha sido para librarse —comento entre risas.

—Tú, como siempre, tan romántica.

—Sweet, Balay tiene razón. Arthur está insoportable y nunca tiene tiempo de nada. Toda su atención está en ese maldito establo, y ha vuelto a ser el Trunkman de antes. ¡Si hasta me ha prohibido acercarme por si me lesiono o me clavo una astilla! ¡No tengo yo bastante con el ruido que forman, como para arrimarme allí!

—¿No será que lo que no quiere es que te conviertas en el centro de atención de los obreros?

—Mira, ahí estoy con la Balay —comenta la rubia.

—Y ¿cómo van los preparativos para el gran día?

—Estoy encantada. Y sola, entre comillas —se queja haciendo un mohín—. Por suerte, tengo a las chicas conmigo. —Se refiere a Isabel, Mati y Carmina, sus nuevas amigas allí, en Houston—. Están como locas con la organización y me están ayudando en todo.

No digo nada porque tal vez le parezca una actitud infantil, pero no puedo

evitar sentir algo de celos cuando habla así de ellas. Pagaría por estar allí con ella. Y sé que a la Sweet le ocurre lo mismo que a mí.

—Lo que no entiendo es por qué no participa Arthur siendo el día más importante de su vida.

La Sweet y su afán por el romanticismo.

—Es hombre, y ya sabéis cómo son para estas cosas. No hay quien lo aguante estos días. Además, si por él fuera, la boda se organizaría en una de las cuadras vestidos de *cowboy*.

—No es mala idea —intervengo para chincar, más que por otra cosa.

—¡No puedes hablar en serio! —me riñe la rubia.

—Y ¿por qué no? Viven en un centro ecuestre, ¿qué esperabas?, ¿una boda en un castillo con limusina?

—¡Ay, eso sería tan bonito!

—Sweet, no te ofendas, pero ahí estoy con la Balay. Ésa sería tu boda, no la mía.

—Yo no creo que me case —confiesa—. Dau no ha sacado el tema, y yo mucho menos.

—Te daría un consejo, pero sé que no lo llevarías a cabo —comento llamando su atención.

—¿Qué consejo?

—Que se lo pidas tú.

—¿Pedirle que se case conmigo? ¡Tú estás loca!

—No lo veo, tía —opina la Princess.

—Ninguna lo vemos, ya lo he dicho —aclaro.

—El que debe pedir matrimonio es el hombre.

—Pero mira que eres antigua —manifiesto.

—Volviendo al tema —expone Claudia—, tengo que añadir un cubierto más, ¿no, Vera?

—¡Sí! —respondo sin pensar.

Aunque enseguida me percató de que deberían ser dos en lugar de uno. Si

bien estoy feliz porque haya incluido a Enzo para asistir a la boda, aún queda otra persona a la que debo conseguir que invite. La misión que Daniela me encomendó no es nada comparada con la necesidad que realmente hay de que madre e hija se reúnan. Por desgracia, no puedo desvelar nada de lo que Paqui me contó anoche. Su historia y el verdadero motivo por el que la abandonó lo cambia todo. Mi mejor amiga tiene derecho a saber lo que ocurrió en realidad, y yo debo hacer todo lo posible para que eso suceda.

—Debes invitar a alguien más, Claudia —me atrevo a decir.

Las caras de ambas me confirman que saben por dónde voy.

—Los que tenían que recibir las invitaciones ya lo hicieron en su día —se justifica molesta.

—Vera tiene razón. Tienes que invitarla.

—¡Eh, un momento! ¿Os vais a poner en mi contra las dos?

—No se trata de estar en contra de nadie —aclaro—, pero si las dos opinamos lo mismo, tal vez sea porque tenemos razón.

—Que seáis mayoría no implica que la tengáis.

—Claudia, en serio, es tu madre y debes darle la oportunidad de que...

—¿De qué? ¿De que vuelva a desaparecer? No quiero volver a abrirle las puertas de mi vida para que después se largue sin más.

—Debes darle la oportunidad de que te explique lo que ocurrió —bramo escupiendo cada palabra.

—¿Acaso sabes algo?

Claudia me conoce demasiado, y debo llevar cuidado si no quiero que me pille.

—Te recuerdo sus palabras en el ascensor —respondo para salir airosa de la encerrona. Bajo ningún concepto debo ser yo quien le cuente la verdad.

—Tiene razón —interviene la Sweet. Ella sólo está al corriente de una parte, aunque ambas tenemos la misma intención de unir las.

—Y yo os recuerdo que prefirió ayudar a la rusa antes que darme una explicación.

Su contestación es cierta. En el momento de la despedida, Paqui se marchó a resolver un problema de Conxa, prometiéndole contarle la verdad a su vuelta, aunque mi mejor amiga ya no estaría allí para cuando eso ocurriera. Me hierve la sangre el hecho de recordar a la rusa y nuestro encontronazo de anoche en el pasillo de La Mansión. Pagaría por tener la licencia de despotricar sobre ella, pero no les he hablado a las chicas de dónde estuve, y no debo caer en el error ahora.

—Y la mujer quiso hacerlo —continúa por mí la Sweet—, pero te fuiste a Houston y no pudo.

—¿Por qué la estáis excusando? ¿Acaso sabéis algo que yo no sepa?

—¿Qué vamos a saber, tonta? —farfullo—. Claudia, en serio, deja de ver cosas donde no las hay y concéntrate en lo importante. ¡Es tu madre y debes invitarla!

Tal vez mi firmeza logre convencerla. Pido para mis adentros que así sea.

—En serio, entre Arthur y vosotras vais a lograr que lo mande todo a la mierda.

—Piénsalo al menos —le pido—. Si la invitas y no va, no volveremos a insistir.

—¿Lo prometéis?

Tengo la sensación de que últimamente no hago otra cosa.

—Sí.

—Yo también —dice la rubia.

—Está bien —claudica la más alta de las tres—. Lo pensaré. De momento es todo lo que puedo deciros.

Su respuesta nos deja a Daniela y a mí mucho más calmadas. La posibilidad de que Claudia acabe cediendo aporta algo de luz y una esperanza a todo este enredo. Aunque nada de esto es comparable con lo que, en verdad, puede estar a punto de ocurrir. Ninguna se imagina que, tal vez, y pido a todos los dioses que no suceda, el encuentro entre los tres no pueda llegar a realizarse nunca. Las palabras de Paqui regresan a mi mente para

atormentarme y devolverme a la realidad. La vida de Enzo corre peligro y yo di mi palabra de intentar impedirlo. Ésta es mi primera y primordial misión, convencerlo para que deje el caso, algo que me obliga a dar por finalizada la llamada con la excusa de volver al trabajo. Quiero a ese hombre, y haré todo lo que esté en mi mano para que se mantenga a salvo.

Sé perfectamente cómo engatusar a un hombre. Cualquier mujer sabría cómo hacerlo. Tan sólo basta con conocer sus gustos y sacar toda la artillería femenina de la que dispongas. Esta vez he preferido contar con la ayuda de Paqui; necesitaba saber su dirección y ella es la persona indicada para dármela. Y la única, a decir verdad. Pese a que al principio ha estado reticente, finalmente ha accedido a decirme dónde tiene el apartamento. Nada más apuntar la dirección en una hoja, caigo en la cuenta de que, en todas las semanas que Enzo y yo llevamos juntos, nunca me ha invitado a ir a su casa. Puede, incluso, que le moleste que me presente sin avisar, pero el tiempo corre en mi contra y no hay que detenerse en detalles como ése.

Ya es de noche cuando salgo de mi casa dispuesta a llevarme al huerto a Enzo, digo..., a llevar a cabo mi cometido. Por suerte, mi disfraz pasa desapercibido en la oscuridad y en la intimidad que me proporciona el interior del coche. Lo he alquilado en una tienda que hay en la misma planta del centro comercial donde trabajo. Siempre he fantaseado con hacer esto, y la ocasión me brindaba la oportunidad perfecta para realizarlo.

El apartamento de Enzo está en un barrio tranquilo, algo que agradezco al salir del vehículo y no encontrarme apenas gente por la calle. Noto el corazón latiéndome con fuerza en el instante en que llamo al timbre. Los segundos se me hacen eternos mientras aguardo a que me abra. Lo hace sin tan siquiera saludarme o decirme una sola palabra. ¡Sí es parco en palabras, sí!

El ascensor se detiene en el segundo piso. Busco la letra «A» que cuelga de su puerta. Aún me quedan unos pasos para llegar cuando Enzo sale a mi encuentro al rellano.

—¿Qué haces aquí?

La última palabra la pronuncia en un tono inferior al resto, lo que me confirma que mi disfraz le ha gustado.

—Nos han llamado a comisaría diciéndonos que alguien estaba en peligro —respondo juguetona sacudiéndome con la porra en la mano izquierda. El disfraz de policía cachonda me queda que ni pintado y me hace un cuerpo de infarto.

Enzo guarda silencio y me coge del brazo para arrastrarme hacia el interior de su casa. ¡Cómo me pone cuando saca su lado animal!

—¿Cómo se te ocurre presentarte así en mi casa? —inquire retándome con la mirada.

Doy por sentado que su molestia forma parte del juego, lo que me empuja a continuar.

—Según nos han informado, usted ha sido denunciado por una ciudadana —digo insinuante, acercándome a él para acariciarle el pecho.

—¿No me has oído?

Enzo me agarra por los brazos y me aparta de un empujón. Mi sorpresa no tarda en convertirse en enojo cuando descubro que no estaba fingiendo, y mucho menos parece estar dispuesto a juegos.

—¿Qué te ocurre? Creí que te gustaría la sorpresa.

Sigo sin entender qué le pasa y por qué le molesta tanto que haya venido a verlo después de lo de anoche.

—¡Pues ya ves que no! —afirma cruzándose de brazos—. Ha sido ella, ¿verdad?

—¿Quién? —«Joder, cómo me cuesta pillar a este hombre.»

—¡No te hagas la tonta conmigo! ¡Paqui! Ella te ha dado mi dirección, ¿no es cierto?

—Y ¿qué hay de malo en ello?

—¿Qué pasa? ¿Ahora sois tan amigas que hasta te dice dónde cojones vivo?

—Dame algo de beber —suelto de pronto para ganar algo de tiempo. Su

recibimiento me ha dejado la boca seca—. ¿Vas a dejar que me muera de sed? —inquiero al ver que no se inmuta y sigue quieto como una estatua junto al mueblecito del recibidor.

Por fin parece apiadarse de mí, y me invita a pasar a su cocina. Tras sus pasos, me permito mirar a mi alrededor y echar un vistazo al piso. Es un apartamento frío sin apenas decoración ni buen gusto.

—¿Refresco o agua?

«¡Coño, se ha estirado!» Esto no lo dice mi diablillo, lo pienso yo por los dos.

—Un refresco, si no te importa. —He optado por éste porque lleva implícito algo más de tiempo para beberlo.

Enzo me sirve una Coca-Cola sola sin hielo.

—¿No tienes cubitos? Hace mucho calor —me insinúo quitándome la gorra de policía, que dejo sobre la encimera junto con la porra, que ya me empieza a sudar en la mano.

El capitán no se toma muy bien mi petición, aunque acaba cediendo y añadiendo un par de cubitos al vaso.

—¿Vas a responderme ya? —pregunta al tiempo que me ofrece la bebida.

—¿No te sirves nada tú? No me gusta beber sola.

—Esto no es una cita —replica de mala gana.

Si no fuese por lo bueno que está, porque lo quiero y porque es el hermano de mi mejor amiga, lo mandaba a la mierda echando leches.

—Así que es aquí donde vives —manifiesto volviendo al salón con mi vaso en la mano, pasando por alto su enfado y su afán por echarme.

—Es obvio que sí.

Sé que con mi actitud le estoy tocando ciertas partes, pero me importa lo mismo que saber quién ha ganado la Liga..., un pimiento.

—Veo que la decoración no es tu fuerte.

—Vera, no me gusta que jueguen conmigo, y lo sabes. Dime qué cojones haces aquí.

Su enfado no hace más que aumentar mis ganas de jugar.

—Ya te lo he dicho. Alguien te ha denunciado.

Pese a que Enzo está detrás de mí, desde aquí puedo sentir la tensión de su cuerpo.

—Cuando te bebas eso, puedes marcharte —suelta de pronto, justo antes de encaminarse hacia el pasillo que, supongo, da a los dormitorios.

—Enzo, ¡espera! —digo volviéndome hacia él.

—¡Te he dicho mil veces que no me llames así!

Ahora es él quien se gira para mirarme. Puede que se crea el más listo del mundo, pero conozco su talón de Aquiles.

—Y yo te dije que te llamaría así cada vez que necesitara que volvieras a mí —aseguro sin amilanarme.

—No vuelvas a hacerlo —apostilla dando dos zancadas hasta alcanzarme.

Si antes podía notar su tensión, ahora puedo palparla. Su pecho, hinchándose y desinflándose a gran velocidad, me confirma lo nervioso que lo estoy poniendo. Sus ojos y la intensidad con la que me mira rematan lo que ya sé.

—Y ¿qué vas a hacerme? ¿Piensas detenerme? —Mi tono es provocador e insinuante.

Por un instante pienso en sacar las esposas que llevo enganchadas a la trabilla de la escueta minifalda que llevo puesta.

—¿Qué harías conmigo, capitán? —continúo.

Su silencio y el deseo que veo en sus ojos me incitan a acabar con la minúscula distancia que nos separa. Noto cómo su entrepierna se endurece al contacto. Me humedezco el labio al recordarla en mi interior y, sin darme cuenta, dejo salir un pequeño aunque sonoro jadeo.

—Joder —es lo último que sale de su boca antes de inclinarse para atrapar la mía.

Por fin mis poderes de seducción han surtido efecto. Enzo me estrecha entre sus brazos y me besa con la misma desesperación que su cuerpo pide a gritos

el mío. Me estremezco y me dejo vencer por su influjo y su fuerza. Sus labios logran rendirme como mis sentimientos lo hicieron hace semanas. Antes incluso de darme cuenta. Mi corazón aletea con intensidad recordándome lo feliz que me hace sentir y lo mucho que lo quiero.

—Ya tienes lo que querías, ahora márchate —dice de pronto, soltándome y apartándome de él.

—¿Tú de qué coño vas? —bramo fuera de mí cuando lo veo marcharse de nuevo hacia el maldito pasillo.

Pero Enzo no escucha mis palabras y continúa su paso. Llena de ira y sin tiempo para pensar, dejo el vaso donde primero pillo y me voy tras él para detenerlo y obligarlo a escucharme.

—¿Por qué me haces esto, Enzo?

—Sé a qué has venido, Vera. Y la respuesta es no.

—¿No, qué? ¿No quieres acostarte conmigo o...?

—No, no quiero.

—Mientes —aseguro con la misma firmeza que me miran sus ojos.

La luz que llega al pasillo procede única y exclusivamente del salón. Más que suficiente para poder ver en ellos que no me equivoco cuando afirmo que no está siendo sincero conmigo.

—Lo nuestro no puede ser, Vera.

—¿Y lo dices ahora? ¿Qué pasa?, ¿no te gustó lo de anoche? ¡Porque para tu información te diré que a mí me encantó!

—No se trata de eso.

—Entonces ¿de qué? —Puede que esté perdiendo los papeles, pero a estas alturas poco me importa.

—Sé a qué has venido. Y la respuesta sigue siendo no. No voy a dejar el caso.

Su confesión me deja sin habla. No sé cómo ha podido enterarse, no suelo ser un libro abierto como cierta persona que conozco.

—Y ¿por qué no? ¿Acaso no te importa dejarme sola?

—Tú no estás sola.

Su respuesta y la forma en que pasa por mi lado para volver al salón me resultan extrañas. Pero no me paro a pensar, sino que salgo corriendo tras él.

—Enzo, sé por qué no quieres dejarlo —confieso en un susurro a escasos centímetros de su espalda.

—Si lo supieras, no me pedirías que lo dejara.

—Precisamente porque lo sé te lo estoy pidiendo. No tiene sentido que te enfrentes a él si con eso consigues apartarte de nosotras.

—¿Hasta dónde sabes?

—Lo suficiente para insistirte que desistas.

—¿Te has parado a pensar que tu petición lleva implícita tu desconfianza hacia mí?

—Jamás desconfiaría de ti.

—Me subestimas si crees que no puedo resolver el caso.

—¿Y acabar con él?

—Si es necesario, lo haré —asegura con una firmeza que logra ponerme los pelos de punta.

—Está bien —me avengo ante su extrema confianza—. Acepto que lo hagas.

—No necesitaba tu aprobación. Pero gracias.

—Pero con una condición —añado.

—¡No hay condiciones, Vera!

—Yo te ayudaré —suelto de pronto.

La cara con la que me mira me es imposible de descifrar. Sus ojos reflejan temor, desconcierto y admiración a partes iguales.

—Métete esto en esa cabeza preciosa que tienes —dice agarrándome de ambos brazos—. Jamás, repito, jamás se te ocurra meter las narices en esto. Te lo prohíbo tajantemente.

—Buenas noches, amor mío —digo poniéndome de puntillas para darle un rápido beso en los labios antes de soltarme y dirigirme hacia la cocina a por

mis cosas.

—No hablarás en serio —manifiesta desde su posición, intentando entender qué está ocurriendo.

—Ha sido un error.

—Me alegra que lo entiendas —admite tras un sonoro susurro.

—La llamada que hemos recibido en comisaría ha sido falsa —afirmo poniéndome la gorra del disfraz—. Que descanse, caballero —remato justo antes de cerrar la puerta tras de mí.

No sé qué cara se le habrá quedado, pero en la mía llevo implantada una sonrisa picarona mientras me apresuro a bajar la escalera. Puede que el capitán se haya ganado su rango por méritos propios, no lo pongo en duda. Pero, aunque yo no lleve galones ni tenga un rango ante el que cuadrarse, me he ganado a pulso ser la Balay, y si de algo estoy segura es de que ese hombre aún no sabe lo que eso conlleva.

Capítulo 9

—¿Estás loca? —me grita la Sweet. Empiezo a pensar que no ha sido buena idea venir a su casa—. ¿Cómo vas a meterte en un caso de la Guardia Civil?

—Porque no pienso quedarme de brazos cruzados —me defiendo sin soltar la limonada a la que me ha invitado. En su frigorífico ahora escasean las bebidas para adultos.

—¿No puedes ser una novia normal, como todo el mundo?

Sabía que Daniela se lo iba a tomar así. Pero necesitaba hablarlo con alguien y no he dudado en venir a verla antes de llevar a cabo mi plan.

—Sweet, sé que tú harías lo mismo que yo.

—Sabes que llegaría al fin del mundo por cualquiera de vosotras, por Dau o la niña, pero sólo si estuvierais en peligro y... Un momento, ¿qué me estoy perdiendo?

La cara con la que me mira me obliga a responderle cuanto antes.

—Prométeme que si te lo cuento no se lo dirás a nadie.

—Vera, me estás asustando.

—Está bien, seré sincera contigo.

—¡Gracias! —se queja.

—¿Quieres saberlo o no? —inquiero para que no me interrumpa de nuevo. Ella simula cerrar una cremallera sobre sus labios—. El caso que Enzo ha aceptado va más allá de lo estrictamente laboral. Al parecer, el cabecilla de la mafia a la que quiere atrapar viene a por él.

Ella ahoga un grito echándose las manos a la cara. Puedo ver el miedo en sus ojos.

—Sweet, escúchame. No tienes de qué preocuparte —digo tocándole el brazo para calmarla.

—¿Que no tengo de qué preocuparme? —me grita de pronto apartándose en un rápido movimiento—. ¿Te estás oyendo?

—¿Y tú quieres calmarte? Sólo voy a... echar un vistazo.

—¿Tú qué quieres?, ¿que acaben contigo también? ¿Has perdido el juicio?

—Lo estuve buscando un tiempo, pero no estaba por ninguna parte —me mofo. Sin embargo, la mirada que me dedica me obliga a dejar a un lado el sarcasmo—. Sweet, no voy a ponerme en peligro, te lo prometo.

—¿Sabes por lo que hemos pasado con tu secuestro?

—Sí —digo en un casi imperceptible susurro.

—No puedo creer que seas tan inconsciente de volver a ponerte en peligro cuando aún no nos hemos repuesto del susto.

—Lo sé, pero...

—Pero nada. No voy a dejar que lo hagas.

—¿Perdona? De eso nada. He venido a contártelo, no a que me impidas nada.

—No haber venido. Este fin de semana te quedas aquí.

—¿Para que luego digan de la mafia! —me mofo.

—¡No deberías tomarte a broma lo de tu secuestro!

—No lo hago, Sweet —me defiendo—. Pero reconoce que tu imposición es lo más parecido.

—¿Por qué te gusta tanto ponerte en peligro? A ver.

—Lo dices como si me divirtiera.

—¿Acaso no es cierto?

Su pregunta me hace meditar unos segundos.

—¿Qué quieres que te diga? Me pone la acción —admito.

—No hace falta que lo jures.

—Bueno, ya sabes cómo soy, enhorabuena. Y ahora, ¿quieres saber lo que tengo pensado o no?

La Sweet resopla y se toma su tiempo en contestar. Le gusta hacerse la interesante, pese a que sé de sobra lo que está pensando. Siempre ha sido como un libro abierto. Aun así, guardo silencio mientras la observo levantarse para coger la jarra de limonada del frigorífico, con la que rellena nuestros vasos por segunda vez.

—Venga, cuéntame qué hay que hacer.

—¡Eh, un momento! Estamos hablando de mí, ¿recuerdas?

—¡Mira, chata —suelta de pronto, amenazándome con la jarra a escasos centímetros de mi cara—, puede que seas muy lista, pero si piensas que voy a dejarte que hagas esto sola, sea lo que sea, vas lista! Así que desembucha, que no tengo todo el día —remata tomando asiento a la mesa de la cocina, donde, por suerte, yo también estoy sentada, pues me habría caído de culo ante su firmeza.

Cosas como ésta son las que me reafirman en lo mucho que quiero a mis amigas. Me atrevería a decir incluso que son más importantes que mi familia, a la que sólo veo en días señalados. Ellas, junto a Enzo, son las personas a las que más admiro, y por las que estaría dispuesta a dar la vida sin dudarlo siquiera un solo segundo. Así pues, con el incondicional apoyo de mi mejor amiga, me acomodo en la silla, doy un gran trago a la limonada y comienzo a contarle lo que tengo planeado. No llevo ni un minuto cuando Dau entra por la puerta.

—Hola, chicas —nos saluda justo antes de dirigirse hacia la Sweet para darle un mítico beso.

La escena me produce un vuelco en el estómago. No por ellos, claro está, sino por el deseo inmenso de que Enzo y yo podamos tener lo mismo, sin miedos ni temor porque alguien quiera acabar con la vida de nadie.

—Te veo bien, Vera.

—Gracias, Dau.

—Me estaba contando un plan que tiene entre manos para ayudar a Enzo —suelta de pronto mi rubia amiga. Si hubiese un premio a la indiscreción, se lo

daban por abusona.

—¿Ayudar en qué?

—No es nada importante —intervengo para quitar hierro al asunto y, de paso, evitar que doña Nestlé siga hablando.

—¡Eso no es cierto! —me riñe—. Quiere ir a la casa de subastas donde Enzo está encubierto.

—Existe una cosa llamada secretos entre amigas, ¿lo sabías? —la reprendo dedicándole mi peor mirada—. No es nada contra ti, Dau —le aclaro.

—Tranquila —me responde con una ladina sonrisa.

—Entre mi Dau y yo no hay secretos —suelta la rubia enamorada. A este paso va a acabar con el oxígeno de la cocina con la cantidad de corazoncitos que le están saliendo de los ojos.

—No hace falta que lo jures —me quejo.

—Para ir a una casa de subastas hay que reunir ciertos requisitos — comenta el escocés.

—¿Has estado en alguna subasta? —pregunto prestándole toda la atención.

—En varias, a decir verdad.

—Siéntate, amigo mío —digo señalándole el taburete que hay a un extremo de la mesa, entre Daniela y yo.

Mi amiga sonrío complaciente y me mira a la espera de una disculpa por mi parte. Menos mal que está sentada, porque ahora sólo tengo ojos para su hombre.

—Cuéntame —le demando.

—En las que yo he estado hay ciertas normas no escritas que hay que cumplir.

—¿Como cuáles?

—Hay un protocolo que seguir. Las personas que suelen ir a las casas de subastas, al menos las más reconocidas e importantes, son de cierto nivel adquisitivo. Se considera un acto social, y suelen ir de gala.

—¡Pues empezamos bien! —suelto al recordar que no tengo ningún vestido

lo suficientemente elegante para la ocasión. El más bonito y caro que jamás me he comprado es el que tengo encargado para la boda de Claudia, y no tengo intención de estrenarlo hasta ese día.

—La casa de subastas suele ponerse en contacto con los clientes dos semanas antes. Les envían un correo con el catálogo de los lotes de las obras que salen a subasta y los invitan a visitarlas en la exposición que previamente tienen preparada.

Ya van dos cosas que no tengo. Esto pinta mal.

—¿Sabemos qué tipo de obras se subastan?

—De arte —responde la Sweet.

—Me refiero a si se trata de pinturas, joyas, muebles.

—Creo que pinturas —respondo.

—¿Sabes el nombre de la casa de subastas? Tal vez podamos adelantar algo por internet —indica sacando su móvil del bolsillo.

Creía haber hecho los deberes antes de venir a casa de Daniela. Pensaba que con saber el sitio al que debía ir era más que suficiente. Pero ya veo que estaba equivocada. Mientras Dau busca información en la red acerca de la casa de subastas que le facilito, pienso en el primer sitio al que debo ir en cuanto salga de aquí.

—¿Estás segura de que es ésta? —me demanda señalándome una de las dos que hay en la ciudad.

—Sí, ¿por qué?

—Porque la subasta es dentro de dos horas.

—¿Sólo? —inquire la Sweet—. Tenemos el tiempo justo. ¡Levanta el culo! —me apremia.

—Eh, un momento, ¿adónde vais? —nos pregunta Dau en cuanto nos ponemos en pie.

—A la subasta, mi amor —le aclara.

—Eso ya lo sé. Quiero decir que..., no pensarás que voy a dejar que vayáis solas, ¿no?

—¡Ah, no, por ahí sí que no paso! —intervengo—. Me niego a que alguien más corra peligro.

—¿Peligro? ¿Qué pasa aquí? —masculla poniéndose él también en pie.

La Sweet me mira antes de responderle.

—Cariño, no pasa nada. Confía en mí.

—Dani, te recuerdo que te conozco y sé cuándo me ocultas algo. Iré con vosotras.

Mi amiga resopla. Y yo con ella. Por si no tenía suficiente con ella, ahora su hombre quiere unirse a la fiesta.

—Dau, no es necesario que vengas, en serio.

—Si dices eso es que no me conoces —afirma rotundo—. Sé que os traéis algo entre manos, pero, sea lo que sea, no pienso dejaros que lo hagáis solas. ¿Queda claro?

Su firmeza casi consigue que me cuadre ante él y le diga «señor, sí, señor». Aunque mi saludo militar queda en segundo plano en cuanto veo la cara de enamorada/enchocada de mi rubia amiga. Resoplo de nuevo, esta vez lo suficientemente alto para que ambos me oigan, justo antes de despedirme de ellos. El tiempo se nos echa encima y no puedo permitirme perderlo en discutir. Si quiere venir con nosotras, que venga. A decir verdad, nos vendrá bien alguien con experiencia y, por qué no decirlo, alguien en quien apoyarme, porque cuando Enzo me vea allí, los necesitaré a mi lado. Si hay una persona que realmente consigue imponerme con una sola mirada, sin duda es él.

El vestido que he alquilado parece hecho a medida. Tenía que devolver el disfraz de anoche, y cuál ha sido mi sorpresa al encontrarme con él en uno de los maniqués de la tienda. Ha sido amor a primera vista y no lo he pensado. Aparte de las veces que nos hemos disfrazado en carnaval o en la sorpresa que quise darle a Enzo ayer, nunca había alquilado ninguna prenda, y mucho menos

una con tanto estilo y categoría como este vestido. Cuando bajo al encuentro de la Sweet y de Dau y veo sus caras, me reafirmo en el buen gusto que he tenido al escogerlo.

Con los nervios instalándose a sus anchas en mi interior y con piropos cruzados entre los tres durante el trayecto, llegamos al parking, donde el escocés estaciona su coche. La sala de subastas está a escasos metros, y llegamos en un abrir y cerrar de ojos.

—Buenas tardes —saluda Dau a la mujer que hay tras un pequeño mostrador.

—Buenas tardes y bienvenidos —responde mirándonos de arriba abajo—. ¿Desean asistir a la subasta?

—Así es.

—¿Me dan sus documentos de identidad, por favor?

Los tres le entregamos lo que nos pide. Al parecer, es necesario un registro para poder entrar. Dau parece estar como pez en el agua, su ayuda nos viene que ni pintada, y más por la falta de tiempo que me ha impedido informarme como es debido.

—Aquí tienen —dice la mujer, devolviéndonos los DNI y entregándonos un catálogo y una paleta con un número a cada uno—. Ya pueden pasar a la sala. Que tengan una agradable velada.

El formalismo con que la mujer nos recibe cambia en cuanto entramos en la sala. Todo el mundo se gira para mirarnos, y pronto averiguamos por qué.

—Dau, ¿no has dicho que había que venir de gala? —inquiero en voz baja. Aquí sólo hay vestidos playeros, pantalones cortos y mucha sandalia con calcetín.

—Joder, Vera, las subastas a las que yo he ido no son así, te lo aseguro.

—Ya hablaremos cuando llegemos a casa —le suelta la Sweet.

La sala, de forma rectangular y mucho más grande de lo que imaginaba, está repleta de sillas alineadas en filas y orientadas hacia lo que parece ser un escenario. Sobre él, un atril de madera en color caoba, situado en el lado

izquierdo, preside la estancia, junto a una enorme pared. También a ese mismo lado del escenario, aunque fuera de él, hay una mesa larga con portátiles. En el lado contrario y enmarcando la zona, una gran pantalla muestra el logo de la casa de subastas.

—¿Lo ves? —me pregunta Daniela al pillarme con el cuello estirado mirando a todo cuanto me rodea.

—No.

—¿No te habrás equivocado de sala?

—Sweet, no me toques las narices. Estará en el *backstage*.

—No se llama así —aclara don «poneos guapas, que yo entiendo de esto», sentado al otro lado de mi amiga, dos sillas más a mi derecha.

Las dos le reprochamos con la mirada. Suficiente para hacerlo saltar.

—Vale, vale —se defiende alzando las palmas de las manos—. Si os molesta tanto que os cuente cómo funciona esto, ya me callo.

La Sweet y yo nos miramos y le concedemos el perdón que sutilmente nos ha pedido.

—Según el catálogo —comenta mostrándonos el que lleva en la mano—, los lotes de hoy son principalmente obras europeas.

Su aclaración cuadra con lo que ya sé: el caso de Enzo tiene que ver con los rusos, y doy por hecho que debe de haber varios cuadros de artistas de su país lo suficientemente importantes para interesarles y hacerlos venir hasta aquí.

—Y, por lo que estoy viendo —continúa—, no son nada baratas.

—Daba por sentado que en las subastas sólo hay obras caras —comenta la rubia.

—No, cariño. Te sorprendería saber que hay objetos de todo tipo.

—Y ¿puedo saber qué has comprado tú en una subasta?

—Sólo pujé una vez, y fue para hacerme con...

—Ahí está —los interrumpo en cuanto veo a Enzo aparecer en el escenario. Lleva un traje chaqueta que le queda que ni pintado. Nunca lo había visto

así, y sonrío como una tonta sólo con verlo. Tras él, lo siguen cuatro personas que toman asiento a la mesa de los ordenadores. Enzo se detiene frente al atril, y la sala enmudece cuando comienza a decir sus primeras palabras a través del micrófono que lleva enganchado en la oreja. Mi capitán infiltrado, que por nada del mundo haría sospechar cuál es su verdadera profesión, saluda a todos los presentes para, a continuación, seguir soltando cosas que no consigo oír. Sobre todo cuando, en un instante inapreciable para el resto, nuestras miradas se cruzan. El momento no dura mucho, aunque sí lo suficiente para darme cuenta de que no le ha hecho la menor gracia encontrarnos aquí. Siento la tensión en su cuerpo por la forma en que el color de sus nudillos desaparece al agarrar ambas esquinas del atril.

—Parece que lleve toda la vida haciendo esto —me susurra Daniela.

No respondo ni hago comentario alguno, pese a que sé que está en lo cierto. Estoy demasiado ocupada viéndolo allí arriba representar a la perfección el papel que él mismo ha elegido. Ahora sé que, por más que su madre se empeñara, nadie podría haberlo convencido de no hacerlo. Como tampoco yo iba a dejar que estuviera solo en esto. Nuestras miradas vuelven a cruzarse, esta vez, algo más de tiempo. El suficiente para ver la firmeza y el reproche en sus ojos. Pero, lejos de achantarme o de dar marcha atrás, suspiro hondo, le sonrío levemente y le susurro desde la distancia:

—Donde tú vayas, yo iré contigo.

Capítulo 10

Mientras mi capitán da comienzo a la subasta, Dau nos explica un poco el funcionamiento de la misma. Según nos cuenta, Enzo está haciendo el papel de consejero delegado, que acostumbra a ser el dueño de la sala. El personal de cada casa de subastas suele variar en función de la capacidad o la clientela que tengan, aunque todas disponen de jefes de departamento, que son los encargados de analizar, estudiar y valorar las obras que se ponen a la venta. Su explicación me hace pensar que tal vez el topo y el que se ocupa de trapear con los rusos sea el encargado del departamento de pintura.

—La paleta se levanta cuando se quiere pujar por una obra —nos aclara.

—Eso era fácil de saber, cariño —le responde la Sweet.

—Lo sé, pero necesitaba avisaros para que llevéis cuidado si no queréis comprar algo.

—No hemos venido a comprar precisamente —digo en nuestra defensa.

—La puja final es el precio al que se vende una obra —continúa explicándonos—, llamada también «remate final». Se sabe que ese momento llega cuando el consejero da un golpe con el mazo.

La imagen logra ponerme cachonda. Puede que sea fruto de los nervios, que me están consumiendo por dentro, pero en cuanto ha pronunciado esas últimas palabras, me he imaginado a mi capitán y me han venido a la mente imágenes que... El momento zen se me viene abajo en cuanto veo el primer cuadro. Dos hombres vestidos con pantalón y delantal negro, camisa y guantes blancos, son los encargados de subirlo al escenario y colgarlo en la pared que hay al fondo. Pese a estar enmarcado en madera color oro, no puede ser más horrible.

—¡Coño, qué cosa más fea! —suelto al ver la obra, ya colgada en la pared. Es una pintura en colores oscuros que no forman ninguna figura concreta.

—¡El precio de salida del lote número uno es de sesenta mil euros! —anuncia el capitán.

—Sesenta mil guantazos le daba yo al pintor.

—Vera, calla o acabarán echándonos —me riñe la Sweet.

Para mi sorpresa, un hombre de la segunda fila de la izquierda levanta su paleta.

—Sesenta mil —dice Duarte señalando al hombre—. ¿Alguien da sesenta y un mil? —pregunta mirando al resto de la sala.

Una mujer sentada un par de filas por delante de nosotros muestra su paleta, aceptando el precio.

—Esta gente está loca. ¡Lo que haría yo con ese dinero!

—Vera, por favor —ahora es Dau quien me regaña.

—Vale, vale, ya me callo.

A los veinte minutos, tras varios lotes, y mil y una burradas que consigo reprimir acerca de ellas y del mal gusto de la gente que hay en la sala, empiezo a notarme molesta.

—¿Qué te pasa? —me pregunta la Sweet al ver cómo me revuelvo.

—Me pica mucho —digo para justificar la forma en que me rasco la espalda con el respaldo de la silla.

La subasta continúa a un ritmo vertiginoso, tal y como lo hace mi picor. Mi capitán, que como consejero delegado no tiene precio, no deja de ofrecer lotes que, en su mayoría, se acaban vendiendo pese a tratarse de pinturas tremendamente horrendas. Y, para mi sorpresa, los que están en la sala no son los únicos con mal gusto. Las cuatro personas que entraron con Duarte y tomaron asiento a la mesa de los portátiles no dejan de atender el teléfono y hacer las pujas que los compradores les hacen desde el otro lado de la línea o a través de internet.

—¿Te quieres estar quieta? —insiste la Sweet.

—No puedo evitarlo —mascullo rascándome el costado izquierdo, que ahora me pica incluso más que la espalda.

La voz de Enzo que sale por los altavoces se entremezcla con el sonido que hacen mis uñas y la paleta, con la que también me rasco, al raspar la tela una y otra vez. Me faltan manos para atender todos los puntos que me arden en la piel.

—¿Quieres que vayamos al baño?

—No, se me pasará enseguida.

Pero por mucho empeño que ponga para que mi deseo se cumpla, lo cierto es que el picor va en aumento.

—Vera, ¿de dónde has sacado el vestido?

—De la tienda de disfraces, ¿por?

—¿Lo has lavado antes de ponértelo?

—Sweet, teníamos que llegar, y no he tenido tiempo.

«¡Joder, cómo pica!»

—¡Dios mío, Vera, tienes pulgas! —suelta apartándose ligeramente de mí.

—¡No fastidies!

No debería haberme dicho eso. La idea de tener bichitos recorriéndome el cuerpo y pegándome bocados sólo logra aumentar la picazón, a lo que ahora tengo que añadir el asco y la repugnancia que me da. Sin que pueda evitarlo, me revuelvo aún más inquieta sin coordinar para nada mis movimientos.

—El siguiente lote es obra de...

Enzo anuncia un nombre impronunciable y un precio de salida que no logro oír. Estoy demasiado ocupada en intentar aliviar la horrible sensación que tengo en el cuerpo.

—¿Qué has hecho? —me regaña la Sweet, mirándome como si hubiese visto un fantasma.

—Tía, no me jodas, que demasiado cabreo tengo ya para que vengas tú a hurgar más en la herida —digo sin dejar de moverme, haciendo mil y una posturas—. Ya sé que no tengo que volver a alquilar un puñetero vestido.

—No me refiero a eso. ¡Acabas de pujar por ese cuadro, loca!

El mundo se me viene encima en cuanto asimilo lo que acaba de decirme. Con el corazón atronándome en el pecho y con toda la rabia y la incomodidad en que me tienen los dichosos bichos, giro el cuello hacia el escenario.

—¡Joder! —suelto al ver el maldito cuadro. Éste es aún más feo que los anteriores.

Pero si hay algo que me asuste más que la propia obra es la forma en la que Enzo me mira. Nunca lo había visto tan molesto, y logra inquietarme. El color pardo de sus ojos ha dado paso a un amenazador color oscuro, negro como el carbón, y temerario como una noche cerrada.

—¿De cuánto hablamos? —pregunto en un hilo de voz. El corazón se me va a salir del pecho.

—Cuarenta y tres mil euros —me aclara.

—¿Qué? —grito llamando la atención de toda la sala.

—A la cárcel vamos, ya verás —suelta la Sweet, dejándose caer más en la silla para que no la vean, algo que no logra, por cierto.

La cabeza me da vueltas. Mentalmente calculo la de años que debo trabajar para poder pagar esa cantidad indecente de dinero. Eso, contando con la escasa probabilidad de que el jodido banco me concediese el préstamo personal por mi cara bonita.

—¿Alguien da cuarenta y cuatro mil? —reanuda Duarte la subasta. Aún puedo ver cómo le sale el humo por las orejas. Tengo claro que, después de esto, me espera una buena bronca.

—No sé en qué estaba pensando para aceptar venir con vosotras —comenta Dau, echándose las manos a la cabeza.

—No iba a dejar que viniera sola —responde la Sweet—. Tía, ¿qué hacemos? —me pregunta—. Nadie puja por el cuadro.

—No me extraña, con lo feo que es —digo sin dejar de rascarme.

—Pues ve pensando en qué pared de tu casa lo vas a colgar, porque... o te lo llevas, o vamos a la cárcel.

—¿Crees que hace falta gente en La Mansión? —se me ocurre de pronto.

—¿Para qué?

—¡Coño, Sweet, no va a ser para limpiar!

—Estoy nerviosa, ¿qué quieres?

—Igual en tres años pueda conseguir pagarlo.

—Pero ¿de qué hablas?

—¡De hacerme puta!

Media sala se gira para mirarme, incluido Duarte, que a buen seguro acaba de cometer homicidio en primer grado con la mirada que me ha echado.

—¿Quién me mandaría a mí traeros a este sitio!

—No ayudas nada, Dau —lo riñe la Sweet—. Y tú —ahora a por quien va es a por mí—, ¿se te ha ido la cabeza o qué? ¿Cómo vas a hacerte prostituta?

—¿Qué pasa? ¿No crees que dé la talla?

Daniela me mira de soslayo, y pronto me doy cuenta de lo que he dicho.

—Allí se debe de ganar mucho dinero —continúo.

—No digas tonterías. ¡Y procura estarte quieta! Me está picando sólo de verte.

—¿Las pulgas saltan?

—Claro que saltan.

La Sweet me da un empujón tan fuerte que acaba arrastrándome y apartándome unos centímetros más de ella.

—¿Se puede saber qué os pasa? —inquire Dau con cara de pocos amigos.

—La Balay tiene pulgas.

—Podrías ser un poco más fina —me quejo.

—¿Alguien da cuarenta y cuatro mil?! —insiste Duarte.

Pero nadie aumenta mi remate por más que él insista. Está haciendo todo lo posible porque alguien puje por el dichoso cuadro, aunque ninguno parece estar dispuesto a levantar su paleta. Cada vez se lo ve más nervioso y, por más que está alargando la venta, no parece surtir efecto. Dau se encuentra

incómodo con la situación, y la Sweet no deja de achucharme para que haga algo. Entre los tres y el puñetero picor, empiezo a quedarme sin ideas.

—¡Qué suerte tenemos, Daniela! —suelto de pronto llamando la atención de toda la sala.

—Definitivamente has perdido un tornillo. ¿Qué digo un tornillo? Media ferretería. ¿Se puede saber qué haces ahora?

—Sweet, sígueme la corriente, por tu madre. Háblame en inglés, que toda esta gente parece guiri.

—¿Tú qué tienes contra los guiris?

—Dau, no es momento para explicaciones —le respondo—. Daniela, confía en mí. Haz lo que te pido, por el amor de Dios. Y tú, Dau, tradúcele si hace falta. Yo no cuelgo ese cuadro en mi casa como que me llamo Vera.

La firmeza con que le hablo y miro a ambos logra activarlos, y mi amiga no tarda en unirse a mí.

—*Oh, yes* —dice de forma incondicional, pese a no saber muy bien adónde quiero ir a parar.

—¡Por fin voy a conseguirlo, Sweet! —alzo un poco el tono para que de nuevo todo el mundo me oiga.

Ella responde de igual forma con un perfecto acento anglosajón, aunque no logro entender ni una sola palabra.

—¿Qué has dicho? —cuchicheo sin dejar de disimular y de mirar el cuadro con la misma veneración que lo haría si estuviese ante un donut de chocolate recién hecho.

—Más o menos he repetido lo mismo que tú.

—Ah, vale.

Duarte, al que ahora mismo no podría llamar Enzo por la forma en que me mira, intenta ganar algo de tiempo describiendo con un poco más de detalle la obra en cuestión.

—¡Mi marido se va a volver loco de contento en cuanto llegue a casa! —suelto sin pensar, ganándome un nuevo reproche del capitán.

La Sweet secunda mi frase para, a continuación, traducirme que ha dicho que vamos a ser muy afortunados de tenerlo.

—¿Sabes el tiempo que llevamos detrás de esta maravillosa obra?

Mi diablillo, al que había perdido la pista con tanto ajetreo, me anima a seguir mientras se mofa por lo bien que lo estoy haciendo. Siento el corazón latiéndome con una brutal fuerza en mi interior que casi no me deja respirar.

—Qué bien hemos hecho en venir. No puedo creer lo barato que me va a salir.

Daniela dice algo, y Dau se le suma. Ambos hablan en inglés durante un buen rato, lo suficientemente alto para que una señora de la primera fila por fin levante su paleta. El suspiro que doy casi deja sorda a media sala.

—¿Qué habéis dicho? —le pregunto a la Sweet cuando logro calmarme un poco.

—Dau ha comentado que conoce a un cliente que pagaría más del doble por él.

El sonido del mazo sobre la base de madera llega a mis oídos como una sinfonía, aliviándome y librándome de tener que cambiar de profesión. Duarte anuncia el remate final y por fin puedo respirar tranquila. Aunque ni siquiera la tranquilidad de saber que podré seguir manteniendo mi puesto de trabajo como dependienta consigue aliviar el puñetero picor, que, para mi desgracia, parece ir en aumento.

—Vámonos de aquí —le pido a la pareja feliz.

—Por fin —comenta la Sweet incorporándose, seguida de Dau.

Ni siquiera me atrevo a mirar a mi capitán cuando salimos de la sala. Sé que debe de estar muy molesto conmigo, y ya he tenido demasiada emoción por un día. Me muero por llegar a casa para darme una buena ducha y quitarme este maldito vestido. Pienso echarme fotos y mostrárselas a la de la tienda de disfraces. ¡Ésa me va a oír!

Cuando Dau me deja en la puerta de casa, la Sweet recoge la sábana que me ha puesto sobre el asiento trasero, y la tira a un contenedor de basura. No

la culpa por querer proteger el coche, y más sabiendo que ahí es donde se sienta la niña.

—Nos vamos corriendo a darnos una ducha y a meter la ropa en vinagre — dice al introducirse de nuevo en el coche.

—¿No vas a darme un beso de despedida? —me mofo acercándome a ella para abrazarla.

—¡Quita, quita! Ya sabes que te quiero mucho, con eso tienes más que suficiente. ¡Arranca, corre! —le pide a Dau antes de dar un portazo.

Río a carcajadas al verlos marchar. Puede que no haya acabado como esperábamos, pero hay que reconocer que ha sido toda una aventura. Echo un último vistazo al contenedor de basura y me giro hacia el portal del edificio. No veo la hora de llegar a casa. Busco las llaves en el bolso, cuando una voz familiar me sobresalta.

—Hola, Vera.

Es Vic.

Capítulo 11

—¿Tú?! —grito al girarme y comprobar que, por desgracia, mi oído no me ha fallado.

—¿Cómo estás?

Podría decirle millones de cosas, pero la única que me sale del alma es la que le suelto:

—¡Eres un hijo de puta!

—Por eso quería verte.

—¡Y un cabrón, y un...! ¿Has venido para que te insulte? —pregunto sin entender nada.

—Estás en tu derecho.

Este tío es tonto. Pero me viene bien.

—¿Cómo has podido ser tan rastrero? —bramo plantándole cara, pese a que me saca más de un palmo.

—He venido a explicártelo.

—¡No tienes nada que explicarme! ¡Eres un cerdo! ¡Por tu culpa me secuestraron!

En cuanto digo la última frase me doy cuenta de que estamos llamando demasiado la atención. El trato que tengo con mis vecinos es el habitual, pero ninguno de ellos estaba al corriente de lo que me sucedió, y quiero que siga siendo así.

—No necesito que me digas nada —sentencio en un tono de voz más bajo—. Sólo quiero que desaparezcas de nuestras vidas. Para siempre. No quiero

volver a verte, no quiero volver a saber nada de ti, y mucho menos que vengas a mi casa.

—Es que...

—¡Nada! —lo corto—. ¿Qué parte de que «no quiero saber nada de ti» no entiendes? Nos has hecho mucho daño, Vic. Me porté bien contigo, y no me merecía lo que me hiciste.

—Lo sé, por eso...

—Por eso quiero que te marches y que no vuelvas a molestarnos. Pusiste en peligro la vida de mi mejor amiga, nos vendiste por dinero. ¿Se puede ser más despreciable?

—Déjame explicarte...

—¡Que no! Que te largues —bramo alargando el brazo y señalando a un punto cualquiera del final de la calle.

—¿Quieres escucharme de una puta vez?

—¿Perdona? ¿Me vas a venir tú a mí a hablarme de ese modo? ¡Tú no eres nadie para hablarme así! ¡Ya no eres nadie en mi vida, que te quede claro!

—Lo sé. Ahora sales con ese guardia civil.

Sin pensarlo, le doy un sonoro guantazo.

—¿Me has estado siguiendo? —mascullo observando cómo se lleva la mano a la cara.

—Ellos me lo ordenaron.

Su revelación me sorprende tanto que casi golpeo la acera con la mandíbula. Me cuesta procesar cada una de las cuatro palabras que me ha dicho. ¿Quiénes son ellos? ¿De qué demonios está hablando? Demasiadas emociones para un solo día. Estamos llamando la atención y no logro pensar con claridad. Tanto es así que termino invitándolo a subir a casa, algo impensable hace unas semanas o quizá escasos minutos.

—Me lo vas a explicar todo con pelos y señales. ¡Y, como se te ocurra dejarte algo, créeme que iré a por ti! —lo amenazo mientras subimos.

—Gracias por invitarme.

—¡Esto no es una invitación! Es sólo una forma de evitar estar en boca de todos —sentencio con toda la rabia que me produce tenerlo aquí.

El picor no ha cesado en ningún momento, aunque la adrenalina ha logrado dejarlo en un segundo plano. Hasta que cruzo el umbral de casa. Me muero por quitarme el vestido y darme una buena ducha. Además de que necesito estar al cien por cien para escuchar todo lo que tiene que decirme.

—Espera aquí. No tardaré.

Cuando salgo de mi habitación, tras hacerme unas cuantas fotos de las zonas irritadas por las picaduras y con el vestido enmarañado en una mano para meterlo en una bolsa cuanto antes, me encuentro a Vic sentado en el sofá y con el torso desnudo.

—¿Qué haces? —Su camiseta reposa sobre el respaldo de una de las sillas del comedor.

—Hace un calor de cojones. No te importa, ¿verdad?

—¡Claro que me importa! Ésta ya no es tu casa. Nunca lo ha sido, en realidad.

—Cierto. Y precisamente por eso, y porque sé cuánto te molesta que toquen tus cosas, no he encendido el aire acondicionado.

Respiro hondo. El muy idiota tiene razón. Cuando vivíamos juntos me molestaba que tocase mis cosas. Puede que en realidad no esté preparada para vivir con nadie. Supongo que con los años me he amoldado a vivir sola y a mi manera.

—Estás preciosa —suelta de pronto con ese tono tan particular suyo, ese que usaba cuando quería sexo y aún éramos pareja.

Vic me recuerda a Enzo, pese a que en la forma de ser son totalmente dispares. Al igual que mi capitán, él también es moreno y tiene un cuerpo

fibroso. Tenerlo ante mí de esta guisa hace aflorar multitud de recuerdos que desecho de un solo plumazo.

—Borra esa sonrisa estúpida de la cara —le exijo recobrando la compostura y volviendo al tema que nos atañe—. No te he dejado entrar para que me piropees. Esto no es una cita.

—Sólo pretendía ser educado.

—Si realmente hubieses querido eso no te habrías quitado la camiseta.

—¡Ya te he dicho que hace calor!

Molesta por su postura, decido encender el puñetero aire acondicionado. En el tiempo que busco el mando por el salón, sin éxito, de nuevo me encuentro con la silla en la que descansa su camiseta y una idea se me viene a la cabeza. Con una sonrisa maléfica, de espaldas a él, dejo el vestido sobre la prenda. Me tomo mi tiempo para dejarlo bien estirado y asegurarme de que cubre su camiseta por completo.

—¿Qué quieres beber? —pregunto de forma agria y cortante tras hacer la colada.

—Cerveza.

Conocía la respuesta, pero si no hago referencia a nuestro pasado juntos, mejor que mejor. Sé cuándo un tío me mira el culo, y éste es uno de esos momentos. Mientras me dirijo a la cocina a por un par de botellines, noto cómo Vic clava su mirada. Empiezo a pensar que lo que me ha soltado en el portal ha sido una treta para conseguir que lo invitara a subir. La idea me molesta, y consigue que regrese al salón cuanto antes.

—Explícame qué has querido decir allí abajo —lo apremio en cuanto tomo asiento en el sillón que hay frente al sofá. Por nada del mundo me sentaría a su lado.

Vic bebe de su botella y se toma unos segundos en contestar. Odio que haga eso, y más cuando sabe lo incómoda que estoy.

«Tranquila, se irá de aquí con un buen recuerdo», me recuerda mi diablillo frotándose las manos con esa sonrisa malvada que lo caracteriza. «Una pena

que ese cuerpo se llene de picaduras», le respondo al tiempo que yo también sonrío en mi interior.

—Ya veo que no vas a encender el aire acondicionado.

«Éste se piensa que quieres algo con él», me comenta mi personaje rojo. «Déjalo, así me aseguro de que lo que diga sea verdad», le respondo sin dudar.

—Ahora lo haré. Al grano —lo apremio.

—Antes de empezar, quiero que sepas que mi única intención al venir ha sido la de advertirte.

—Eso lo veo muy bien. Pero ¿te importaría empezar desde el principio? Cuéntamelo de tal forma que no necesite hacerte preguntas. ¿Me explico?

Vic asiente.

—Lo de los rusos, de lo cual me arrepiento, y no sabes cuánto... —Mi mohín evita que siga por ese camino y se centre en lo que nos atañe—. Me quedé sin dinero por las apuestas —continúa—. Me metí en ese mundo sin apenas darme cuenta. Gané mucho dinero de forma fácil, y cometí el error de creer que siempre sería así.

«Gilipollas.»

—Cuando los detuvieron, mi deuda quedó saldada. Puede que no me creas cuando te digo que lo que te ocurrió me sirvió para abrirme los ojos.

«La cabeza te abriría yo del sopapo que te daba.»

—Tal vez mi arrepentimiento no justifique los hechos ni los compense, pero quiero que sepas que lo sentí mucho y logré dejar el juego.

Vic se detiene un momento a la espera de una respuesta por mi parte. Una respuesta que no llega y que lo anima a seguir.

—Vivo de alquiler en un apartamento del tamaño de este salón...

«Como si eso me importase.»

—Pero, por muy pequeño que sea, tengo que pagarlo.

«Obvio.»

—Encontré algunos trabajos eventuales, pero ninguno de ellos era

suficiente para pagar el alquiler y vivir.

«Recuerdo que la Sweet me contó que era uno de los camareros la noche de la fiesta en el monasterio de San Miguel de los Reyes.»

—Hasta que una tarde... recibí una llamada de la cárcel.

«¡Qué pena que no estés allí en lugar de aquí, en mi casa, sin camiseta y con ese pecho que...! Ya me callo.»

—Al principio dudé en ir, pero me aseguraron que alguien de dentro quería verme, y finalmente accedí. Vera, te pido, por favor, que mantengas la mente abierta por lo que te voy a contar.

—La cabeza te voy a abrir como no me lo cuentas ya —lo apremio.

—La persona que me llamó era uno de los químicos que mataron al padre de Claudia.

Tomo aire tan fuerte que hasta Vic se percata. Aún recuerdo aquel juicio como si fuese ayer. Fue hace casi un año. La Princess logró demostrar que aquellos tres hombres, el español, el alemán y el americano, su futuro suegro, cometieron dos graves delitos: el asesinato confeso de su padre y la clonación humana. El mundo de la ciencia estuvo en entredicho a raíz de aquel hecho, pese a que más de uno supo sacarle partido a la situación. La condena que el juez les impuso fue de cuarenta años.

—¿Cuál de ellos? —le pregunto en un hilo de voz.

—El alemán.

—Ehrlich —afirmo.

—Exacto.

—Y ¿qué quería de ti?

Vic acaba su cerveza y con un insinuante gesto me pide otra. Lo que tiene que contarme me interesa y me inquieta demasiado, y no tardo en ir a la cocina a por otro par de botellines. Yo también voy a necesitar un buen trago para sobrellevar lo que tiene que contarme.

—Sigue —le pido al entregarle la cerveza y tomar asiento.

—Ehrlich es el que peor lleva lo de estar encerrado.

—¡Que se joda! Lo siento, continúa —le pido. Por mucho que me cueste, prefiero guardar silencio para conocer todos los detalles cuanto antes.

—La visita no duró mucho, pero me dejó bastante clara su sed de venganza.
«¡Joder!»

—Volvió a ofrecerme dinero. —Vic me pide silencio mostrándome las manos—. En esta ocasión no me pedía que hiciese nada ilícito ni que os perjudicase a vosotras.

—¡Eres un maldito cabrón! ¿Cómo puedes decir eso, si abajo me has dicho que te mandaron vigilarme?

Siento tanta rabia e impotencia que lo echaría a patadas de no ser por lo que tiene que contarme. No está siendo una situación fácil de sobrellevar, pero debo hacer todo lo posible para conseguir llegar hasta el final de todo esto.

—Ese tío, el alemán, me ofreció mucho dinero, como te decía, sólo por seguiros a la rubia y a ti.

—¡Se llama Daniela! —suelto sin pensar.

—Sí. Lo siento, no me acordaba. Dejé de seguirla hace tiempo.

—¿Desde cuándo? —pregunto apretando los puños con todas mis fuerzas.

—No recuerdo bien cuándo dejé de hacerlo.

—¿Desde cuándo nos sigues?

Vic toma otro trago antes de responder.

—Unas cuantas semanas.

—¡Joder! —En esta ocasión no me lo guardo para mí.

—Lo siento, Vera, yo...

—Déjate las disculpas para otro momento —bramo fuera de mí—. Sigue.

Ambos intentamos mitigar la tensión que hay entre nosotros bebiendo de nuestros botellines. Sabía que odiaba a este hombre, aunque nunca imaginé que lo haría tanto. Lo que antes me podía parecer agradable o pudiera gustarme de él ahora lo detesto. Tanto, que no veo la hora en que se largue de mi casa.

—Tengo cosas que hacer. Así que ve al grano —le exijo—. ¿Por qué dejaste de seguir a Daniela?

—Su vida no fue del interés del alemán —confiesa en un leve susurro.

¡Yo lo mato! ¡Me lo cargo aquí mismo!

—¿Qué pasa? ¿Ser una persona normal no le interesa al señorito? —Estoy que me va a dar algo.

—No había nada que le llamara la atención de ninguna de las dos. Hasta que apareció el guardia civil.

—¿Por qué? —Me sudan las manos y no logro quedarme quieta. Voy a estallar de un momento a otro, y necesito llegar hasta el final de la historia.

—Su compañero de celda lo reconoció.

—¿Cómo?

—Por las fotos que os hice. Era parte del trato.

No puedo soportarlo más y me levanto para ir a por otra cerveza. Hace tanto calor y estoy tan encendida que la segunda apenas me ha durado fría un par de minutos en la mano. Dejo la botella caliente sobre la encimera, aún con líquido en su interior, y cojo una nueva de la nevera. No me molesto en llevarle otra a Vic. La barra libre ha cerrado. Eso, y que quiero que se fastidie por el mal rato que me está haciendo pasar.

—¿Qué quiere Ehrlich de Enzo? —pregunto de vuelta al sillón.

—¿Quién es Enzo?

¡Joder, o me controlo o voy a acabar empeorando la situación!

—No te pares en minucias. ¿Qué quiere el alemán de mi novio?

Vic traga saliva y me hace saber con la mirada que mi última palabra lo ha incomodado.

—Sabes de sobra que lo es; no me mires así —afirmo justo antes de obligarme a beber para disimular la suave curva que dibujan mis labios.

—¿Te divierte? —se queja enfadado. Está claro que mi sonrisa no le ha pasado desapercibida.

—¿Qué esperabas? ¿Que me quedase toda la vida para vestir santos? —Me molesta tanto su actitud, que no sé ni cómo sigo permitiendo que su culo siga sobre mi sofá.

—No, pero...

—¡Pero nada! ¡No estamos aquí para hablar de mi vida privada! Eso a ti ni te va ni te viene. Así que haz el favor de decirme de una puñetera vez lo que tengas que contarme, que tengo cosas que hacer.

—Tu novio, como tú lo llamas, no es quien crees que es.

—Sé perfectamente quién es. Tal vez seas tú quien no sepa cómo es infiltrarse en un caso.

—No vuelvas a la casa de subastas.

—¡Esto es el colmo! ¿Cómo te atreves a decirme, después de lo que nos has hecho, lo que debo o no debo hacer?

—Te lo pido por favor.

—¡Ni aunque te arrastrases te haría caso! —grito sin percatarme ni importarme lo alto que lo hago.

—¡Joder, Vera, te matará a ti también!

—¿Quién? ¿De quién hablas?

El timbre de la puerta suena, y yo logro ignorarlo. Si no han llamado al telefonillo de abajo, debe de ser algún vecino.

—¡Dímelo, Vic!

—¿No piensas abrir?

—¡Haré lo que me venga en gana! —respondo cargada de impotencia.

Toda mi atención se centra en obtener una contestación a mi pregunta, pero el dichoso timbre vuelve a sonar de forma insistente, acompañado de fuertes golpes en la puerta.

—Esto no va a quedar así —le digo señalándolo al tiempo que me dirijo a la entrada llena de ira. Sea el vecino que sea, me va a oír, porque ésas no son formas de llamar a ningún sitio.

No obstante, el corazón me golpea con fuerza cuando, al abrir la puerta, compruebo que se trata de Enzo.

—¿Qué haces aquí? —balbuceo.

—Eso mismo debería haberte preguntado yo esta tarde cuando te dejaste

caer por la casa de subastas.

—No es un buen momento —argumento interponiéndome entre él y el salón. Lo último que quiero es que vea a Vic, y aún menos con el torso desnudo.

—¿Cómo que no es...? ¿Qué pasa, Vera?

—Nada. Estoy cansada, eso es todo.

—Cariño, sabes que te quiero, ¿verdad? —comenta con un cambio radical en su tono de voz.

—Claro, y yo a ti. ¿A qué viene eso?

—Porque te conozco lo suficiente para saber cuándo mientes —suelta de pronto, abriendo la puerta de un solo empujón y adentrándose con paso firme.

La seguridad y la firmeza con la que entra en el salón logran inquietarme y excitarme al mismo tiempo. Mi diablillo me murmura cochinadas al oído, aunque yo lo ignoro corriendo tras sus pasos.

—Enzo, puedo explicártelo —digo al alcanzarlo.

Está de pie, quieto y firme como una roca, fulminando a Vic con la mirada.

—Cariño, no es lo que tú crees —manifiesto en un vano intento por sonar convincente—. Él sólo estaba...

—Yo ya me iba —anuncia el susodicho levantándose.

Pero Enzo, mi Enzo, no parece tener intención alguna de ser amable con él. Sin mediar palabra, y sin darnos tiempo a reaccionar, el capitán echa ligeramente el brazo hacia atrás para coger impulso y propinarle un tremendo puñetazo. Pese a que el impacto y el sonido seco me resultan tremendos, todo mi ser grita sólo una cosa dentro de mí: ¡viva el cuerpo!

Capítulo 12

Capitán Duarte

¡Qué ganas tenía de golpear a ese gilipollas! De ser otro, igual podría acarrearle una sanción o una denuncia. Pero, tratándose de él, sé que no es el caso.

—¿Era necesario? —me increpa Vera.

¿En serio se va a poner de su parte?

—Ponte la puta camiseta y lárgate —le exijo al muy cerdo, aún con el puño cerrado.

Vera me increpa con la mirada, molesta por mi reacción, pero me importa una mierda. Quiero a este tío fuera de aquí ¡ya!

—Sólo intentaba ser amable —se excusa con la mano en la boca, justo en la zona donde lo he golpeado.

Desde aquí puedo ver que está actuando. Sus ojos entornados me dejan bien claro que se está riendo. Por un momento pienso en golpearlo de nuevo. Tal vez si le rompo algún hueso borre esa estúpida sonrisa de la cara.

—No te he dado tan fuerte. —«Aunque no ha sido por falta de ganas.»

—Haz lo que te pide —oigo por fin decir a Vera. Es la primera vez, desde que he entrado por esa maldita puerta, que la veo ponerse de mi parte.

Vic coge su camiseta, que, para mi sorpresa, está bajo su vestido. ¿Qué cojones ha pasado aquí?

—Es para hoy —lo apremio. El muy capullo se está tomando más tiempo del debido.

El minuto siguiente se me hace eterno. Sé que no es mucho tiempo, pero a

mí me parece una puta tortura. Por suerte, ella lo despide en la puerta sin darle ningún beso ni una muestra de cariño.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta en cuanto vuelve al salón.

—Con un vaso de agua me basta —respondo un poco más calmado.

Vera enciende el aire acondicionado en cuanto regresa de la cocina con un vaso de agua fría con hielo.

—Ya puedes estar explicándome a qué ha venido eso —me demanda de pronto, plantada ante mí, con ese genio que tanto la caracteriza.

—Debería ser yo quien hiciera esa pregunta, ¿no crees?

Sé cómo se las gasta, pero no pienso ponérselo fácil, porque no era yo el que estaba semidesnudo, y porque me pone cuando se enfada como ahora.

—Vic ha venido a advertirme.

—¿De qué?

Como haya hablado más de la cuenta, ese capullo me va a oír.

—De que estoy en el punto de mira —admite con una tranquilidad que me inquieta.

—¿Qué quieres decir?

—Nos ha estado siguiendo, y sabe lo nuestro.

—Me alegro —la interrumpo.

Vera hace un mohín para después sentarse en el sofá. Yo lo hago junto a ella.

—No sólo nos ha seguido a nosotros.

—Explícate.

—También lo hizo con Daniela.

Noto cómo los músculos se me tensan, y me obligo a beber.

—Estaba a punto de decirme, cuando has llegado, quién es la persona que quiere...

Vera no logra acabar la frase. Y yo me apresuro a dejar el vaso sobre la mesa y estrecharla entre mis brazos. La acuno y le brindo mi pecho como refugio. Si cuando saca las uñas me parece la mujer más sexy del mundo,

cuando se pone así de tierna me convierte en el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra. Sólo ella sabe cómo hacer aflorar lo mejor de mí.

—No lo va a conseguir —aseguro al cabo de un largo silencio.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —pregunto inclinándome para mirarla a los ojos.

—Sí, porque yo estaré ahí para ayudarte —suelta de pronto.

—Eso es precisamente lo que venía a hablar contigo —digo apartándola con cuidado—. Lo que has hecho hoy... —continúo— no quiero que vuelva a repetirse.

—Ya te aseguro yo que no —afirma girándose para mirar el vestido, que aún sigue sobre la silla—. Mañana llevaré ropa mía.

Decir que esta mujer me desconcierta es quedarse corto.

—Ha sido culpa mía por alquilar ropa. Bueno, mía y de Dau por aconsejarnos que...

—¡Un momento! —la interrumpo—. ¿De qué estás hablando? Y ¿por qué has metido a tus amigos en esto?

—Estoy intentando explicártelo. Fui a ver a la Sweet y le conté que iba a ir a la casa de subastas.

—Craso error.

—¡Si te callas, te lo explico!

Ya está otra vez ese genio. Me es imposible saber a qué atenerme con ella. Pero me encanta.

—Es mi mejor amiga, bueno, Claudia también lo es, pero no está. —Asiento para que siga—. El caso es que le dije que iba a ir a la casa de subastas y se ofreció a acompañarme. Pese a que me negué, ella no estaba dispuesta a dejarme sola. Y, por consiguiente, Dau tampoco a ella. Resumiendo, que el *highlander* nos dijo que había que ir de etiqueta. No tenía nada que me cuadrara y alquilé ese maldito vestido —dice señalándolo—. La idea parecía buena, hasta que me di cuenta de que venía con premio. —Se explica como un libro cerrado y no logro abrir las solapas—. Empecé a sentir

unos picores terribles al poco de comenzar la subasta. Pienso denunciar a la tienda, por no hablar de la reclamación que voy a ponerles.

—¿Qué tiene que ver el vestido con que te inmiscuyeras en mi caso?

—El vestido, nada. Pero sí con el mal rato que te he hecho pasar. Está lleno de pulgas.

Su revelación me arranca una carcajada.

—No sé dónde le ves la gracia —se queja.

—¿Así que pujaste por eso?

—¡Pues claro! ¿Acaso me crees con tan mal gusto? Joder, Enzo, era horrible, más feo que un perro verde.

No puedo dejar de reír. Estoy loco por esta mujer. Aunque precisamente por eso, en cuanto las carcajadas remiten, retomo el tema que nos atañe. Lo último que querría en esta vida es que pudiera pasarle algo.

—Debo impedirte que vuelvas, Vera —afirmo en un susurro.

Sus ojos se encuentran con los míos, y ambos hablan lo que nuestras bocas callan.

—No me perdonaría jamás que te ocurriera algo por mi culpa —confieso con un hilo de voz.

—Enzo, cariño, no has entendido nada —manifiesta tomándose el rostro entre las manos—. Sé que leíste mis labios en aquella sala.

—Esta vez no, Vera.

—¿Por qué te empeñas en apartarme? —inquieta molesta.

—¡Intento salvarte, joder! ¿Por qué te cuesta tanto verlo?

—Y ¿a ti por qué te cuesta tanto ver y entender que no pienso dejarte solo?

—Y ¿qué vas a hacer? ¿Pujar por otra obra?

—Eso ha sido un golpe bajo.

Tiene razón. Pero no veo la forma de borrarle esa idea de la cabeza. Nos preparan para no perder la calma en situaciones límite, y sin embargo me cuesta mantener una maldita conversación con ella. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué no puede ver lo que yo veo?

—Lo siento —admito harto de hacerme preguntas que siempre me llevan al mismo sitio.

—Enzo...

—Duar... —Yo mismo me detengo al darme cuenta de que, en este instante, no me importa lo más mínimo que me llame así.

—Cariño, no voy a dejarte solo en esto. Así que será mejor que no sigamos malgastando el poco tiempo que nos queda... para resolver el caso —se apresura a aclarar.

—¿Sabes en qué situación me colocas al inmiscuirte?

—En la misma por la que lo has dejado.

Su respuesta me deja sin habla. Frunzo el ceño con tanta fuerza que hasta logro sentirlo.

—No he dejado ningún caso —me defiendo.

—¿Ah, no? Y ¿qué haces aquí? Porque, según el catálogo, aún quedaban varios lotes por subastar. Lo has dejado para venir a soltarme toda esa cantidad de sandeces, que lo único para lo que sirven es para hacerte gastar saliva.

Me rindo. Me rindo con esta mujer. A la mierda los meses de preparación. A la mierda los años de experiencia en el Cuerpo. Y a la mierda con estar un segundo más sin besarla.

—Tú lo has querido —suelto al tiempo que me abalanzo sobre ella y atrapo su boca.

Cada palabra que ha dicho es completamente cierta. Pero ahora no es momento de perder el tiempo recordándolas. Ahora sólo puedo pensar en ella, en sus labios y en su maravilloso cuerpo. Puede que a ojos de muchos ella sea bajita, pero a los míos es sencillamente perfecta. Todo lo pequeña que es su estatura son de grandes su corazón y su fuerza, esos con los que me cautivó aquel extraño día.

Vera responde a mi beso con la misma intensidad con la que se lo ofrezco. Incluso en la intimidad, sé que estamos hechos el uno para el otro. Ávido por

sentirla, la tomo por la cintura y la siento a horcajadas sobre mí. Mis dedos se enredan en su pelo del mismo modo que mi lengua lo hace con la suya. Sus mechones acarician mis nudillos de la mano, que hasta este instante no me había percatado de que los tengo doloridos del puñetazo que le he dado al idiota de Vic. Pensar en él en este instante me enfurece, y eso logra que acabe estrujando con mayor fuerza el cuerpo de Vera. Su condolido gemido me devuelve a la realidad, y no tardo en pedirle disculpas. Lo hago con un hilo de voz y sin dejar de mirarla a los ojos, éstos en los que me gusta sumergirme y por los que hace semanas perdí la cabeza.

—Soy tuya, amor mío. Sólo tuya —afirma con una dulzura que logra desarmarme.

—Te quiero tanto —susurro atrayéndola de nuevo hacia mí.

El ritmo de nuestros besos disminuye, tal y como lo hacen mis latidos y mis miedos. En mi profesión se nos prepara para situaciones límite, situaciones en las que la adrenalina y una rápida actuación son la clave para poder salir con vida o conseguir salvar la de alguien. Pero esa coraza, ese escudo protector con el que afrontamos esas circunstancias, ahora no sirven de nada. Vera es la única persona que ha logrado desprotegerme y hacer que me muestre tal y como soy. No voy a negar que, en cierto modo, es algo que me inquieta. En este momento, podría desarmarme y aniquilarme si ella quisiera. Pero sé que es lo último que haría. Lo que ha hecho hoy es buena prueba de ello. Su valentía y su inmenso amor me tienen rendido a sus pies. Y es por eso por lo que pienso demostrarle que yo siento lo mismo que ella. Quiero mostrarle que no siempre soy tan rígido y que yo también tengo un alma tierna escondida dentro de mí.

Sin poder ni querer aguantarme más, acaricio sus costillas mientras la desnudo despacio y con todo el cariño que le tengo. Noto cómo su piel se eriza al contacto con la yema de mis dedos. Me empalmo sólo de acariciarla, aunque no quiero que esto acabe antes de tiempo. Poniendo todo mi empeño en demorarme, deslizo la fina camiseta hasta desprenderme de ella por encima de

su cabeza. Vera me mira con una delicadeza y una sensualidad que logran emocionarme. Separo la espalda del sofá para lanzarme hacia ella y abrazarla con todas mis fuerzas. Necesito sentirla, notar su piel junto a la mía, como si al tocarla pudiese fundirme en ella. Atrapo de nuevo sus labios, de los que desearía no desprenderme jamás. Sus manos acarician mis brazos con la misma intensidad que yo me aferro a ella. Ambos sentimos lo mismo, y me lo hace saber con cada gemido que mi boca acoge. Mi camisa sigue a la suya, y es entonces cuando el contacto entre ambos es aún mayor. Ahora soy yo quien se eriza con su tacto. La suavidad de sus manos logra arrancarme un hondo gemido. No creo que sea capaz de aguantar mucho más tiempo. Creí que sería capaz de sobrellevarlo, pero apenas me quedan fuerzas. Necesito sentirme dentro de ella, y lo necesito ¡ya!

Vera, que en ocasiones parece leerme el pensamiento, se contonea y restriega su parte íntima con la mía. La fina tela del pantalón corto que lleva puesto me proporciona una mayor sensación. Mi entrepierna empuja con urgencia el pantalón del traje, con el que mantiene una impetuosa tensión. Su reclamo es tan imponente como el de Vera, que con su refriega está consiguiendo que pierda la cordura.

—Hazme el amor, Enzo.

Jamás en mi puta vida he oído cuatro palabras más magníficas que ésas. Con la respiración entrecortada y el corazón atronándome en el pecho, la beso como nunca antes. Todo el deseo y la pasión que siento por ella están puestos en ese beso, al que acompaña el ajetreo por desprendernos del resto de nuestras ropas. Si la primera vez no tuve la suficiente fuerza ni aguante, en esta ocasión sí consigo tenerlos. Porque perderme dentro de ella y dejarnos ir al mismo tiempo bien merece la pena. Sin dejar de besarla, y tanteando como buenamente puedo, logro coger de la cartera la protección, que no tardo en ponerme. Vera abre los ojos y su suave parpadeo me indica que es el momento. Ardo en deseos por complacerla y le coloco el miembro para que ella se deje caer. Lo hace despacio, alargando el momento y provocándome

una morbosa tortura. Sus labios se curvan y yo me aparto lo suficiente para verle la cara. Su sonrisa es la obra por la que yo más pujaría.

—Dios, Vera —jadeo al tiempo que ella se inclina hacia atrás para concederme sus pechos.

Sin dejar de moverse sobre mí, me arrojó para aceptar su regalo. Lamo sus pezones, agarrándolos como si me fuese la vida en ello. Los devoro y reverencio cual manjar de un exquisito gourmet. Jadeo. Jadeo al sentirlos en mi boca y al abrumarme la humedad ardiente de su parte íntima, que acoge y atrapa la mía. Mis manos inquietas descienden hasta su cadera y la ayudo a izarse. En cada embestida pierdo la razón. Es como una corriente eléctrica que me alumbra y me electrocuta al mismo tiempo. Con los dedos hago un recorrido entre sus pechos, acariciando cada surco que forma su húmeda piel. Sus gemidos aumentan. Y su agarre fuerte a mis hombros me confirma que está a punto de correrse.

—Bésame —le ordeno.

Quiero acoger su placer, beber su excitado aliento. Ella obedece y, en cuanto nuestras lenguas entran en contacto, su corriente se funde con la mía. Vera cabalga un par de veces más sobre mí antes de alcanzar el orgasmo. Y es entonces, y sólo entonces, cuando me dejo ir y me rindo ante uno de los mejores momentos de mi vida.

Capítulo 13

En cuanto me despierto me doy cuenta de que Enzo ya no está a mi lado. Ha pasado la noche conmigo, pero la nota que hay sobre la almohada no deja lugar a dudas. Me desperezo antes de cogerla y... ¡Joder! De un salto me levanto de la cama para arreglarme. Podría haber tenido el mejor y más romántico despertar de mi vida, pero el capitán se ha encargado de que no fuese así. ¡Si cree que porque me prohíba mil veces que lo ayude va a salirse con la suya, es que no me conoce!

—Eso es porque te quiere —asegura la Sweet mientras comemos juntas a mediodía en nuestro restaurante favorito.

—Y precisamente por eso quiero ayudarlo. ¿Tan difícil es de entender?

—Si yo te entiendo. Pero hay cosas en las que es mejor no inmiscuirse.

—Eso es fácil de decir en tu situación.

—¿A qué te refieres?

—Daniela, tú tienes a Dau y a Itziar. Claudia tiene a Arthur y está a punto de casarse con él. Pero yo sólo lo tengo a él, ¿no lo entiendes?

Mi romántica e incondicional amiga guarda silencio. Nadie mejor que ella puede comprender por lo que estoy pasando. Su pasión por los finales felices de cuento y su idea del amor son justo lo que ahora necesito.

—Tienes razón. ¿Qué hay que hacer?

—No, no, no. Tú, nada. Con nuestra primera visita a la casa de subastas fue

más que suficiente.

—No pienso dejarte sola en esto. Ya lo hemos hablado, así que déjate de tonterías.

—No es tontería, Daniela. En serio, es demasiado peligroso. Además..., hay algo que aún no te he dicho.

Sin contarle más de lo necesario por la promesa que le hice a Paqui, le relato la visita de Vic de ayer.

—¡Me cago en Vic, en los químicos, en los rusos y en su puñetera madre!

—¡La boca, Sweet! —suelto sorprendida a la vez que agradecida.

—Pues te advierto que esto no es nada para lo que puedo llegar a soltar.

—Si yo pienso como tú, es sólo que...

—¿Puedes decirme cómo es que estás tan tranquila? Deberías ser tú quien estuviera soltando de todo por la boca y... ya me entiendes.

—Tienes razón. Yo misma me sorprendo. Pero ¿sabes qué? Creo que ha sido a raíz del secuestro. —Su gesto de compasión me anima a seguir—: Supongo que ahora veo la vida de otra forma.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que te abres con ese tema?

—Sí. Supongo que se debe a que lo he superado. O, al menos, eso quiero creer. El tiempo que estuve allí dentro me di cuenta de que debemos aprovechar la vida al máximo. La lista de cosas que me quedó por hacer es interminable. Y no pienso quedarme mirando sin hacer nada, por muy peligroso que sea todo esto. Si quieren venir a por mí, que vengan. Pero nunca me quedará la amarga sensación de no haber hecho todo lo que estuviera en mi mano. Jamás me lo perdonaría. ¿Me entiendes?

—Claro que te entiendo —admite agarrándome la mano por encima de la mesa—. ¿Qué tienes pensado?

—Enzo me ha dejado claro que no quiere que vaya. Pero su amenaza me la paso por el forro.

—¿Te ha amenazado?

—Sí. En la nota que me dejó esta mañana me decía que, si iba, cortaría

conmigo para siempre.

—No me creo nada.

—Yo tampoco. Por eso he pensado en ir a ver a Paqui. Ella tiene contactos y necesito que me introduzca en la casa de subastas.

—¿No será como experta?

La cara que pone nos hace reír a ambas.

—No. Había pensado como azafata. Los que llevaban delantal y guantes.

—Sí, sí.

—Pues eso.

—No pierdes nada por intentarlo. ¿Me dirás algo cuando lo sepas?

—Te lo prometo.

La siguiente subasta será dentro de apenas tres días y debo darme prisa si quiero conseguir mi objetivo. En cuanto salgo de trabajar, me dirijo a La Mansión para hablar con Paqui. Como le he dicho a la Sweet, estoy segura de que ella podrá ayudarme.

Aún es pronto para que lleguen los clientes, y la escasez de vehículos del aparcamiento me lo confirma. Me sorprende que nadie haya salido a recibirme. La puerta trasera que da a la zona del personal está abierta. Entro sin llamar y me dirijo hacia el despacho de la Mère. Está vacío. Unas voces procedentes de la cocina me incitan a acercarme.

—¡Hola! —saludo al llegar.

La primera a la que veo y con la que cruzo una mirada es Conxa. Su semblante cambia en cuanto me ve aparecer bajo el marco de la puerta. Está cenando junto a Olga, Alicia y la nueva, Mac.

—¿Qué *quierres*?

Su cortante pregunta provoca que todas la miren sorprendidas.

—Estoy buscando a la Mère. ¿Podéis decirme dónde está?

—No somos sus *secretarrias*. *Averrígualo* tú misma.

—¡Conxa! —la riñe Alicia.

—¿Qué?

—¿Quién la busca? —me demanda.

—Soy Vera.

—¡La amiga de la Sweet y la *Prrinses*! —comenta Olga.

—La *secuestrrada* —la corrige la pelirroja.

Su comentario se gana una fulminante mirada por mi parte.

—Pero, pasa, no te quedes ahí. ¿Has cenado? Si quieres puedes unirme a nosotras.

Alicia es la única amable del grupo.

—*Segurro* que no tiene *hambrrre*.

La rusa me está tocando las narices y al final la vamos a liar.

—Pues la verdad es que no —le contesto a Alicia, ignorando todo lo que puedo a Conxa—. Te lo agradezco.

—Siéntate. Voy por un cubierto.

—¿Quiénes son la Sweet y la Princess? —Ésta es Mac, junto a la que me siento a la mesa. Tiene un marcado acento gallego inconfundible.

—Mis mejores amigas. Estuvieron trabajando aquí unos días.

—Y ¿por qué no siguen?

«Porque no son putas.»

—Fue algo eventual —le aclaro.

—Toma, aquí tienes. —Alicia me entrega lo necesario para unirme a ellas.

—Gracias.

Sobre la mesa hay una ensalada, una tortilla de patatas (que presumo sin cebolla) y un guiso que desconozco por completo. Sin aventurarme más de lo necesario, opto por los dos primeros platos.

—Por cierto, la Mère volverá dentro de una hora.

—Gracias de nuevo.

—*Parra* qué la buscas?

—Olga, eso a nosotras no nos incumbe.

—¿*Porr* qué no? Igual *quierre haserrse* puta —Conxa sigue lanzándome cuchillos. Si antes sospechaba que entre ella y Enzo hubo algo, ahora no tengo ninguna duda.

—Quiero darle una sorpresa a su hijo, *mi novio* —respondo enfatizando las dos últimas palabras, que se las dedico a mi apreciada rusa.

—¿Duarte es tu novio? ¡Qué alegría! Pues bienvenida a la familia.

—Gracias, Alicia.

—¿Sabes cómo me llamo?

—Sí. Las chicas me pusieron al corriente.

—¿Qué más te han contado de nosotras?

—¿Alguien va a contarme quiénes son las chicas y por qué estuvieron poco tiempo aquí? —insiste Mac.

—Yo te lo *resumirré* —se adelanta Conxa, acomodándose en la silla—. Una de *nosotrras erra* una *infiltrrada* de la mafia que la *secuestrró*. Sus amigas *vinieron parra descubrirla*. Aunque fui yo quien lo *hiso*.

—Eso no es del todo cierto. —Sé que me había propuesto ignorarla, pero todo tiene un límite.

—¿Qué zorra! —Mac está tan asombrada que hasta deja de comer.

—¿Qué es lo que no es *sierrto*? —inquire sin dejar de provocarme.

—Que tú la descubrieras.

—Tal *ves* no te han contado toda la *verrdad*, ¿ah?

—Ya lo creo que lo han hecho. Por eso puedo afirmar lo que estoy diciendo.

El duelo verbal entre ambas no es nada comparado con el visual. El ambiente hostil que hay entre las dos crea una tensión que empieza a molestar a Alicia.

—Bueno, ¡ya está bien! ¿Alguien va a decirme qué ocurre aquí?

—*Conosiendo* a mi *compatriota*, algo debe de *haberrle* hecho ella —afirma Olga señalándome con la barbilla. Como era de esperar, se ha

posicionado de parte de la pelirroja.

—Que te lo diga ella —digo para provocarla.

Mi tranquilidad contrasta con su incomodidad, notable incluso desde la distancia.

—¡Dilo ya, *carallo!* —Mac se muere por saber. Es la más desconcertada de todas.

—No ocurre nada —murmura la rusa para mi sorpresa.

—¡Y un cuerno! Eso no te lo crees ni tú. —Alicia comienza a impacientarse —. Haz el favor de contarnos qué coño ocurre aquí.

—No me cae bien —responde mirándome.

—¿Y eso? Algún motivo tiene que haber.

—Se acostó con mi novio —suelto de pronto.

Los gritos ahogados contrastan con la inmovilidad que Conxa y yo mantenemos.

—¿Te has vuelto loca? —la increpa Mac.

—¿Cómo se te ocurre? —se le suma Alicia.

—Te has metido en un buen lío, *camarrada* —también Olga.

—Te lo ha dicho él, *¿verrdad?* —La pelirroja mantiene su mirada puesta en mí con tensión. Puedo notar lo por la forma en la que se apoya sobre la mesa.

—Acabas de hacerlo tú.

—¡*Sorra!* —me grita levantándose con la firme intención de llegar hasta mí.

—¡Eh, eh, tranquila! —La agarra Alicia.

—Vaya, la *morrena* se las *trrae* —comenta Olga, quien, defensora a ultranza de la pelirroja, no se molesta en detenerla.

—¡Esto no va a *quedarr* así!

—Te equivocas de nuevo —aseguro con firmeza al incorporarme como ella —. Va a quedar precisamente así porque, como ya he dicho, es mi novio. Lo que haya habido entre vosotros en el pasado a mí no me incumbe.

—En eso tiene razón.

—¿*Porr* qué te pones de su *parrte*, *Alisia*?

—Está *clarro*. Está *enamorrada* del *consellerr* y todo lo que tenga que *verrr* con el *amorr* lo va a *pasarr porrr* alto —interviene de nuevo Olga, poniéndose también en pie.

—¡No es verdad!

Ahora recuerdo por qué me sonaba la cara de aquel hombre. Lo he visto un par de veces en la televisión. Es el *conseller* de Vivienda y no sé de qué cosas más.

—¡Estáis todas locas! La *Mère* nos va a matar como se entere de todo esto.

—¡Mac, cállate! —le gritan las tres al unísono.

—¡Está bien! *Asepto* que sea tu novio.

—No sabía que necesitaba tu aprobación —me defiendo.

—*Perro* que sepas que no le vas a *darr* lo mismo que yo.

—Claro que no. Le doy mucho más.

Conxa brama algo en ruso que no logro entender. De hecho, creo que nadie lo hace, excepto Olga, que de pronto suelta:

—Allí tampoco te *ganarría* aunque *quisierra*.

—¿De qué estáis hablando? —Alicia está tan molesta como yo.

—Conxa dice que en la cama y en el *jacuzzi* *ganarría* ella.

—¡Déjate de chorradas, Conxa! Estás empezando a...

—Estás muy segura de ti misma, por lo que veo. Acepto el reto.

—¿Te has vuelto loca? —En esto Alicia no está de mi parte.

—Cuando *quierras* —me provoca la rusa.

—¿Puedo hablar ya? —interviene Mac.

—¡No! —responden de nuevo al unísono.

Se nota que es la nueva. Recuerdo cuando las chicas me dijeron el círculo cerrado que forman estas tres.

—Ahora es un buen momento —aseguro sin dejar de mirar a la rusa.

¡Quién me mandaría a mí retar a esta enorme mujer! Me saca varios palmos y sé de buena tinta que gana todas las batallas. Tras el desplante de las chicas, Mac es mi único apoyo en este momento. Ha sido la única en ofrecerme el bikini que llevo puesto. Alicia, en cambio, se mantiene al margen, pues ha optado por ignorarnos al resto, manifestando así su desaprobación.

—*Prrepárrate parra hincharrte a chocolate* —me amenaza frente a mí, al otro lado del *jacuzzi*.

—Vuelves a cometer el error de subestimarme —respondo aparentando una seguridad que no siento. ¿En qué coño estaría yo pensando?

—Ya *conoséis* las reglas. La *prrimerra* que meta la *cabesa* en el chocolate *pierrde*.

«Voy a durar menos que un caramelo en la puerta de un colegio», pienso mientras pongo todo el empeño posible en detener el tembleque de mis piernas. En el vestuario, hace escasos minutos, le he preguntado a Mac si conocía el punto débil de Conxa. Pero ella no supo decirme nada que pudiera ayudarme. Supongo que, al ser nueva, aún no conoce a la rusa lo suficiente.

—La batalla *comiensa* en *trres*, dos, uno, ¡ya!

Olga da el pistoletazo de salida, y Conxa entra en el *jacuzzi*. Es lo suficientemente grande para que quepamos las dos, aunque ella es tan alta que el chocolate le llega por las rodillas, mientras que a mí me cubre medio muslo. Bajo la atenta mirada de las tres, la pelirroja se abalanza sobre mí, y es entonces cuando da comienzo la batalla. Pronto descubro que su fuerza es proporcional a su tamaño. En apenas un par de segundos me ha sentado en el suelo del *jacuzzi* y el chocolate ya me cubre hasta el cuello.

«¡Recuerda los dibujos del mago Merlín!», me grita mi diablillo, que, por alguna razón que desconozco, ha estado ausente todo este tiempo.

En la película de dibujos animados a los que hace mención, el mago Merlín dice algo así como que es mejor la inteligencia que la fuerza, y la imagen de la

batalla final contra la dragona regresa a mi mente para prestarme la ayuda que tanto necesito.

Conxa es la dragona y yo me propongo ser el bichito que logra desarmarla. Sin descanso, ella continúa forcejeando conmigo, aunque yo le respondo de igual modo. Ha estado a punto de vencerme en un par de ocasiones. No lo ha logrado porque no se lo he puesto fácil, ni pienso hacerlo. Puede que sea más larga que un día sin pan y que sus piernas sean infinitas, pero precisamente por eso logro escabullirme entre ellas. «El tamaño sí que importa», es lo que me viene a la cabeza mientras lucho incansable porque no me la zambulla en el chocolate. De pronto recuerdo que nadie ha hablado de normas. Sé, por lo que las chicas me contaron, que ninguna se hacía daño en las batallas. Pero esto no es un espectáculo, y no hay clientes a los que animar ni amenizar la velada. Por ello, en un momento de la lucha, mientras de nuevo vuelvo a escabullirme entre sus piernas, le doy un pellizco en la parte trasera del muslo. Conxa se vuelve con la firme intención de agarrarme por el pelo, pero en otro rápido movimiento me coloco delante de ella y logro derribarla empujándole hacia delante las pantorrillas. La pelirroja cae de culo contra el suelo del *jacuzzi*, momento que aprovecho para subirme a horcajadas sobre ella. A punto estoy de gritarle aquello de «¡arre, caballito!», aunque en su lugar me abalanzo sobre su pecho con todas mis fuerzas y logro zambullirle la cabeza en el intenso chocolate.

—¡Bien! —grita Mac.

—¡*Joderr!* —exclama Olga.

—¡La madre que la parió! —remata Alicia.

Orgullosa y sonriente como pocas veces en mi vida, me levanto y salgo de la bañera con la ayuda de Mac. El chocolate es demasiado resbaladizo como para hacerlo sola.

—¡No puede *serrrrr!* —brama Conxa limpiándose la cara con la mano.

—¡Ya ves que sí, *brownie!* —suelto orgullosa al tiempo que me cubro con una toalla.

Las chicas ríen mi comentario, en contraste con la rusa, cuya molestia es perfectamente visible pese a estar cubierta de chocolate.

Al salir de la ducha, Alicia entra al vestuario para anunciarme que la Mère ha llegado. Tras agradecerle su gesto, ella se marcha, y yo me siento en uno de los bancos para comenzar a vestirme.

—Ocurrió *hase* muchos años —suelta de pronto Conxa al salir de su ducha y reencontrarse conmigo en la zona de las taquillas.

Su tono es calmado y conciliador, algo que me sorprende y me agrada al mismo tiempo.

—Nadie lo sabía —continúa mientras se envuelve la cabeza con una toalla—. *Erra nustrro secrreto*. Hasta *ahorra*.

Al verla desnuda ante mí, entiendo por qué ni siquiera Enzo pudo resistirse a ella.

—Sigues enamorada de él, ¿verdad? —me atrevo a preguntarle por la complicidad que parece haber entre ambas.

Conxa medita su respuesta un instante, el que tarda en cubrirse el cuerpo con otra toalla.

—Sí —confiesa en un susurro—. Sólo ocurrió una *ves*, *perro* fue *sufisiente parra darrme* cuenta de lo que llevaba tiempo sintiendo *porr* él.

—Puede que te resulte extraño, pero quiero que sepas que te entiendo. Enzo es... especial.

—Lo es, te lo *asegurro*.

—¿Por qué le diste las gracias?

La rusa toma aire, que suelta de forma sonora justo antes de sentarse a mi lado.

—Él y su *madrre* me *ayudarron* a *trraer* a mi hija de mi país.

—Típico de ellos. Hacen cosas a lo grande.

—Me gusta esa *expresión* —suelta regalándome una amplia sonrisa.

Yo se la devuelvo, y ambas permanecemos así un buen rato. Hasta que, de nuevo, rompe el silencio.

—Me *alegrro* de que esté contigo. Yo no puedo *darrle* lo que él *nesesita*.

—Gracias. Lo haré. Tienes mi palabra.

Mi último encuentro con Conxa es justo lo que necesitaba para estar en paz conmigo misma. Su cambio de actitud me ha mostrado a la verdadera mujer que es. Su confesión acerca del amor que siente por mi capitán me ha hecho ver lo afortunada que soy por tenerlo. Algo que ya sabía, claro está, pero que ahora, más que nunca, me enorgullece y me proporciona las fuerzas necesarias para llevar a cabo mi plan. Por ello, mi visita a Paqui es más corta de lo habitual. No hay tiempo que perder, y opto por ir al grano. Pese a que al principio su intención es echarme el puro por la batallita en el salón, finalmente logro llevar la conversación por el camino que quiero. Tras ponerla al corriente de lo que necesito, la madre de mi mejor amiga y del hombre al que quiero con locura realiza una llamada y, en menos de lo esperado, consigue infiltrarme en la casa de subastas. Ambas sabemos que Enzo no se lo va a tomar demasiado bien, pero nuestro objetivo es mayor y mucho más importante de lo que a él le pueda molestar.

—Lleva mucho cuidado, Vera.

—Lo haré, descuida —digo levantándome de la silla que hay frente a la mesa de su despacho. Cuando me dispongo a salir de él, me vuelvo y le pregunto—: ¿Estarás bien?

—Pronto lo estaré.

Ambas sabemos a qué momento nos referimos. Asiento y le regalo una tímida sonrisa antes de marcharme definitivamente de allí. Tengo una misión por resolver, y debo prepararme para ello.

Capítulo 14

—El delantal te sienta de maravilla.

—Sweet, no me toques las narices.

—Tía, estoy nerviosa; déjame que me centre en algo.

—Es que, si no hubieses venido, no lo estarías.

—¿Quién toca las narices ahora? ¡No sé cuántas veces tengo que decirte que no pienso dejarte sola en esto!

—Baja la voz o nos podrán oír.

—¿Te ha visto ya?

—Creo que no.

—Cuando te vea, se cae de culo.

—Eso, o me mata directamente.

En todos estos días Enzo y yo no nos hemos visto. Me ha estado llamando e incluso ha venido a buscarme a casa. Pero me he negado en rotundo a contestarle. Necesitaba guardar distancias para que no sospechara lo que tenía pensado hacer.

—¿Cuánto falta?

—Cinco minutos —respondo tras mirar el reloj.

—¿Estás nerviosa?

—No.

—¡Mientes!

—Como una bellaca. Pero ahora eso no importa. ¿Recuerdas lo que tienes que hacer?

—Sí. Ver la subasta y no pujar. Tranquila, yo no llevo pulgas —se mofa.

—Sweet, todavía puedo cambiar de planes y ahogarte aquí mismo. Total, nadie sabe que estamos en este almacén y llevo guantes —digo mostrándole las palmas de las manos.

—Vale, vale, ya me voy.

—¿Dau está en la sala?

—Sí, me está esperando. Te quiero, Balay. Lleva mucho cuidado, ¿me lo prometes?

—Te doy mi palabra —afirmo fundiéndome con ella en un tierno abrazo.

—Ya sabes cuál es la contraseña —dice encaminándose hacia la puerta.

—Sí, pesada.

—Si me necesitas, hazla y vendré corriendo.

—Que sí.

—A ver, házmela —me pide deteniéndose.

—Joder, cómo admiro a Dau.

—¿Eso a qué viene?

—Porque debe de ser un santo para aguantarte. ¡Lárgate ya!

—No hasta que me la hagas.

Sé que está tan nerviosa como yo, pero acabo obedeciendo para que se marche tranquila. Con la palma de la mano hacia ella, describo un pequeño círculo en el sentido de las agujas del reloj.

—¡Hasta luego, Mari Carmen! —digo para que se marche de una vez al tiempo que hago el gesto con el brazo.

—La contraseña es sin la frasecita, te lo recuerdo, que capaz te veo de soltarla en pleno escenario.

—Sweet.

—¿Qué?

—Yo también te quiero.

Mi rubia y tierna amiga viene corriendo hacia mí y de nuevo ambas nos fundimos en un abrazo. Su fuerza y su cariño son justo lo que ahora necesito. Tras el dulce gesto, se marcha para reunirse con su hombre.

Harta de dar vueltas por el almacén y de mirar mil veces el reloj, me aventuro a salir cuando apenas quedan unos segundos para que dé comienzo la subasta. Soy consciente de lo mucho que al capitán le va a molestar mi presencia, por lo que he decidido apurar el mayor tiempo posible para que me vea en el último momento y no darle la oportunidad de que me eche o me monte una escenita. Paqui me consiguió el puesto de azafata; tiene contactos inimaginables que han hecho que yo pueda estar hoy aquí. Embutida con la ropa que rige el reglamento de la casa de subastas, llego hasta la habitación donde se custodian las obras. Nada más entrar por la puerta, mis ojos se encuentran con los de Enzo, y él no tarda en hacerme la misma pregunta que viene haciéndome en reiteradas ocasiones.

—¿Qué haces aquí? —masculla en voz baja al llegar hasta mí.

El resto de las personas que hay en la sala pronto se percatan de que algo ocurre.

—Buenas tardes. Me han dicho que debía venir aquí —afirmo en voz alta para que todos puedan oírme.

—¿Has perdido la cabeza? —inquire de igual forma.

—No, la llevo pegada —respondo en un susurro—. Hola, soy Vera —me presento dirigiéndome al resto.

Todos me responden con el típico saludo, lo que obliga a mi capitán a tener que posponer su tercer grado. Molesto como pocas veces, nos da de mala gana un par de directrices a todos antes de marcharse y dirigirse hacia la sala principal. El otro azafata, que será mi compañero durante el resto de la velada, se presenta y se ofrece a ayudarme para lo que necesite. Apenas me da tiempo a agradecerle el gesto, pues mi enojado capitán ya ha dado comienzo a la subasta.

El primer lote se compone de un cuadro majestuoso. A diferencia de los cuadros subastados hace unos días, los que hoy van a salir a la venta son mucho más bonitos. El director del departamento de pintura es el encargado de custodiar las obras y de marcarnos el orden en el que deben salir. En cuanto

nos lo indica, mi compañero y yo cogemos el cuadro y nos dirigimos hacia el escenario.

La sala está repleta de gente, mucho más que la primera vez. Cuando dejamos la obra sobre el caballete, pues esta vez hay uno junto a mi capitán, me permito unos segundos para mirar hacia la zona de las sillas. Al fondo, prácticamente en el mismo lugar que en la anterior ocasión, están Daniela y Dau. En cuanto la veo logro calmarme un poco. He de reconocer que su presencia es de agradecer, pues sin ella esto no habría sido lo mismo. Las pujas no se hacen esperar, y pronto el precio de la obra comienza a subir. Desde aquí la subasta es mucho más emocionante. Ver todas esas paletas alzándose y la pasión que mi capitán le pone en su papel de consejero delegado logra que la adrenalina se me dispare. El remate final alcanza los cien mil euros, cantidad que me pone los pelos de punta. Mi compañero me indica en un leve susurro que debemos llevarnos la obra, y yo me apresuro a ayudarlo, cuando de repente el corazón se me dispara. Apenas lo he visto un segundo, pero me ha bastado para saber que se trata de él, del causante de que Enzo y yo estemos aquí. Con todo el esfuerzo del que soy capaz, agarro el cuadro por el lado contrario de mi compañero y ambos lo trasladamos hasta la sala de custodia. Allí se nos indica la siguiente obra que debemos mostrar. Apenas puedo respirar, pero acabo obedeciendo. Noto cómo los latidos se amotinan en mi garganta. El pecho me golpea con fuerza cuando regresamos al escenario. Ni siquiera me he percatado de qué obra se trata. Es lo de menos. Ahora todos mis sentidos están puestos en ese hombre con mirada oscura y aspecto tenebroso que parece haberme reconocido por la forma en que me mira. La historia que Paqui me contó aquella noche en mi primera visita a La Mansión cobra más fuerza que nunca en este preciso instante. Ese hombre provoca temor con sólo verlo.

—¿Alguien da más? —oigo preguntar a Enzo.

Ahora me doy cuenta de lo preparado que está mi capitán. Está manteniendo el tipo de un modo magistral, aun a sabiendas de que sabe a quién

tiene ahí, a escasos metros de distancia; sé que él lo ha visto, al igual que yo. A mí, en cambio, me está costando la vida concentrarme y el mero hecho de mantenerme en pie. Empiezo a pensar que ha sido un error tomar esta decisión. Enzo tenía razón, no debería haber venido. ¿En qué estaba pensando? Ese hombre puede sacar un arma en cualquier momento y acribillarlo a balazos. La idea no abandona mi cabeza y comienzo a sentir que me falta el aire.

Busco con la mirada al fondo de la sala los ojos de mi amiga. Necesito encontrarme con ellos y, de paso, advertirle que la persona que quiere matar a Enzo está aquí. Daniela me mira y me hace señas para que sonría. Con un rápido vistazo hacia el inquietante hombre, intento indicarle quién es. Pero ella sigue erre que erre con su insistencia en que debo sonreír al público, al que señala. Resoplo antes de volver a hacerle señales con los ojos. A este paso me voy a quedar bizca. Por fortuna, Dau parece haberse dado cuenta de lo que ocurre, pues le está diciendo algo al oído. Suspiro un tanto aliviada. Aunque de poco me sirve. Mi rubia amiga, al oír lo que su novio le dice, no tarda en hacer la contraseña que tenemos pactada, sin percatarse de que lo hace con la paleta.

—Setenta mil al número cincuenta y cuatro. ¿Alguien da más?

Niego con la cabeza en cuanto la Sweet puja por el cuadro. Ella se echa las manos a la boca y Dau no tarda en alzar su paleta para socorrerla.

—Setenta y un mil al número cincuenta y cinco. ¿Alguna puja mayor?

Tengo los nervios a punto de estallar. De reojo, miro el cuadro. Necesito hacerme una idea de qué tipo de obra es. Aunque de nuevo no logro verlo. Noto cómo el ruso me estudia con la mirada mientras habla con el hombre enorme que está sentado a su lado. Debe de ser uno de sus matones. Otra puja libera a Dau de su oferta y, una vez más, la obra alcanza un precio desorbitado en su remate final.

Al cabo de varios lotes, que no logro ver ni contar, el capitán hace un receso. Invita a todos los asistentes a tomar algo mientras tanto. No soy entendida en subastas, y no sé si esto es algo habitual o es parte de la misión

de Duarte, pero me tomo el descanso como algo caído del cielo. En cuanto dejamos el último cuadro en la sala custodiada, me dirijo sin pensarlo al almacén. Sé que la Sweet vendrá para reunirse conmigo, y necesito desahogarme con alguien. Asegurándome de que nadie me observa ni me sigue, abro la puerta y me adentro sin hacer ruido. Enciendo la luz y aguardo su llegada. He dejado el bolso escondido en uno de los estantes, de donde cojo un botellín de agua que previamente había guardado. Oigo pasos por el pasillo. ¡Por fin! Cierro la botella y me giro hacia la puerta para recibirla cuando el suelo se abre bajo mis pies. Si desde el escenario sus ojos eran terribles, a escasos dos metros de distancia son espantosamente aterradores. Ha entrado seguido de su matón, que, tras cerciorarse de que estoy sola, cierra la puerta tras de sí.

—*Erres* más guapa en *perrsona* que en las fotos —anuncia con una voz ronca y terroríficamente repugnante.

Doy un paso hacia atrás para intentar alcanzar el bolso que está en la estantería que tengo tras de mí.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

—No lo sabía. Aunque me *alegrra tenerr* la mitad del *trabajo* hecho.

—¿Qué quieres? —me atrevo a preguntar.

Debo ganar algo de tiempo para coger el teléfono y advertir a Daniela de que no venga.

—*Crreo* que la respuesta a esa *prregunta* la sabemos ambos.

—Y ¿cómo piensas hacerlo? ¿Delante de todo el mundo? —«¡Joder, no encuentro el maldito bolso!»

—No. Tú me lo has puesto más *fásil*. *Serrás* el señuelo.

—¡No vendrá!

—Te equivocas. He visto las fotos y sé la *relación* que mantenéis.

¡Maldito Vic! Si lo tuviese aquí delante, yo misma me lo cargaba.

—Y ¿qué pasa con la subasta? —Vaya pregunta que le hago yo también. Pero estoy demasiado nerviosa y no doy con el puñetero bolso de las narices.

—Tengo quien se *encarrgue* de ella. No es *prroblema*.

—¿Eres tú quien falsifica las obras o el matón que tienes tras de ti?

—Veo que tienes más *inforrmación* de la que *esperraba*.

—La gente tiende a subestimarme. Es algo a lo que empiezo a acostumbrarme.

Por fin doy con el bolso. Trasteo dentro de él en busca del teléfono, cuando su perro guardián lo pone en alerta de lo que estoy haciendo.

—¡Se acabó la *charrla*! Átala, no *quierro sobrresaltos*.

—Sí, jefe.

El gigante llega a mí en apenas dos zancadas. Es un hombre enorme con más de cinco palmos de espalda. Tan feo como un cíclope, el matón me agarra del brazo y me arrastra hasta una de las sillas que hay junto a la mesa del rincón. Tras sentarme, me tira de ambos brazos y me obliga a ponerlos por detrás del respaldo. Es entonces cuando saca de uno de sus bolsillos una brida con la que me maniatas las muñecas. Con los tobillos hace lo mismo.

—¿No tienes nada para la boca? —me mofo. No sé de dónde saco el humor con lo nerviosa que estoy. Siento cómo el corazón se me va a salir de un momento a otro por la garganta.

—No es *nesesarrio*.

—¿Cómo estás tan seguro?

El hombre se acerca hasta mí con una sonrisa soberbia. De pie frente a mi silla, se inclina apoyando las manos sobre sus rodillas.

—Sé que no *grritarrás*, *porr* la cuenta que te *trrae*.

Cada una de sus palabras me penetra el cerebro como una taladradora hace un agujero en la pared.

—Balay, dime qué ocu... —La Sweet no logra acabar su frase. Ha entrado como un torbellino sin percatarse de lo que está ocurriendo aquí dentro y sin que yo haya podido evitarlo.

—¿Balay? ¿Te llamas como las *lavadorras*? —me pregunta mientras veo cómo el matón agarra a Daniela con una mano y con la otra le tapa la boca

para evitar que grite.

—Es largo de explicar. ¡Suéltala, mamón! —le grito al gigante.

—¡Hemos quedado que nada de *grritos*! Átala a ella también —le ordena.

Los ojos de Daniela muestran el pavor que siente. En cuanto el matón la obliga a sentarse a mi lado, me apresuro a calmarla.

—Sweet, tranquila. Saldremos de ésta.

—Me temo que *erres* demasiado optimista —interviene el ruso—. No me gusta *dejarr* cabos sueltos.

En cuanto mi amiga lo mira a los ojos, se percata de lo que intentaba avisarla en la sala de subastas.

—¿Desde cuándo llevas planeando esto? —le demando para ganar algo de tiempo.

La pregunta surte el efecto que esperaba. El ruso, con una frialdad que logra erizarme cada milímetro de la piel, da un paso hacia atrás y comienza a pasear por el almacén mientras habla sobre una venganza que comenzó hace tiempo. Mientras su verborrea sale a la misma velocidad que entra por mis oídos, me dedico a estudiar con detenimiento la habitación. El matón está junto a la puerta, frente a nosotras. A nuestras espaldas está la estantería donde tengo el bolso. Está llena de productos de limpieza. A mi derecha está la Sweet, maniatada como yo. Y a su otro lado hay una mesa con alguna que otra herramienta. Al fondo de la habitación, un armario metálico cerrado que de poco me puede servir. El hombre sigue relatando su historia ante la atenta Daniela, que no sale de su asombro. Yo ya conozco el relato, que, por supuesto, está tergiversando a su antojo, lo que me permite seguir indagando. Disimulando todo lo que puedo, me rasco la barbilla con el hombro para echar un nuevo vistazo detrás de nosotras. Para mi sorpresa, tras ella hallo un pequeño cúter en uno de los estantes.

—Sweet, alarga la mano y coge el cúter que tienes detrás —musito en un tono casi imperceptible.

—Tú sabías todo esto, ¿verdad?

—Sweet, no es momento para dar explicaciones. Haz lo que te digo —digo sin dejar de mirar a ambos hombres. Por fortuna, no parece que nos oigan desde su posición.

—Tía, es muy fuerte.

—Lo sé. Ya te lo explicaré luego. Haz lo que te pido, por favor.

—¿Y si me pillan?

—Yo los entretendré.

—¿Cómo?

—Coño, Sweet. Aún no lo sé.

—Pues hasta que lo sepas, me quedo quieta.

—La madre que te parió.

El ruso está acabando su relato, y yo debo encontrar una forma de despistarlos. Pensar en Enzo me da la pista. Dejándome caer sobre la silla e inclinando la cabeza levemente hacia atrás, comienzo a dejar salir suaves gemidos.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca?

—Calla, coño. Tú a lo tuyo.

Sin llegar a cerrar del todo los ojos para observar a los dos hombres, continúo mi orgásmica actuación tal y como la hice en mi primera cita con el capitán. Los jadeos, acompañados de los pocos movimientos sensuales que puedo hacer, aumentan a cada segundo que pasan. El ruso pronto detiene su relato, como lo hace también con su particular paseo por el almacén.

—¿Qué está *hasi*endo?

—No lo sé, jefe.

Con el rabillo del ojo, veo cómo la Sweet alarga las manos para alcanzar el cúter.

—Sabía que los españoles son *rarros*, *perro* esto es demasiado. ¿Qué te pasa? —me pregunta tan asombrado como su guardaespaldas.

—La ponen cachonda las situaciones difíciles —contesta la rubia por mí.

Me basta un segundo para saber que ha logrado su objetivo. Debo mitigar

el sonido de la cuchilla contra el plástico de la brida, por lo que aumento el tono de mis gemidos.

—¿Qué hacemos, jefe?

—No lo sé. He visto cosas *extrrañas* en mi vida, *perro* esto te *asegurro* que es nuevo también *parra* mí.

—Parece que vaya a...

—Sí, *Harro*, sí. Eso mismo.

Mi representación es tan auténtica que acabo poniendo nervioso al ruso.

—¡Basta! *Trrae* al *consellerr*. Vamos a *ponerr* fin a esto de una puta *ves*.

El matón, que al parecer se llama Haro, y que de ruso tiene lo que yo de monja, se marcha del almacén, dejándonos a solas con el culpable de que mi amiga y yo estemos aquí encerradas y maniatadas.

El *conseller*, precedido del gigante, aparece en menos tiempo del esperado.

—Vera, es el *conseller*.

—Lo sé. Lo ha dicho.

—No, tía. Me refiero a que es mi *conseller*, el misógino que vino a la televisión y luego a...

Su revelación es interrumpida por el susodicho, que, en cuanto la ve, se acerca hasta ella con gesto chulesco.

—Pero mira a quién tenemos aquí. La maquilladora sin estudios.

—¿La *conoses*?

—Por desgracia, sí —le responde al ruso—. Qué pequeño es el mundo.

—Y cuánto gilipollas hay en él. —«¡Ésa es mi Sweet!»

—¿Le *perrmites* que te hable así?

—Me da igual lo que pueda salir de esa boca tan bonita que tiene. Es rubia, no temas —afirma volviéndose hacia él.

—¿Sabe su mujer que está aquí? —inquiére mi amiga, cargada de rabia—. O, mejor dicho, ¿sabe su mujer que acude a La Mansión? Igual le vendría bien que le echara una visita.

—¿Qué haces, loca? No provoques —mascullo en voz baja.

—¿Cómo sabes tú eso? —brama volviéndose de nuevo hacia ella.

—Tengo pruebas. Y si me ocurre algo le aseguro que verán la luz.

—¡Joder! Cállale la puta boca o...

—¡Basta! Tú *encárrgate* de cumplir el *acuerrdo* que tenemos. Y, de paso, *trráeme* al *guarrdia sivil*.

—¡No! —grito fuera de mí—. Ya nos tienes a nosotras. A él déjalo en paz.

—Calla, o *tendrré* que *ponerrte* a ti en *prrimerr lugarr*. ¡Ve!

El *conseller* sale disparado del almacén. La amenaza que la Sweet le ha hecho ha logrado ponerlo nervioso y en alerta a todos ellos. Haro mantiene su posición junto a la puerta, mientras que el ruso nos vigila a ambas de cerca.

—Sois peleonas. Me gusta. *Perro prrocurrad* no *interrponerros* más en mi camino. *Porr* la cuenta que os *trrae*.

La Sweet y yo nos miramos antes de asentir. Debemos llevar cuidado si no queremos acabar con un tiro en la cabeza o algo mucho peor. En cuanto el hombre ve que aceptamos su orden, se gira hacia su guardaespaldas, momento en que Daniela me pasa el cúter. Ella aguanta el tipo simulando seguir atada con las manos tras la silla. El sonido de la cuchilla se mitiga en el instante en que la puerta se abre de nuevo. En cuanto veo que se trata de Enzo, me hago un profundo corte en la mano. ¡Duele! Pero nada es comparable con el dolor que me produce el temor que veo en sus ojos. Haro, sin darle tiempo a reaccionar, lo agarra para inmovilizarlo y lo arrastra hasta el centro de la habitación. Frente a frente, mi capitán y el mafioso se retan con cada gesto, llenando la estancia de una tensión agonizante y devastadoramente desagradable.

—Ya tienes lo que querías. Ahora, suéltalas.

—Te han *trraído* hasta aquí de un modo insultantemente *fásil* como *parra dejarrlas marrchar*.

Enzo me mira y entonces sé que por mi culpa el caso se ha ido al traste. La derrota que veo en sus ojos me rompe el alma. De no ser por mi cabezonería, él no estaría aquí, sujeto por ese maldito matón, y tal vez podría haber acabado con el cabrón del mafioso. Mi capitán intenta mantenerse firme,

supongo que demostrando, una vez más, lo que le han enseñado. Pero a mí no puede engañarme. Lo conozco lo suficiente para saber que sólo se trata de un papel. Siento tanta rabia e impotencia que ni siquiera me he percatado de que dos lágrimas me recorren el rostro. Caen humedeciendo cada poro a su paso, de igual forma que lo hace la esperanza que albergaba por salir de aquí con vida. Por primera vez desde que comenzó esta locura, siento verdadero miedo. Y no soy la única. Enzo, para mi desazón, también lo está sintiendo, puedo verlo en sus ojos, llegando hasta él como un angustiado golpe y como un resorte que logra activar la furia que guarda dentro. Es entonces cuando comienza a forcejear con Haro. Las lágrimas me impiden ver la escena con claridad. Golpes, puñetazos y crujidos secos que forman parte de una brutal paliza entre ambos. Ahogo un grito al contemplar la dura escena. Movida por el temor a que pueda hacerle más daño, me apresuro a seguir intentando deshacerme del nudo que ata mis muñecas. El capitán se defiende como puede, pegándole en más de una ocasión y esquivando algún que otro impacto. Pero lo que tanto temía, lo que tanto he intentado evitar, llega sin que pueda hacer nada. Haro logra darle un golpe certero, que acaba derribando a Enzo y dejándolo inconsciente en el suelo.

—¡¡¡No!!! —grito desolada y rota por dentro.

—¡Dije que nada de *grritos!* —brama el ruso al tiempo que estampa la palma de su mano en mi cara.

—¡Hijo de puta! —chilla Daniela al ver con qué fuerza me ha pegado, obligándome incluso a girar el cuello.

El ruso levanta la mano para repetir el gesto con ella, cuando de pronto la puerta se abre.

—¡Quieto, Grisha!

Paqui entra seguida de Marlo, quien se planta frente a Haro en absoluto silencio. Ninguno de los dos hombres mueve un pie de donde está.

—A esto lo llamo *estarr de suerrte* —anuncia con sonrisa maléfica al verla.

De un rápido vistazo, la madre de mi mejor amiga y del amor de mi vida se hace con la situación. Sus ojos se oscurecen en cuanto ve a su hijo inerte sobre la fría losa.

—Llevas demasiado tiempo planeándolo, no te hagas el sorprendido.

—Veo que no has cambiado —declara acercándose a ella y cogiéndole un mechón de su castaño pelo.

Al verlo, Marlo da un paso hacia delante para detenerlo, pero Paqui lo obliga a retroceder con un simple gesto de la mano.

—Tú, en cambio, sí —responde con una frialdad y una entereza que me dejan sin habla.

La fuerza de esta mujer es digna de mi más absoluta admiración.

—Mi *trabajo* es más *duro* de lo que puedas...

—Déjalas marchar —lo interrumpe señalándonos—. Ya tienes lo que querías.

—¡No, Paqui! —grito de pronto. Ver cómo está dispuesta a dar la vida por Daniela y por mí me rompe el corazón.

—¿Paqui? ¿Te llamas Paqui? —inquire asombrado.

Sin pensarlo dos veces, y aprovechando la coyuntura de la sorpresa del ruso, me levanto de un salto, agarro la silla a la que estaba sentada y lo golpeo con todas mis fuerzas. Aún tengo los tobillos atados, y de la inercia acabo cayéndome al suelo.

—¡Maldita *sorra*! —vocifera echándose la mano a la espalda, lugar donde ha recibido el golpe.

Movido por la situación de su jefe, Haro la emprende a golpes con Marlo. Ambos guardaespaldas comienzan una batalla que dura menos de lo esperado. El ayudante de Paqui logra tumbarlo al segundo golpe. A los pies de mi amiga, observo la escena cuando el ruso me agarra por el pelo y me obliga a levantarme. Mi grito por el dolor se acalla en cuanto saca un arma del bolsillo y me apunta con ella en la sien.

—*Parra a tu hombrre o acabarré* con ella —amenaza dirigiéndose a

Paqui.

La Sweet ahoga un grito y se lleva las manos a la boca. Ahí precisamente es donde me noto el corazón. Siento que se me va a salir del pecho, impidiéndome incluso respirar. Si antes creí conocer el verdadero miedo, ahora me doy cuenta de que estaba equivocada. Por más situaciones que haya vivido en los últimos meses, jamás había sentido tanto temor como el que siento en este instante. El frío metal de la punta de su arma contra mi cabeza penetra en mi cuerpo, enfriando cada músculo y cada vena a su paso. Tiemblo. Tiemblo como nunca antes en toda mi vida. De soslayo miro a Daniela y a Enzo, que sigue inconsciente en el suelo. Puede que sea la última vez que los vea. Se me rompe el alma sólo de pensarlo.

—¡*Orrdénale* que se *marrche*! —insiste de nuevo.

Paqui sigue sin moverse, intacta y firme como una roca. No puedo creer la integridad y la resistencia de esta mujer.

—Haz lo que te dice —le ordena a Marlo.

—Pero, Paqui...

—¡Hazlo! —remata girando levemente el cuello, sin perdernos de vista al ruso y a mí.

Marlo cierra los puños y suelta un quejido justo antes de dar media vuelta y marcharse del almacén. En cuanto oigo el sonido de la puerta al cerrarse, una parte de mi alma se desquebraja. Marlo se ha ido, llevándose consigo el último rayo de esperanza que me quedaba. Vuelvo a sollozar. Lo hago invadida por la desolación y la impotencia.

—Ya tienes lo que querías. Ahora suéltala.

—No, hasta que pagues *porr* lo que *hisiste*.

—Ya lo hice, créeme.

—¡No es *sierrto*! ¡*Deberías haberr muerrto* en aquel *insendio*!

—Tal vez sí. Pero no era mi día. Llévame contigo y salda tu deuda.

—No es *suficiente*. Él también debe *pagarr* —anuncia señalando con la cabeza a Enzo.

—¡Él no es culpable de nada! —grita Paqui por primera vez, dando un paso hacia nuestra posición.

—*¡Atrrás!* —le ordena apuntándola con la pistola.

Ella obedece en silencio y de nuevo el arma regresa a mi cabeza. Mi llanto aumenta, como mi desesperación, unida a la de la Sweet, que permanece inmóvil como una estatua.

—Mátame a mí.

—*Disen que una madre es capás de darr la vida porr sus hijos. Veo que es sierrto.*

—Ya que lo sabes, llévame a mí y déjalos que vivan.

—*Eso serría demasiado fásil. No. Quierro ver cómo sufrres y pagas porr todo lo que me hisiste. Te dejarré parra la última. Antes verrás a tu hijo morir.*

La pistola abandona mi sien para apuntar hacia Enzo, que sigue tendido en el suelo. Todo mi mundo se derrumba cuando oigo el mecanismo de seguridad del arma.

—¡¡¡No!!! —grito rota de dolor, agarrándome del antebrazo del ruso que rodea mi cuello.

Un disparo. Sangre. Y mi corazón desbocado como nunca antes.

Capítulo 15

Marlo entra rápidamente en cuanto oye el disparo. Tras ver lo que ha ocurrido, y sin que nadie diga nada, vuelve a salir al pasillo. Supongo que para asegurarse de que nadie entre en el almacén.

—¿Qué has hecho? —pregunta Enzo, que acaba de regresar al mundo de los vivos.

—Debería haber hecho esto hace treinta y seis años —anuncia Paqui, aún apuntando hacia el ruso, que yace muerto en el suelo con una bala atravesándole el cráneo.

Con las lágrimas brotando imparables de mis ojos, y el olor férreo de la sangre del ruso, Enzo llega hasta mí para estrecharme entre sus brazos.

—¿Estás bien? —me pregunta tomándome por la barbilla para obligarme a mirarlo.

—Ahora sí —afirmo aferrándome a su pecho como si me fuese la vida en ello. Gracias a la rápida actuación de Paqui y a la inestimable valentía de ésta, su corazón sigue latiendo.

—¿Y tú? —le demanda a su madre.

—Ahora sí.

—Daniela, ¿y tú?

Los tres la miramos, pero la Sweet sólo asiente. Parece incapaz de reaccionar. Mi preocupación por mi amiga rompe nuestro abrazo, y ambos nos acercamos hasta ella. Aprovechando que Enzo la examina, yo recojo el cúter para liberarme de la brida que aún agarra mis tobillos.

—Está en *shock*. Se pondrá bien —me asegura mi capitán en cuanto

comprueba su estado.

—Y ¿cuánto puede tardar en reponerse?

—Depende de cada persona. Aunque no creo que tarde mucho.

—Me alegro —digo abrazándola y dándole besos en la frente tras acabar de liberarla a ella también.

El capitán se aparta unos metros para registrar a Haro. Debe asegurarse de que no lleve ninguna arma encima por si despierta. En el calcetín encuentra una, que coge con cuidado y se guarda en la parte trasera de su cinturón.

—¿Qué ha pasado? —pregunta de pronto la Sweet.

—¡Daniela! Menos mal que estás bien —digo abrazándola.

—¿Me he desmayado?

—Casi, pero no. Has entrado en *shock*.

—Me duele la cabeza —afirma tocándosela con una mano.

Una vez puestas las esposas al matón, Enzo regresa frente a su madre.

—Quiero darte las gracias por lo que has hecho —le susurra.

—Lo haría un millón de veces si hiciese falta, hijo mío.

—¿Estás bien, de verdad?

—Sí, tranquilo. Aunque no voy a negar que es una sensación extraña.

—Acabar con la vida de alguien nunca es fácil. Y más tratándose de...

—Es el culpable de que estemos aquí —lo interrumpe aparentando una seguridad que sé que no siente—. Aunque lamento que haya tenido que acabar así.

—No podía acabar de otro modo. Está donde se merece.

—Ya, pero es...

Paqui no logra acabar la frase. El llanto roto que invade su garganta se lo impide. Por primera vez desde que entró por esa puerta, su voz se desgarró, acompañada de unos ojos cargados de arrepentimiento y de un incontenible dolor.

—Mamá, mírame —le exige agarrándola por los hombros. Ella obedece—. No quiero que te laments por lo que has hecho. Él nunca fue mi padre.

—Siento no haber sido más valiente cuando debería haberlo sido.

—Por Dios, mamá. No te hagas esto, por favor. No puedo verte así — asegura abrazándola.

La Sweet y yo somos testigos de la enternecedora escena. Ambas lloramos a moco tendido mientras madre e hijo se perdonan y se apoyan mutuamente. No puedo evitar acordarme de Claudia y de todo lo que aún le queda por saber. Se me rompe el corazón sólo de pensar en qué baja estima tiene a la valiente de su madre y en por qué se le ha negado la oportunidad de conocer a su increíble hermano.

—Espero que sepas que tengo que cumplir con mi trabajo —anuncia Enzo de pronto, reponiéndose y rompiendo el increíble y tierno momento.

—Lo sé —responde ella, enjugándose las lágrimas con la mano.

—Sabes lo que viene ahora, ¿verdad?

—Sí.

—Dame tu arma.

Paqui hace lo que le pide en absoluto silencio.

—¿Qué viene ahora? —interrumpo intuyendo lo que quiere decir.

—Debo dar parte de lo que ha ocurrido, Vera.

—Asumiré lo que venga —me aclara ella—. Haz lo que tengas que hacer, hijo.

—¡Eh, un momento! —protesto interponiéndome entre ambos para enfrentarme a Enzo—. No pensarás detener a tu madre...

—¿Crees que a mí no me duele tanto o más que a ella? —masculla molesto. Aún hay lágrimas en sus ojos, que contrastan con su fría actitud.

—Vera, no importa.

—Sí, sí que importa, Paqui —replico sin achantarme. Mi llanto ha dejado paso a la rabia—. No pienso dejar que la detengas. Y mucho menos por salvarte la vida.

—Es mi trabajo —se justifica—. Y, por mucho que me duela, debo...

—¡Pues yo no he visto nada! —suelto tan fresca, aunque sé que sólo intento

esconder lo desesperada que me encuentro—. Y la Sweet tampoco —añado—. ¿A que no, Sweet?

—Yo seguro que no —responde la susodicha.

—¿Ves?

—Vera, no puedes...

—Perdona, chato —lo interrumpo—, pero hasta donde yo sé, ella y yo somos testigos. Y, como tal, aseguro y me reafirmo en que ella no ha sido —afirmo cruzándome de brazos.

—Y, si no ha sido ella, ¿quién ha sido?

—Se habrá suicidado, se habrá disparado el arma sola. ¡Yo qué sé! El caso es que ella no ha sido.

—Vera, ¿eres consciente de que podrías ir a la cárcel?

—¿Yo? Si no he hecho nada. Sólo soy una testigo protegida.

Enzo retiene una sonrisa. Es curioso, porque yo estoy que muerdo.

—Ese tipo de testigos no tienen nada que ver con esto.

—Pues a mí me proteges tú y listo.

—Vera, por favor, no lo pongas más difícil de lo que ya es.

—Di que has sido tú —suelto de pronto.

—¿Yo? Pero si estaba noqueado en el suelo.

—Como si no se pudiese disparar desde las partes bajas.

Ya no sé ni lo que digo, pero no me detengo.

—Además, ni siquiera ha sido con mi arma —se justifica.

—Eso tiene fácil solución. Diremos que se la has quitado en defensa propia y...

—Vera —interviene Paqui agarrándome del hombro—. Te agradezco tu gesto, pero él sabe lo que tiene que hacer.

—¡Correcto! Y lo que tiene que hacer es exactamente lo que estoy diciendo —insisto—. Ha sido él en defensa propia, en acto de servicio o como quiera llamarlo. Yo lo he visto, y la Sweet también. ¿A que sí, Sweet?

—Fíjate, eso sí que lo he visto —admite ella.

—¿Ves? Ella también ha sido testigo.

—Pero si hasta hace un momento ha afirmado no ver nada —asegura con un amago de sonrisa.

—Pero ahora sí ve. ¿A que sí? —digo azuzándola para que se ponga de mi parte.

—¡Milagro! ¡Ha sido un milagro! —grita ella levantándose con los brazos en alto y mirando al techo para agradecer al de arriba lo que ha hecho por ella.

—¿Ves? Ya está todo resuelto.

Enzo me mira sin saber muy bien qué decir o hacer. A estas alturas no tengo muy claro si quiere matarme o romper a reír a carcajada limpia.

—Mentir en un caso así es algo muy serio —dice volviendo a su anterior gesto.

¡Mierda, ha optado por la primera opción!

—¿Acaso no lo es meter a tu madre en la cárcel? —le reprocho.

Enzo medita su respuesta, y yo aprovecho el momento para seguir insistiendo. Si nos vamos a poner serios, nos ponemos todos.

—Además, ese tío está inconsciente y no ha visto nada. Sólo estamos nosotros cuatro. Así que sólo es cuestión de ponernos de acuerdo. La vida no ha sido justa con vosotros. Y ya va siendo hora de que se haga justicia. ¿Qué me dices?

—No lo sé.

—Que dudes ya es un paso. Y tú, Paqui, ¿qué dices? ¿Te gusta mi idea?

—Vera, no sabes cuánto te lo agradezco y lo orgullosa que estoy de que estés en la vida de mis hijos. —Su respuesta me deja de piedra, y más cuando miro a Enzo y lo observo tan calmado, como si su revelación no hubiese significado ninguna sorpresa para él—. Son afortunados de tenerte —añade—. Pero créeme que no me importaría ir a la cárcel. Por fin se ha hecho justicia, y no me arrepiento de ello.

—¿Estás segura? —pregunto con un hilo de voz.

—Sí, Vera. Tengo que hacerlo por vosotros, pero sobre todo por mí.

Su firmeza y su seguridad acaban por doblegarme. Jamás había oído a nadie hablar con tanta entereza, y aún menos tras lo que acaba de ocurrir aquí hoy.

—No esperaba tener que rendirme —murmuro desolada y muerta de pena en un susurro.

—Rendirte es tu acto más valiente, Vera —afirma Enzo cogiéndome de los hombros.

—Es curioso, a mí me parece el más cobarde —claudico.

Tras unas llamadas y un incesante ir y venir de gente, entre ellos un juez, un forense y no sé cuántos agentes más, mi capitán nos despide en el pasillo. Aún le quedan muchas cosas por hacer y resolver, y nos ha pedido que nos marchemos.

—¿Estarás bien? —me pregunta escondiéndome un mechón tras la oreja.

—Lo estaré.

—Iré a verte en cuanto acabe de redactar el informe. Te lo prometo.

—¿Qué le pasará? —La imagen de cómo se llevaban esposada a Paqui aún sigue doliendo.

—Si todo va bien, nada. No tiene antecedentes, y por fortuna había unos testigos fiables en la escena —comenta arqueando las cejas.

—Bueno, fiables, fiables... —digo haciendo un jocosó mohín.

Enzo sonrío y me aproxima a él para besarme. Su beso es corto, aunque suficiente para lograr calmarme, una vez más.

—¿La llevas tú a casa? —le pregunta a Dau, que aguarda paciente junto a la Sweet, a la que se aferra y protege sin descanso.

—Por supuesto.

Un último beso, y antes de que me dé cuenta mi culo reposa en el asiento trasero del coche del novio de mi amiga. Una pena inmensa e intensa me aprisiona el pecho, y no digo una sola palabra hasta que llegamos a casa.

—Luego te llamo —le indica Daniela a su hombre al bajarse conmigo del vehículo.

—No, Sweet. Quiero estar sola.

—¿Estás segura?

—Sí. Necesito pensar. ¿No te importa?

—Claro que no. Sólo que necesito saber que estarás bien.

—Lo estaré —afirmo por segunda vez en los últimos diez minutos.

Con un simple gesto, me despido de Dau y de ella para recorrer los últimos pasos que me separan del edificio. De forma automática, llego hasta mi piso y me meto en la ducha. No sé cuánto tiempo me quedo de pie sin hacer nada, tan sólo dejando que el agua caiga y choque de modo incesante contra mi cuerpo. El efecto lluvia es relajante, aunque no lo suficiente para hacerme borrar de la mente lo ocurrido y los miles de imágenes que una y otra vez me taladran sin descanso el cerebro.

Ya está oscureciendo cuando Enzo entra por la puerta con gesto verdaderamente cansado. Sin mediar palabra, me abalanzo sobre él y lo abrazo con todas mis fuerzas. Él responde con la misma intensidad. Ambos permanecemos así un buen rato. En silencio. Sin necesidad de palabras. Solos él y yo.

—Ya ha pasado —susurra estrechándome aún con más fuerza.

Los siguientes minutos, sentados uno junto al otro en el sofá, Enzo y yo volvemos a dejar que nuestros ojos y nuestras manos hablen por nosotros. Con interminables caricias que mutuamente nos hacemos y con la confidencialidad que nuestras miradas se susurran, pasamos el resto de la velada, hasta llegar la oscura noche. El sonido de algunos coches que circulan por la calle se funde con la música que, a bajo volumen, sale del equipo que tengo encendido en el salón.

—¿Alguna vez fuiste joven? —pregunto de pronto. Sé que está demasiado cansado y que lo que ha vivido no ha sido fácil para él, pero necesito saber que está bien.

Enzo frunce el ceño y cuestiona mi pregunta con un simple gesto.

—Quiero decir que, con lo cabal y recto que eres, si alguna vez te has

desmadrado y hecho algo, digamos..., rebelde. —La palabra que me ha venido a la mente es «ilegal», pero he preferido cambiarla en el último momento.

—Claro que sí —reconoce algo molesto.

—¿Como por ejemplo?

—No me viene nada ahora mismo.

—Porque no has hecho nada —argumento para chincharlo.

—¡Eso no es cierto!

—Venga, dime alguna travesura y te creeré.

Enzo se recoloca para mirarme de frente antes de contestar.

—Está bien, déjame que piense. Desobedecí una orden.

—¿Hiciste algo ilegal?

—Ilegal, lo que se dice ilegal, no era.

—Si te refieres a lo tuyo con Conxa, ya lo sé.

—¿Lo sabes? —La cara con la que me mira me será difícil de olvidar.

—Deberías dejar de subestimarme como lo haces.

—Yo no hago eso.

—Lo has hecho si creías que no me iba a dar cuenta de que entre vosotros hubo algo.

—Está bien. En respuesta a tu pregunta: desobedecí una orden por irme una noche con unos amigos de copas. —Ahora la que pone cara extraña soy yo—. Era sargento por aquel entonces, y no cumplí lo que se me ordenó. Me costó una semana de papeleo, porque mi superior sabía cuánto odiaba quedarme encerrado en la oficina.

—Así que tenías amigos.

—¡Claro que sí! Los tenía y los tengo.

—Y ¿por qué no me los has presentado?

—¿No será porque no he tenido tiempo y estaba implicado en un caso peligroso?

—Vale, tienes razón. Te lo perdono.

—¿Que me lo perdonas? ¡Manda cojones!

—Capitán, tiene usted una boca de rayo, que lo sepa.

—Y usted una osadía que merece un castigo.

Su frase viene acompañada de un apresamiento en toda regla. Como si de una captura se tratase, Enzo me da caza y me recuesta en el sofá, aprisionándome con su corpulento cuerpo sobre mí.

—Si a esto tú lo llamas castigo, ¡me declaro culpable! —grito risueña en cuanto siento su erección sobre mi parte íntima. Aún me cuesta procesar con qué rapidez se me alegra este hombre.

Sus labios sellan mi boca. Anhelaba tanto este momento y el poder estar así con él que dedico unos segundos a dar gracias a quienquiera que esté ahí arriba por que así sea.

«Ahí arriba no hay nadie», me susurra mi diablillo, más rojo y prepotente que nunca.

Sé que lleva mucho tiempo conmigo, pero en esta ocasión me deshago de él imaginándome que lo encierro en el armario bajo llave. Ahora estoy con mi capitán, y no quiero que nadie me estropee la cita. Las últimas horas han dado para mucho, aunque ahora nos merecemos la oportunidad que se nos ha negado todo este tiempo. Mi misión aún no ha acabado, soy consciente de ello. Y aún hay muchas preguntas sin respuesta, lo sé. Pero Enzo y yo nos merecemos esto, y no voy a dejar que nada ni nadie rompa nuestro íntimo momento.

Capítulo 16

Nueve semanas y media han pasado desde que la Sweet me propuso convencer a Claudia. Debía conseguir que invitara a su madre y a su hermano a la boda. Y ninguno de los dos me acompaña en el vuelo a Houston. Sólo lo hace Daniela, que va sentada en el asiento de al lado, el que está junto a la ventanilla del avión.

—Aún no me puedo creer que te hayas dejado a Dau en Valencia —le digo cuando debemos de estar sobrevolando el océano. O no, quién sabe. Desde aquí sólo se ven nubes.

—¿Y perderme estos días juntas en Houston? Ni loca.

—No veo la hora —comento con las mismas ganas de ella de abrazar a nuestra Princess y reunirnos las tres de nuevo.

Desde mi liberación no hemos vuelto a vernos, y la echamos mucho de menos. Lo cierto y verdad es que todo cambió el día que viajó a Houston para cumplir el último deseo de su padre. Quién le iba a decir a ella que acabaría encontrando el amor al otro lado del charco, y que un año después estarían dándose el «sí, quiero».

El vuelo se me hace demasiado largo, y más con la escala que hemos hecho. El vaivén del viaje adormece a la mayoría de los pasajeros. Muchos echan una cabezadita, otros ven la película que están proyectando y la Sweet no levanta la cabeza del libro que tiene en las manos. Sé cuánto le gustan sus novelas escocesas, y decido interrumpirla lo menos posible.

Uniéndome a la mayoría, apoyo la cabeza y cierro los ojos para viajar en el tiempo hasta reunirme con la persona que ocupa casi todos mis pensamientos:

Enzo Duarte. Aún puedo sentir su olor impregnado en mí. Su despedida en el aeropuerto me ha dejado un vacío que intento llenar recordándolo. Soy consciente de que no podía venir con nosotras, pues aún queda algo que resolver: Paqui. Un hondo suspiro sale de mis entrañas en cuanto me acuerdo de ella. Si su historia ya me parecía increíble, ser testigo de lo que sucedió me deja literalmente de piedra.

—¿Qué le va a ocurrir? —le pregunté de nuevo al capitán tras nuestro encuentro en el sofá. Recuerdo que era entrada la madrugada y que los dos comíamos algo en la cocina semidesnudos.

—Estará sólo esta noche en el calabozo. Mañana mismo pasará a disposición del juez. No tienes de qué preocuparte —añadió al ver mi gesto—. En el informe están detallados los hechos tal y como ocurrieron. Fue en defensa propia, y no creo que tarde en quedar libre sin cargos.

Saber aquello fue un alivio. Pero aún quedaban muchas dudas, muchas preguntas que me rondaban la cabeza y que deseaban obtener respuesta.

—¿Qué tiene que ver el *conseller* en todo esto?

—¿Lo conoces?

—Daniela más que yo, pero sí.

—Es el topo y el contacto con la mafia —me explicó ante mi completa atención—. Su trabajo consistía en avisar a los capos de qué obras iban a subastarse con la suficiente antelación para que las falsificaran.

—¿Estaba conchabado con el director del departamento de pintura?

—Eso pensábamos. Pero al poco de infiltrarme pude averiguar que no. La misión del *conseller* se reducía únicamente a ganarse su confianza beneficiándose del cargo que ocupaba.

—¿«Ocupaba»? Hablas en pasado.

—Sí. Aún sigue siendo el *conseller* de Economía. Aunque no creo que el partido tarde mucho en obligarlo a dimitir.

No se equivocó. Al día siguiente, el misógino presentó su dimisión, y misteriosamente su mujer supo que su marido le era infiel por unas cartas

anónimas. Se rumorea que ya ha pedido el divorcio y la totalidad de todos sus bienes.

—¿Tu padre lo tenía en nómina?

—No quiero que uses esa palabra —me riñó en cuanto usé el término de su progenitor. Me disculpé lo más rápido que pude, y le prometí no volver a hacerlo—. Digamos que le pagaba muy bien por sus servicios —añadió.

—Hay una cosa que sigo sin entender —me atreví a decir. Pese al cansancio y a lo duro que estaba resultando lo ocurrido para él, sabía que hablar de ello le vendría bien.

—¿El qué? —demandó tomando la taza de café que le entregué en ese momento.

—¿Cómo supiste que tu... que el mafioso venía a por ti?

—Lo supe por Vic.

Aún me erizo al recordar ese instante. Su revelación me dejó de piedra. Ese maldito nombre volvía a salir a relucir una vez más en mi vida. ¡Estaba harta!

—Explícate —le pedí con un hilo de voz. Necesitaba saber qué tenía ese cerdo que ver con él.

Mi capitán se tomó su tiempo en responder. Supongo que presuponía que lo que iba a contarme no me iba a gustar. Y así fue.

—Vic nos ayudó a dar por cerrado el caso de los rusos que te... secuestraron. —Su mirada me estremeció—. Su red de apuestas ilegales era más compleja de lo que pensábamos, y su testimonio fue clave para acabar con ella.

—¿Me estás diciendo que ese mamón es ahora el bueno de la película?

Enzo curvó los labios al ver el gesto que puse al formular la pregunta.

—No precisamente.

—Explícate —le pedí.

—En nuestra segunda cita lo pillé siguiéndonos.

—¿Lo sabías y no dijiste nada?

—Lo sorprendí y lo obligué a confesar.

—¿Qué te dijo?

Lo que me contaba cada vez se ponía más interesante y no quería perderme nada.

—Me dijo lo suficiente para obligarlo a que continuara espiándonos.

—¿Se te ha ido la olla? —bramé poniéndome en pie. Recuerdo que me era imposible quedarme sentada. Cada vez entendía menos de qué iba todo aquello.

—Siéntate y déjame explicarte.

—No quiero —me defendí.

Ahora lo pienso y sonrío, pese a que en aquel momento estaba hecha una furia. Mi cocina es demasiado pequeña, y mis vueltas duraron poco. Su relato continuó en cuanto le hice caso.

—Vic me confesó quién y por qué le estaba pagando para seguirte. No te imaginas cómo me sentí en aquel instante. De no ser quien soy le habría dado una paliza allí mismo.

—Ahora entiendo tu reacción al verlo en mi piso —lo interrumpí—. Pensé que habías imaginado que él y yo...

—Verlo sin camiseta también ayudó bastante —confesó.

Ambos sonreímos antes de que se dispusiera a continuar.

—Pese a las ganas que le tenía —continuó—, decidí decantarme por la mejor opción. Así que le pedí que siguiera haciendo lo que le habían pedido a cambio de que me informara de cada paso que diera. Era imprescindible que la persona que le pagaba no sospechase y que todo siguiera su curso como si no hubiese ocurrido nada.

—¿Cómo lo convenciste?

—A nadie le gusta que se lo prive de su libertad —admitió con cierto mohín de soberbia que no me importó lo más mínimo. Estaba de su parte y entendí lo que aquellas palabras conllevaban.

—No debió de ser fácil para ti saber que nos estaba siguiendo en cada una

de nuestras citas.

—Puedo asegurártelo.

—Y ¿qué pasó después?

—Vic vino a verme a la comandancia en cuanto supo que... —hizo una breve pausa que no me pasó por alto— el ruso venía a por mí.

—No quiero ni imaginar lo que tuvo que suponer eso para ti.

—Nos preparan para eso, Vera. No debes preocuparte —murmuró.

—Eso díselo a otra, porque conmigo no cuele —repliqué.

—Me ha quedado más que claro —respondió simulando estar enfadado conmigo. Si había sacado algo en limpio desde que estábamos juntos era que yo no me achantaba con cualquier cosa.

Sonreí orgullosa al comprobar que lo había captado, y él no dudó en acercarse más a mí.

—Eres lo mejor que me ha pasado —declaró acariciándome el rostro. Aún puedo sentir su delicado roce sobre la piel.

—Ahora entiendo por qué no querías... estar conmigo —admití en un susurro.

—Eso no es del todo correcto. Quería, pero no debía —aseguró tomándome de la barbilla para cerciorarse de que lo mirara—. Tu seguridad era lo primero —argumentó.

—Y yo volviéndome loca preguntándome por qué no caías en mis redes.

—Ésa fue una de las cosas más duras de este caso —dijo justo antes de besarme.

—Pues me alegra que por fin sucumbieras a mis encantos —dije arqueando las cejas.

Sonríó al recordar su carcajada.

Al primer beso lo siguió un segundo mucho más intenso. Se notaba que estaba dispuesto a poner remedio a tantos desplantes en nuestras primeras citas. Pero yo aún debía aclarar algo más.

—Necesito que me digas una cosa.

—Lo que quieras —murmuró regalándome una penetrante mirada. Sus ojos pardos volvían a tener esa intensidad de color y de luz que tanto me enamoró. Me estremezco al recordarlo.

—¿Cuándo supiste lo de Claudia?

—¿Cómo sabes que...?

—Vi tu cara cuando tu madre la nombró en el almacén.

Enzo se tomó su tiempo en responder. Apartó la vista de mí, y en cuanto le fue posible, me sacó de dudas.

—Lo supe hace años. Mi madre intentó ocultármelo, pero no le sirvió de nada. En más de una ocasión la sorprendí mirando una fotografía que siempre llevaba consigo. La forma en que lo hacía era la misma que usaba conmigo. Supe que se trataba de alguien importante para ella, y me propuse averiguar de quién se trataba. En un despiste de ella, aproveché para colarme en su despacho y registrar su bolso.

—¡Eso está muy feo! —lo reñí.

—Lo sé. Y lo siento.

—Eso no es cierto.

—Tienes razón. No lo siento.

Enzo sonrió picarón, y yo le exigí que continuara. Debía mantenerme firme o mi interrogatorio acabaría antes de lo previsto. Habría reconocido aquella sonrisa y aquella mirada en cualquier parte, y sabía adónde nos iba a llevar si no desviaba el tema.

—Aquel rostro me era familiar —dijo en cuanto le pedí que siguiera contándome la historia de la Princess—. Me sonaba haberlo visto antes, aunque en aquel momento no supe en qué lugar había sido. Indagué y no tardé en dar con ella.

—¿La conociste? —pregunté asombrada. Claudia jamás nos habló de su hermano.

—Tal vez «conocer» no sea la palabra adecuada. Digamos que, más bien, la seguí.

—¡A ver si vais a poner de moda esto de seguir a la peña! —me quejé para disimular lo nerviosa que me encontraba. La historia de ambos hermanos me estremecía.

—Sólo lo hice en ocasiones esporádicas, cuando el trabajo me lo permitía.

—Entonces... ¿a mí me viste alguna vez?

—Sólo una vez.

—¿Cuándo fue?

—No lo recuerdo exactamente.

—Y ¿por qué recuerdas la cantidad y no el cuándo?

—Porque me llamó la atención lo distintas que erais. Tú eres mucho más bajita que ella y...

—¡Yo no soy bajita: estoy concentrada! —bufé.

Enzo rio con mi comentario. El sonido de su carcajada fue para mí el mayor calmante que podría haberme dado.

—Y ¿qué piensas de ella? —pregunté. Necesitaba conocer su opinión.

—No la conozco como para tener un punto de vista objetivo.

—Me refiero a cómo crees que se va a sentir cuando te conozca.

—Más de una vez he pensado en cómo sería ese momento. En una ocasión, incluso, estuve a punto de ir a verla para confesarle quién era. Pero me contuve.

—¡Pues yo tengo la solución a eso! —afirmé alzando un poco el tono de voz.

—¿Qué se le ha ocurrido ya a esa inquieta cabeza?

—Te vienes conmigo a Houston.

—¿Houston, Texas?

—Coño, ¿cuántos Houston hay? Tu hermana se casa. Y tú vas a venir conmigo a la boda.

Creía que Enzo estaba enterado de la ceremonia, aunque por su gesto pronto supe que estaba equivocada.

—No creo que presentarme allí por las buenas y en un día tan especial sea

una buena idea.

—Eres el hermano de la novia y el novio de su mejor amiga. ¡La idea es perfecta! Así que ve preparando las maletas, que dentro de unos días nos vamos —rematé sentándome sobre su regazo.

Pese a que al principio pareció dudar entre si debía o no hacerme caso, me aseguré de que aceptara haciendo uso de mis encantos. Puede que el capitán esté preparado para muchos casos imprevistos y que su fortaleza sea encomiable y digna de admiración; pero si de algo estaba segura era de mi capacidad para convencerlo o, como suele decirse, de llevármelo al huerto.

—¡Ostras! —suelta de pronto la Sweet, dejando caer sobre sus piernas la novela y sacándome a mí, de paso, de mis recuerdos—. ¡La despedida de soltera!

—Sweet, supongo que sus amigas se habrán encargado de eso.

—¿Perdona? Sus amigas somos nosotras —se defiende.

—Ellas también lo son —digo con la pena que me produce. Por mucho que nos cueste aceptarlo, a nosotras ya no nos tiene tan cerca como nos gustaría.

—Tenemos que organizarle una.

—Sweet, se te olvida que yo no entiendo ni papa de inglés. Me pueden dar gato por liebre y en lugar de organizar una despedida puedo acabar montando un entierro.

—¡Calla, no digas esas cosas! Además, ¿para qué estoy yo?

—Si te tengo que dejar a ti que organices una fiesta, eres capaz de ponerles faldas incluso a los caballos. ¡Quita, quita!

—¡No son faldas, son *kilts*! —me riñe—. Pero, ¡ay! ¿Te imaginas? —dice poniendo cara de perro pachón—. Una fiesta *highlander* sería la caña.

—Con una caña te daba yo en la cabeza. ¡No se trata de ti, sino de ella!

—Vale, está bien.

—Nada de faldas.

Mi rubia y dulce amiga va a reñirme cuando la detengo mostrándole el dedo índice.

—Vale, vale. No habrá temática escocesa. Pero ve pensando en algo, porque en cuanto aterricemos nos ponemos a ello —sentencia cargada de razones justo antes de volver a retomar su lectura.

Pese a mi deseo por llegar, el avión no aterriza en el George Bush Intercontinental Airport hasta que son las cinco de la tarde, hora local. Exhausta por las doce horas de vuelo y por la posible deformación de mi mayor tesoro, que a estas alturas debe de haber cogido la forma cuadrada del asiento, recogemos las maletas de la cinta y salimos al encuentro de Claudia. Nuestra amiga nos recibe gritando nuestros nombres, con los brazos en alto y dando saltos, llamando la atención de cuantos la rodean. A ella no parece importarle el modo en que la miran, y a nosotras mucho menos. En cuanto llegamos a su altura, las tres nos fundimos en un caluroso abrazo. Bueno, si a rodearnos con los brazos y dar saltos en círculo se lo puede considerar como tal.

—¡Chicas, qué ganas tenía de veros!

—No más que nosotras —afirmo entre lágrimas. Las tres lo hacemos, en realidad.

—¿Estás llorando? —me pregunta Claudia extrañada en cuanto dejamos de dar botes como en un concierto de Queen.

—Sí, ¿qué pasa? —suelto de forma chulesca.

—Al final se nos ha vuelto una romántica —apostilla la rubia.

—O será que de tantas horas contigo algo se me ha pegado.

—¡Yo no soy una llorona! —se defiende.

La Princess y yo inclinamos la cabeza para mirarla con una ceja alzada.

—Bueno, vale. Sí, lo soy —claudica—. ¿Y qué? ¿Qué hay de malo en...?

—¡Cómo echaba de menos esto! —interrumpe la futura señora Stoner para volver a rodearnos con los brazos.

Ya en el exterior, Claudia nos guía hasta el parking, donde tiene aparcado el vehículo que ha traído para recogernos. Se trata de una de esas camionetas enormes al más puro estilo americano con el maletero descubierto. Tras dejar

en él nuestras maletas y subírnos a la parte delantera, no puedo evitar hacer un comentario.

—Menos mal que no es un Micro Machine como el de Escocia, porque, si no, iba a sentarse detrás tu tía.

Las tres reímos al recordar los botes que di en aquel coche de alquiler y la forma en que acabé enterrada bajo las maletas. Rememorar aquellos días nos mantiene ocupadas durante el trayecto hasta llegar al Stoner Equestrian Center, que así es como rezan las letras que hay pintadas en la nave que nos encontramos al entrar.

—¡El famoso centro ecuestre! —digo al traspasar el portón de madera.

—¡Bienvenidas a mi hogar! —nos dice Claudia orgullosa.

El lugar es encantador, fiel a como nos lo ha descrito en decenas de ocasiones. Daniela y yo miramos por la ventanilla para empaparnos de cuanto nos rodea, aunque el trayecto dura menos de lo que esperaba.

—Bajad. Quiero presentaros a alguien.

Claudia detiene el vehículo sin parar el motor y, juntas, nos dirigimos hacia la nave. Nada más entrar, una mujer que charla con otras dos sale disparada a nuestro encuentro.

—¡Por fin habéis llegado! —dice abalanzándose sobre nosotras—. Tú debes de ser Daniela —anuncia dándole dos besos—. Y tú Vera —afirma repitiendo el gesto.

—Y tú Isabel —aseguro al recordar la descripción que la Princess nos había dado de ella.

—Veo que os ha hablado de mí —comenta orgullosa.

—Espero que también nos haya incluido —interviene una de las dos mujeres con las que charlaba.

—Mati y Carmina, ¿no? —pregunta la Sweet.

Ellas afirman con una sonrisa de oreja a oreja y, acto seguido, las cuatro nos saludamos al más puro estilo español.

—Claudia siempre habla de vosotras y nos cuenta maravillas.

—Ya os dije cómo era Isabel de cariñosa —argumenta nuestra anfitriona amiga.

—¿Cómo no iba a serlo? —se justifica la susodicha—. Si son como parte de la familia. Mira, ella es la Sweet —dice acertando de pleno con el mote—. Y tú eres..., ¿cómo era? Si lo tengo en la punta de la lengua..., tenía algo que ver con el microondas.

La cara que pongo provoca la risa de todas.

—No era eso, Isabel —la corrige Mati.

—¿Cómo que no? Era algo de un electrodoméstico, de eso estoy segura —le contesta.

—Pero no ése —comenta ahora Carmina.

—¡Ah, ya lo tengo! Era algo de la lavadora. Coño, pero ahora no recuerdo de qué marca era. ¿Eres la Bosch?

Mientras que la mujer intenta dar con el dichoso mote, mis dos queridas amigas se descojonan sin cortarse un pelo. Si tuviesen que ponerme un nuevo apodo, ahora mismo sería *motosierra*, porque de buena gana les cortaría el pescuezo. ¡Mira que no echarme un cable ninguna de las dos! ¡Éstas me van a oír!

—Es la Balay —afirma Mati.

—Hija, imposible acordarme con tanta marca, ¿qué quieres? Mira, por si acaso yo te llamaré Vera, ¿qué te parece?

Esta mujer irradia tanta ternura que acabo rindiéndome a su encanto.

—Puedes llamarme como quieras.

—Pues, hale, aclarado entonces.

—Bueno, chicas, nosotras tenemos que seguir —comenta la Princess—. Nos vemos luego, ¿ok?

Con el mismo cariño con el que nos han recibido nos despedimos de ellas para volver de regreso a la furgoneta. Las chicas comentan entre sí la confusión de Isabel, y yo simulo estar enfadada con ellas. ¡Quién me iba a decir a mí que echaría de menos las burlas entre nosotras! Claudia nos adentra

en el centro ecuestre entre risas, y todo mi ser se llena de agradecimiento por poder vivir estos momentos. Los árboles, los caballos y la gente con la que nos cruzamos pasan desapercibidos ante mis ojos cuando en mi interior noto el corazón tan hinchado y feliz como hacía mucho tiempo que no sentía.

Capítulo 17

Las famosas obras que oíamos de fondo en las videollamadas no eran otra cosa que el regalo de boda de Arthur. Mantenía alejada a Claudia y le prohibió acercarse porque quería darle la sorpresa. Según ella, hace un par de días la trajo aquí engañada, hasta encontrarse con ella de frente. Es una casa espectacular de dos plantas con un enorme porche techado y un garaje.

—Para nuestro futuro juntos —le declaró al mostrársela—, y para que puedas también compartirlo con tus amigas cuando vengan a visitarte.

Esa declaración de amor enloqueció a la Princess y, a la espera de nuestra llegada, nos la desveló con una radiante sonrisa implantada en la cara cuando llegamos a la puerta.

—¡Qué romántico! —comenta la Sweet emocionada con sólo escuchar la historia. Ella, como siempre, a lo suyo.

La casa, a diferencia de la anterior, donde aún siguen viviendo, es mucho más grande y dispone de muchos más dormitorios.

—Y ¿por qué no os habéis mudado ya aquí?

—Balay, porque...

—De eso me confieso culpable —responde Arthur, apareciendo de repente—. Hola, potrilla —saluda a Claudia, cogiéndola de la cintura para darle un beso.

Apenas lo vi unos días después de mi secuestro, pero he de reconocer que es un hombre que impresiona. Es mucho más guapo que sus clones, aunque no puedo evitar mirarle la entrepierna al recordar a Dieter y a Logan. «Sólo te

falta ver la de Arthur», me susurra mi diablillo, a quien empezaba a echar un poco de menos.

—¡Qué romántico! —vuelve a decir la Sweet, mirándolos con su particular carita de enamorada del amor.

—Eso ya lo has dicho —mascullo en voz baja para que sólo ella pueda oírme.

—Pero es que lo es.

No le contesto. Lo cierto es que verlos juntos es una delicia. Aunque con ello no puedo evitar echar de menos a alguien.

A la hora de la cena, toda la gente importante para nuestra Princess está sentada a la mesa. Toda, excepto las personas que, espero, lleguen a tiempo para la ceremonia. Pese a que estamos a miles de kilómetros y en un país donde la lengua materna es la inglesa, el idioma que se usa a la mesa es el español, algo que agradezco enormemente, y que en cierto modo me alivia.

—¿Te lo estás pasando bien? —me susurra la Sweet en un momento de la velada.

—Sí. Es sólo que no sé nada de Enzo.

—He hablado con Dau antes de sentarnos a cenar.

—Y ¿qué te ha dicho?

—No sabe nada. Sigue a la espera de que tu capitán le dé indicaciones.

—¿Qué habláis? —interviene la Princess, que empieza a sospechar algo.

—Nada importante, no te preocupes —le responde Daniela antes de comenzar un interrogatorio acerca de la boda para desviar el tema.

Ya en el postre, y en un momento en el que unos charlan con otros, me detengo un instante a mirar cuanto me rodea. Ahora entiendo por qué Claudia se trasladó aquí. No fue sólo por amor a Arthur. Las chicas, Isabel, Mati y Carmina, que también nos acompañan en la cena junto con el resto de sus respectivas familias, son personas encantadoras, y sólo hay que verlas para darse cuenta de cuánto la aprecian. Nuestra mejor amiga está muy bien arropada en este lugar, el que ella llama su hogar, y ahora entiendo por qué.

Sonríó y me enorgullezco de ver lo que ha conseguido. Y también lo hago al pensar en lo que aún le falta por recibir, lo que me recuerda que todavía debo hablar con alguien.

Cuando todos se marchan, incluido Arthur, que es el último en despedirse de nosotras, las chicas y yo nos quedamos en el salón, embutidas en pijama y con un cubata en la mano.

—Entonces ¿nosotras vamos a estrenar esta casa? —pregunta la rubia mirando a su alrededor.

—¡Madre mía, Sweet! ¡Cómo debes de ir para preguntar eso a estas alturas!

Claudia lo dice porque, nada más llegar, nos instalamos en nuestras respectivas habitaciones.

—¡Entonces hay que hacerle el alboroque! —grito levantándome del sofá y alzando los brazos.

Las tres vamos igual de perjudicadas. El alcohol corre a sus anchas por nuestras venas, y mi proposición no tarda en ser secundada. La Princess, que es la única que conoce dónde está cada cosa, se dirige hacia un pequeño armario que esconde un equipo de música. Con los primeros acordes de la canción que pone a todo volumen, las tres nos ponemos a bailar como locas. Hacía tanto tiempo que no estábamos así que logro olvidarme del resto del mundo para disfrutar única y exclusivamente de ellas.

—¡Acabo de acordarme de que teníamos que organizarte una despedida de soltera! —grita la Sweet cuando ya llevamos unas cuantas canciones.

—¿Qué mejor despedida que ésta? —apunta la Princess, abrazándonos a las dos.

Tiene toda la razón del mundo, y así se lo hace saber la rubia, quien, más contenta y borracha que ninguna de las tres, nos anima a seguir dando botes y bailando hasta caer exhaustas.

El centro ecuestre es mucho más bonito de lo que me había imaginado. Claudia nos había mostrado imágenes del lugar, pero ninguna le hacía justicia a lo que es en realidad. Pese a la resaca de anoche, la Sweet y yo seguimos a nuestra anfitriona, que, con una sonrisa que le llena el alma, nos muestra todas las instalaciones. La visita que más me entusiasma es la del establo, donde están *Desbocado* y *Valiente*. La belleza de estos dos ejemplares me deja sin habla. La Princess nos enseña cómo acercarnos a ellos, y el resultado bien merece la pena. Acariciar a unos caballos como ellos es algo que me agrada y me sorprende al mismo tiempo.

Al caer la tarde, recibo la llamada que tanto tiempo llevo esperando. Por fin mi capitán ha podido resolver lo que tiene pendiente, y me informa de la hora de su vuelo. En cuanto acabo de hablar con él y de decirle cuánto lo echo de menos, voy al encuentro de Daniela.

—Tenemos que hablar con ella —manifiesto en cuanto la veo.

—¿Ya?

—Llevo deseando hacerlo desde que puse un pie en este país —me quejo.

—Lo sé. Es sólo que...

—Te entiendo —la interrumpo—. A mí también me gustaría alargar estos días. Me pasaría semanas enteras con vosotras y disfrutando de este sitio encantador. Pero la boda es pasado mañana, y debemos prepararla.

—No sé, Balay. Es que aún es pronto.

—¿Pronto para qué? —interviene Claudia, quien, tras acabar de hablar con un empleado del centro, regresa junto a nosotras para seguir con la visita guiada.

—Tenemos que hablar contigo —afirmo en un tono más serio de lo habitual.

—Me estás asustando. ¿Qué ocurre?

—¡La muy idiota, que quiere que la enseñes a montar a caballo! —suelta de pronto la Sweet, ganándose mi mortífera mirada.

Aunque de nada me sirve. En cuanto me vengo a dar cuenta estoy sobre *Roca*, el caballo con el que aprendió a montar la Princess. Pese a verme envuelta en la loca idea de la rubia, enseguida me divierto como una niña pequeña a lomos del animal. Mi felicidad es tal que hasta la precursora se apunta a probarlo. Las risas que nos echamos nos duran toda la tarde y nos acompañan hasta caer la noche, momento en el que, por segunda vez, organizamos nuestra segunda y particular fiesta. De nuevo confesiones, recuerdos, carcajadas y mucho alcohol. La Princess tenía razón, no había mejor despedida de soltera que poder estar juntas. Y sé que las tres llevaremos estos días grabados a fuego en nuestra memoria.

Quedan veinticuatro horas para la boda y yo ya empiezo a sentir los nervios. Aunque no soy la única. La Sweet está igual que yo, pues ambas sabemos que aún tenemos algo pendiente. La Princess, en cambio, es la única que parece mantener la calma, pese a ser ella la que va a contraer matrimonio. Siempre ha sido muy calculadora y lo tiene todo tan milimétricamente organizado que le permite el lujo de ser la única de las tres en estar relajada. Nos ha mostrado el vestido que llevará para darle el «sí, quiero» a Arthur, el lugar donde tendrá lugar la ceremonia y todo lo relacionado con el enlace.

A media mañana, tras mirar el reloj más de diez veces seguidas, le pido a Claudia que nos lleve al aeropuerto.

—¡A por vuestros novios! —suelta socarrona mientras coge las llaves de la furgoneta.

—En realidad..., es algo más que eso —aclaro con un nudo en la garganta—. Es tu regalo de bodas.

Ella nos mira sin entender nada.

—Llévanos y lo verás —manifiesta la Sweet.

Durante el trayecto al aeropuerto, nuestra anfitriona no deja de hacernos preguntas. En realidad, le hemos comprado un Smartbox con una escapada a Nueva York para dos personas durante cinco días. Aunque estamos seguras de que lo que está a punto de aterrizar le gustará mucho más.

Por megafonía anuncian la llegada del vuelo desde Ámsterdam, lugar donde hace escala el vuelo hasta aquí. Mientras aguardamos, noto cómo el corazón me late con fuerza dentro del pecho. Estoy a punto del infarto con las taquicardias que me están dando. Pero mi ahogante sensación se calma en cuanto lo veo aparecer junto a Dau. Apenas puedo mantener los ojos abiertos por lo alzadas que tengo las mejillas. ¡Si sonrío más, reviento!

—¿Vuestros hombres son mi regalo de boda? —suelta la Princess al verlos caminar hacia nosotras, tirando de sus maletas—. No sé si lo sabéis, pero con mi Arthur tengo más que suficiente.

—Espera a quitar el envoltorio —digo sin dejar de mirar a Enzo.

Cuando apenas unos metros nos separan, mi capitán y el escocés se alejan lo suficiente entre sí para que desde nuestra posición podamos ver quién va detrás. La figura de Paqui aparece entre ambos hombres, provocando con ello la irremediable tensión de Claudia.

—¿Esto a qué viene? —masculla molesta y en voz baja para que sólo nosotras podamos oírla.

—Princess, mírame —le pido. Ella obedece—. Abre tu mente, porque te aseguro que esto no es nada comparado con lo que te espera.

—¿Abrir mi mente? No sé si es precisamente eso lo que debo hacer.

—Prométenos que lo harás —me da tiempo a decirle justo un segundo antes de que los tres lleguen hasta nosotras.

A mediodía, todos nos reunimos alrededor de una mesa para comer en la nueva casa. Claudia, que aún sigue molesta porque su madre haya venido sin ser invitada, aguanta el tipo como buenamente puede mientras hace de perfecta anfitriona. Enzo, Dau, Daniela y yo no dejamos de mirarnos unos a otros esperando el gran momento. Pero Paqui nos ha pedido que aguardemos a que sea ella quien saque el tema. A mi capitán le suda la mano con la que me

agarra bajo la mesa, y yo intento secársela acariciándome el pantalón por encima del muslo. El amor contenido convierte la reunión en extraña, pese al intento de la Sweet y mía por aparentar normalidad. Tras el postre, y hartos de conversaciones banales que no llevan a ninguna parte, Paqui le pide a Claudia poder hablar con ella a solas.

—Lo que tengas que contarme puedes hacerlo delante de todos —expone ella con tirantez en el timbre de su voz.

Paqui nos mira al resto pidiendo una aprobación, que le llega con un simple gesto con la cabeza. Todos los que estamos a la mesa conocemos la historia, a excepción de la Princess y de Arthur, quien, al igual que su futura esposa, no ha podido evitar mostrarse tenso durante toda la comida.

—Está bien —acepta ella.

Con la misma entereza que en ocasiones anteriores he visto en esta mujer, la madre de nuestra mejor amiga y del amor de mi vida toma su copa de vino ante la atenta mirada de todos. Sentada frente a Claudia y junto a Enzo y Dau, Paqui da un pequeño sorbo, tras el que deja la copa sobre la mesa con una calma honorable. El silencio es tan abrumador que hasta puedo oír los latidos de cuantos estamos aquí. Todos aguardamos expectantes envueltos en un halo de nerviosismo. El gran momento ha llegado, y por fin va a ver la luz, tras once largos años en penumbra.

Capítulo 18

Paqui

—Guardar un secreto durante años no sólo no es fácil, sino que, con el tiempo... —hago una pequeña pausa para tomar aire—, te calcina el alma y las entrañas.

—Tal vez si no escondieras cosas no se te calcinaría nada.

—¡Claudia! —la riñe Vera.

—No importa. —Niego con la cabeza y le pido con la mirada que no intervenga—. Comprendo cómo te sientes —le digo cuando vuelvo a mirarla—. Me marché sin darte una explicación y ahora ha llegado el momento de dártela.

—¡Pues ya está bien!

Enzo se revuelve en la silla. Bajo la mesa, poso mi mano sobre la suya para intentar calmar su inquietud. Sé que esto tampoco es fácil para él, pero le he pedido que tuviera paciencia llegado el momento y debo asegurarme de que va a cumplir su promesa. Un corto aunque fuerte apretón me confirma y me da la señal que necesito.

—Te propongo un trato. —Vuelvo a la carga con Claudia—. Podrás decirme todo lo que quieras, incluso echarme de tu casa y la de Arthur —digo mirándolo también a él a los ojos—. Incluso, si es tu gusto, no asistiré a la boda y me marcharé a España en el primer vuelo que salga. Pero, a cambio, te pido que escuches todo lo que tengo que contarte. Sin interrupciones. Sin detenerme a cada frase que diga. Lo que vas a oír no es plato de buen gusto

para ninguno de los que estamos aquí. Pero mereces saber la única y auténtica verdad.

Vera y Daniela le piden que acepte. Ella duda intranquila, hasta que se encuentra con los ojos de su futuro marido.

—Hazlo, potrilla. Te lo debes.

Su firmeza consigue que ella acabe cediendo. Sólo un gesto con la cabeza, un asentir, y mi mente comienza a viajar treinta y seis años atrás.

—Yo era muy joven la primera vez que me enamoré. Todavía no había estado con ningún hombre cuando conocí a Grisha. Él era ruso y su forma de hablar enseguida me encandiló. Llamó mi atención en cuanto lo vi. Por aquel entonces trabajaba de camarera en una pequeña cafetería del centro de Valencia. Nuestros clientes eran asiduos de la zona, y la llegada de un ruso al barrio pronto fue la comidilla. Tenía un don para caer bien a la gente y era guapo hasta doler. Su pelo negro contrastaba con su peculiar forma de hablar. A mí me gustaba charlar con él cuando venía a la cafetería y se pasaba horas en la barra contándome mil y una historias de su país. Me engatusó, y al poco tiempo me pidió una cita. Al principio me negué, pero ya me había enamorado de él... y acepté. Aquella primera cita precedió a muchas otras. Hasta que supe que estaba en estado. —El gesto de espanto en el rostro de Claudia provoca que sus amigas se apresuren a pedirle paciencia con las manos—. La noticia cayó en casa como un jarro de agua fría, y mi padre me echó. Ese mismo día perdí el trabajo y me quedé en la calle, sola y sin un sitio adonde ir. Nadie de mi familia quiso acogerme y sólo había una opción posible: el padre del bebé que estaba engendrando. Pero él ya no se encontraba en casa. Ni siquiera estaba en la ciudad. Se había marchado a Rusia por negocios y no se sabía cuándo tenía pensado volver. Así me lo dijo su vecina del chalet de al lado, la única que no vio con malos ojos que me quedara a dormir bajo su porche, que me alimentó y me permitió usar su baño cuando lo necesité. Aquéllos fueron los peores días de mi vida. Al menos, así lo creí en aquel momento. Cuando regresó y lo vi aparecer, me abalancé sobre él. Recuerdo

que lo hice con tanta fuerza que los dos caímos al suelo. Esa fue la primera vez que me gritó.

Me detengo un momento. Necesito algo de beber y mi copa está vacía. Dau, como buen escocés que es y caballero hasta la médula, se adelanta a mis movimientos y me rellena la copa justo antes de entregármela.

—Gracias —murmuro en un susurro.

—De nada.

Doy un pequeño sorbo. El suficiente para humedecer mi garganta y poder continuar.

—Grisha tampoco se tomó nada bien la noticia. Pasé de ser un entretenimiento a ser una carga para él. Si pensaba que la ira de mi padre había sido demasiado dura y que no habría nadie que se enfadase como él era porque no conocía realmente al hombre de quien me había enamorado. A los gritos les siguieron las vejaciones cada vez que cometía un error, por pequeño que fuese. Había aceptado que viviera con él, pero no a cualquier precio. Él sólo quería una esclava que le mantuviera la casa limpia y la comida preparada a su llegada. En todos los meses que duró el embarazo, no volvió a tocarme. Sexualmente hablando, claro está. Del otro modo, se volvió experto, y acabó convirtiéndolo en una rutina. Cada vez que llegaba ebrio a casa, me esforzaba en ser aún más amable con él para evitar que me levantara la mano. Algunas veces lo conseguía. La mayoría, no.

Bebo de nuevo. Los ojos de Claudia ya no reflejan rencor hacia mí, y eso me impide seguir hablando.

—Lo estás haciendo muy bien —me susurra Vera, quien, de reojo, observo cómo acaricia y calma a Enzo bajo la mesa.

—Aquellos meses fueron muy duros para mí. Pero también muy entrañables. Sentía cómo mi bebé iba creciendo y cómo se movía en mi interior. Él era quien me daba fuerzas para seguir adelante. Fue entonces cuando empecé a planear mi huida. Necesitaba algo de dinero para poder marcharme y mantenernos a ambos. Siempre había sido muy buena con los

números y, con la ayuda de la vecina, conseguí llevar la contabilidad de algunas de sus amistades. Lo hacía a escondidas de Grisha, por supuesto. Yo desconocía cuáles eran sus negocios. Nunca me contó nada al respecto, como tampoco me contaba nada de lo que hacía cada vez que salía por la puerta de casa. Ése era el mejor momento del día..., ver cómo se marchaba y saber que las horas que tenía por delante podía volver a ser yo misma. El embarazo estaba ya muy avanzado cuando reuní el dinero suficiente. No era mucho, pero me bastaba para poder marcharme y dar a luz a mi bebé lejos de él. Aún conservo en mi memoria aquella vieja mochila en la que guardé las pocas cosas que me quedaban. Y cómo, al abrir la puerta, mis esperanzas se desvanecieron.

—¿Era él? —me pregunta Arthur, quien, sin perder ni un solo detalle, acaricia sin cesar el hombro de mi hija.

—No. Era Gerardo quien estaba al otro lado. En aquel momento no supe su nombre, claro está, pero no tardé mucho en saberlo.

—¿Qué pasó? —Ahora es Dau quien se interesa por la historia. Claudia, en cambio, permanece en absoluto silencio por nuestro acuerdo.

—Gerardo se presentó en la casa vestido de uniforme. Era capitán de la Guardia Civil y vino preguntando por Grisha. Le dije que no sabía dónde se encontraba. Era verdad, pero él no me creyó. O, al menos, así lo interpreté. Empezó a hacerme preguntas sobre nuestra relación y sobre la mochila que llevaba en la mano. Yo estaba tan nerviosa y era tan ingenua en aquella época que acabé inventándome una historia nada creíble. Él supo al instante que no decía la verdad, y le pidió al agente que lo acompañaba que nos dejase a solas. Recuerdo que necesité esforzarme más de lo necesario para concentrarme y escuchar lo que me decía. En mi mente sólo estaba la idea de que Grisha podría aparecer en cualquier momento y que mi sueño de escapar de él se vería truncado. Finalmente, oí algo sobre operación encubierta, micros y poco más. Accedí a todo cuando Gerardo me ofreció la oportunidad de ser libre. Le pregunté si había algo de cierto en sus palabras y me aseguró

que sí, que lo único que tenía que hacer era ayudarlos a coger a Grisha. Necesitaban su confesión y su mejor baza era yo. En aquel momento sentí una patada de mi bebé a la que le siguieron muchas más. Estaba contento, parecía haber entendido lo que el capitán me había pedido, y me tomé aquello como una señal. Acepté.

De nuevo doy un sorbo a mi copa. Todos permanecen atentos a mi relato, y yo me animo a continuar:

—Aquella misma semana, el dispositivo estaba listo. Una agente vino a casa a colocarme el micro bajo la ropa. Era primavera y podía ocultar perfectamente el cable. No recuerdo haber estado más nerviosa en toda mi vida. Pero era él o mi bebé, y tenía que poner todo de mi parte. Repasamos las instrucciones una última vez y los agentes me dejaron sola en casa. Ellos estarían aguardando y grabándolo todo desde una furgoneta en la acera de enfrente. La cerradura de la puerta no tardó en crujir. Había llegado el momento de representar mi mayor papel. Tomé aire, que retuve en cuanto lo vi aparecer más sobrio que nunca. Solía llegar a casa más bebido de la cuenta, lo que me habría permitido sacarle información. De lo que vino a continuación sólo guardo vagos recuerdos. Grisha me descubrió enseguida; no era habitual que me interesara tanto por lo que él hacía, y en un forcejeo me rasgó el vestido y encontró el micro.

Esta vez me detengo por el nudo que tengo en la garganta. Para mi sorpresa, veo que todos hacen lo mismo y me acompañan en el gesto.

—Si quieres, podemos hacer una pausa —me susurra Enzo, cogiéndome de la mano. Ahora es él quien me infunde la calma que tanto necesito.

—No, tranquilo, estoy bien.

Claudia nos observa en silencio. Sé lo inteligente que es, y sospecho que ya ha deducido por qué Enzo es tan afectuoso conmigo. Aun así, le he dado mi palabra, y continúo con el relato.

—En cuanto Grisha supo que le había tendido una trampa, me amenazó con matarnos, a mí y al bebé. Me juró que no pararía hasta dar con nosotros y que

nos haría pagar lo que le había hecho. Los pasos de los agentes ya se oían llegar hacia la casa, y él logró huir por la parte de atrás. Esa noche no pude pegar ojo, pese a que la pasé en una casa de acogida, rodeada de gente. La Guardia Civil no logró dar con su paradero, y al amanecer se supo que ya no estaba en el país.

—¿Y el bebé? —me demanda Claudia, mirándonos a Enzo y a mí de forma alternativa.

—Deja que acabe la historia —interviene Daniela.

Claudia no parece muy convencida, pero al ver que todos desean que llegue al final, acaba cediendo.

—Gerardo me comunicó esa misma mañana que no podían garantizar mi seguridad. Aquello fue como un jarro de agua fría para mí. Y fue entonces cuando me propuso una salida. Era una alternativa que nada tenía que ver con el Cuerpo, sino que me la ofrecía a título personal. No entendía cómo, sin conocerme, podía confiar tanto en mí, pero lo cierto es que lo hizo desde el primer instante en que le abrí la puerta aquella tarde. Supo ver donde otros no podían, y me sugirió hacer algo al margen de la ley. Es curioso cómo mi vida cambió en tan pocos meses. Había pasado de ser una simple camarera de barrio a verme implicada en algo que escapaba a mi entendimiento. Esa misma noche, la casa donde Grisha y yo vivíamos ardió en llamas. El chalet quedó reducido a cenizas con el cuerpo calcinado de una mujer embarazada en su interior.

El grito ahogado de Claudia no me pasa desapercibido, como tampoco su mirada, en la que ya no hay ni un pequeño resquicio de rencor u odio hacia mí. Su entereza y lo orgullosa que me siento de ella, al igual que de Enzo, me animan a continuar hablando.

—Gerardo se aseguró de que la noticia saltara incluso a la prensa internacional. Debíamos hacerle creer que el bebé y yo habíamos muerto. Ahí descubrí lo importantes que son los contactos. Tiró de un profesor de la universidad para el cuerpo, de un redactor jefe de un periódico de tirada

nacional, entre otros, y de Concepción, la madame de La Mansión I, y mi otro ángel de la guarda. Ella me acogió en su casa y me trató como a una hija. Incluso estuvo conmigo durante el parto para que no diese a luz sola. Lo que estaba viviendo era una auténtica pesadilla, pero —giro el cuello para mirar a Enzo— todo cambió en cuanto le vi la cara. Era el niño más guapo que había visto jamás.

—¿Eres mi...?

Claudia no puede acabar la frase, y yo lo hago por ella:

—Hija, él es Enzo, tu hermano.

Ambos se miran, y ella se levanta de un salto para rodear la mesa y llegar corriendo hasta él. Enzo, animado por Vera, se incorpora y recibe a su hermana para fundirse en un entrañable abrazo. Los dos lloran sin consuelo. Y no son los únicos. Todos los que estamos aquí lo hacemos con ellos.

—Tengo un hermano —balbucea Claudia sin soltarse de sus fuertes brazos.

Dau, testigo de la escena como el resto, le hace un gesto a Arthur y éste asiente. Emocionado al igual que todos, se levanta y toma asiento junto al anfitrión para cederle su silla a Claudia. Cuando los dos hermanos dan por finalizado el abrazo, Enzo la invita a sentarse a mi izquierda, en el lugar donde hasta hace un momento estaba el novio de Daniela. Ella accede encantada, limpiándose las lágrimas de los ojos.

—Sigue, mamá —susurra cogiéndome de la mano.

Su tacto logra emocionarme como pocas veces. Enzo sabe lo que me ocurre, y me agarra el muslo para transmitirme su entereza. Tomo un nuevo sorbo y, llena de felicidad como hacía mucho tiempo que no sentía, continúo mi relato.

—Enzo es el vivo retrato de su padre. Pero, a diferencia de ese monstruo, él tiene el alma pura. Y no fui la única en darme cuenta. Fue entonces cuando Gerardo me sugirió que me cambiase el nombre.

—¿Cómo te llamabas?

—Salvadora es mi verdadero nombre. Aunque todos me llamaban Salvi.

—Es un nombre precioso —comenta Vera, secundada por Daniela.

—¿Qué ocurrió con el ruso? —interviene Arthur, que, pese a estar emocionado como el resto, aún se muestra tenso y distante.

—Que hayamos llegado a escasas horas de la boda es precisamente por eso —aclara Enzo.

—¿Qué quieres decir?

—Gracias, hijo, pero déjame que sea yo quien lo aclare. —Él asiente, y yo aprovecho para dirigirme a Arthur—: Sé que estás preocupado por lo que pudiera pasarle a Claudia. No hay nada más que verte para saber cuánto la amas. Pero puedes estar tranquilo. Él no volverá a molestarnos.

En cuanto observo cómo sus hombros se relajan, me animo a proseguir.

—Me cambié el nombre por el de Paqui, dejando atrás el pasado. Se me había dado la oportunidad de comenzar una nueva vida, y debía aprovecharla. Intenté que Concepción me diese trabajo de camarera en La Mansión I por sentirme en deuda con ella, pero Gerardo se negó en rotundo. La Mansión I era un lugar muy concurrido por gente importante, y corría el riesgo de que alguien relacionado con Grisha me viera. Así que me limité a llevarle las cuentas y a ocultarme cuando los clientes llegaban. Aquél no era el lugar idóneo para vivir, pero nos mantuvo a salvo durante bastante tiempo. Enzo fue creciendo, y pronto se convirtió en el niño mimado de las chicas. Todas adoraban a aquel mocoso que correteaba cuando el negocio no estaba abierto al público. Aunque ninguna lo quería tanto como Concepción. Para ella era como el hijo que no había podido tener. Al igual que para Gerardo, quien nos visitaba a menudo para asegurarse de que estábamos bien. Fueron unos años maravillosos. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía protegida y querida por la gente que me rodeaba. Teníamos todo lo necesario para ser felices. Aprendí los entresijos del negocio y la relación que realmente unía a Concepción y a Gerardo. Ella colaboraba con él a cambio de protección. La información que ella le facilitaba ayudó a que la Guardia Civil pudiese resolver muchos casos. Su papel era muy importante, y todo debía quedar

entre ellos pasara lo que pasase. Fue entonces cuando supe de los negocios turbios en los que Grisha andaba metido. Y, lo que es peor, su forma de saldar las deudas que sus clientes contraían con él. Averigüé que era un capo de la mafia muy influyente en su país, y que no le temblaba el pulso para liquidar a quien se interpusiera entre él y sus objetivos. Era muy meticuloso, aunque también vanidoso, motivo por el que a todos ellos les introducía una moneda de un rublo en la boca. Su fama era conocida y temida en su país, y fuera de él.

—¿Cuándo conociste a papá?

—Lo conocí poco tiempo después. Un día Gerardo vino a visitarnos y lo vi más nervioso de lo habitual. Le pregunté qué le ocurría y me confesó que Grisha había vuelto a España. No lograron dar con él. Y, aunque estábamos a salvo, no podía evitar temer por nosotros. Así pues, tomé una de las decisiones más importantes de mi vida: renunciar a la custodia de Enzo. —Hago una pequeña pausa para tomar aire antes de continuar—. Concepción no lo dudó ni un segundo cuando se lo propuse. Ella sentía pasión por él, y ambas sabíamos que nadie mejor que ella para cuidarlo y asegurarle un futuro seguro. Él aún era muy pequeño, y aunque sabía que yo era su madre, pronto empezó a llamarla mamá a ella también. Fue entonces cuando me marché. No me alejé mucho de él; no pude. Encontré trabajo en una pequeña oficina por recomendación de Concepción y me instalé en un pequeño apartamento cerca de donde vivía tu padre. Nos conocimos en el despacho. Mi jefe era su asesor, y no tardamos en hacernos amigos. Fue amor a primera vista para los dos. Iniciamos nuestro noviazgo al poco tiempo, hasta que acabó pidiéndome que me casara con él. Acepté sin pensarlo. Estaba profundamente enamorada de aquel científico loco que me agasajaba con cientos de detalles y que supo mostrarme lo que era el verdadero amor. Era muy cariñoso conmigo, y eso me gustó. Aunque mi secreto debía seguir guardado a buen recaudo. Y ya no sólo por Enzo y por mí, sino también por él. Mi vida había cambiado por completo, debía pasar página y acogí con los brazos abiertos la oportunidad que se me

brindaba. Así llegaste tú. Eras la niña más hermosa que había visto jamás. Muy larga, pero preciosa.

—No, si larga sí que es —comenta Vera, arrancándonos una sonrisa a todos.

—¿Seguiste viendo a mi hermano?

—Sí —responde él—. Venía a verme a menudo. Fui afortunado por tener dos madres.

Enzo me acaricia el hombro, y Claudia nos mira a ambos con ternura infinita.

—Sé que llevas preguntándote demasiado tiempo por qué te abandoné —digo mirándola a los ojos.

—Lo cierto es que sí.

—Yo era muy feliz con tu padre y contigo —prosigo—, y con la doble vida que llevaba. Acepté que era lo mejor para todos. Tú estudiaste lo que más te gustaba y Enzo ingresó en la Guardia Civil. Quería ser como Gerardo, al que siempre consideró su verdadero padre. Fue la época más feliz de toda mi vida. Todos estábamos bien. Hasta hace once años... —Esta vez hago una pausa para coger mi copa. Un nuevo nudo en la garganta me impide seguir.

—¿Quieres que siga yo? —susurra Enzo.

—No. Puedo —aseguro dejando la copa sobre la mesa—. La segunda decisión más dura de mi vida fue hace once años. Gerardo apareció muerto en su casa. Al principio pensaron que había sido un suicidio, pues su arma estaba en su mano y la bala que encontraron en su cabeza procedía de su pistola. Pero yo supe enseguida que no era cierto. Supe incluso quién había sido por el rublo que llevaba en la boca. Esa información no se dio a los medios. Me la facilitó un compañero y amigo suyo. El temor de que Grisha hubiese dado conmigo y conociese toda la verdad me obligó a marcharme y a inventarme aquella excusa que os di a ti y a tu padre. Abandonaros fue la segunda decisión más dura de mi vida. Pero amaba a tu padre como a ningún otro hombre, y alejarme de vosotros era el acto de amor más grande que podía hacerlos.

Regresé al único sitio donde me sentía a salvo: La Mansión. Concepción volvió a acogerme. Aunque de nuevo se abrió ante mí otro frente. Al poco tiempo de estar allí, cayó gravemente enferma. Ella conocía su enfermedad desde hacía más de un año, pero decidió ocultarlo hasta el último momento. En su lecho de muerte, me hizo prometerle que me encargaría del negocio. No sólo debía velar por las chicas, sino por la labor tan importante que llevaba años realizando con la Guardia Civil. No tenía adónde ir, allí estaba a salvo, y acepté sin dudarle. Murió a mediodía, rodeada de todos los que la queríamos.

—¿A las doce y veinte? —pregunta Vera.

—Sí, cariño —le responde Enzo—. Mi tatuaje es por ella.

—Se lo tatuó el mismo día que falleció —aclaro acariciándole el rostro. Me sentí tan orgullosa de él que aquella maravillosa decisión no podría haberme hecho más feliz.

—Precioso detalle —comenta Claudia.

—Gracias.

—El resto de la historia es fácil de adivinar —continúo—. Me hice cargo de La Mansión, remodelé con el dinero que Concepción tenía guardado el chalet y adopté el tercer papel que se me brindaba. Así estuve diez años, hasta que tu padre falleció. Lo primero que pensé fue que todo lo que había hecho por protegeros no había servido de nada. No podía arriesgarme a que nadie me viera en el entierro, y decidí volver a casa en busca de algún documento que me relacionara con mi pasado y que se me hubiese podido pasar antes de marcharme.

—Fue cuando te vi.

—Sí, hija.

—Por favor, perdóname. He sido muy dura contigo todo este tiempo.

—Señal de que hice bien mi parte —argumento acariciándole el rostro a ella también—. No tienes por qué disculparte. Es lógico que actuaras así. Quiero que sepáis, los dos —digo mirando a uno y a otro—, que es imposible sentirse más orgullosa de unos hijos como me siento yo de vosotros.

Ambos me abrazan entre sollozos.

—¿Y el ruso? —interviene Arthur inquieto.

—Disculpa. Tienes razón. Aún me falta por contaros esa parte. Hace unas semanas supimos que había dado con Enzo. Que diera conmigo y con Claudia era sólo cuestión de tiempo. Él —digo mirándolo a los ojos— no dudó un segundo en enfrentársele infiltrándose en el caso. Siempre ha sido muy valiente. Y una vez más debía velar por nosotras.

—Lo que viene a continuación —comenta Enzo tomando la palabra por mí — es la forma en que se resolvió el caso. Grisha vino a cerrar un negocio y la deuda que tenía pendiente. Pero Vera y Daniela se interpusieron en su camino.

—Yo sólo colaboré un poco —aclara la rubia—. El mérito es todo de ella —asegura señalándola.

—En resumen, Paqui apareció en el momento adecuado y le disparó para salvarme la vida. No hemos podido venir antes porque estábamos a la espera de que el juez decretara su libertad sin cargos, y del permiso especial que le permitiera salir del país.

—Yo hay algo que quiero decir —interviene Claudia mirándonos a todos—. Y espero que no te sienta mal, cariño —le indica a su prometido.

—Creo que sé por dónde vas. Adelante —la anima él.

—Mamá, hermano... —Claudia nos mira y los dos la escuchamos con atención—. ¿Me concedéis el honor de ser la madrina y el padrino de nuestra boda?

—Por supuesto que sí —responde Enzo.

—¿Y tú, mamá? ¿Qué me dices?

—La vida me ha ido poniendo piedras en el camino. Tal vez demasiadas. E incluso algunas difíciles de superar. Pero no quitaría ni borraría nada del pasado si el final del trayecto es acompañarte al altar. El honor es mío, hija. Por supuesto que sí.

Epílogo

Al alba, Enzo me despierta al girarse hacia mí y echarme el brazo por encima. Lo de ayer fue maravilloso, pero nos dejó a todos agotados. Pasamos el resto de la tarde contando historias, recuerdos, vivencias. El verdadero amor nos abrigaba a cada uno de nosotros de un modo casi mágico. Ninguno queríamos dar por finalizada la velada, aunque cuando faltaban unos minutos para las doce de la noche, Arthur se despidió de nosotros para marcharse a la vieja casa. La tradición de no poder ver a la novia el día de la boda hasta el momento de la ceremonia dejó al anfitrión algo molesto. Llevaba días sin dormir con la que hoy se va a convertir en su mujer, y ya empezaba a inquietarse. Sonríó al recordarlo.

Con cuidado de no despertarlo, me giro para poder mirar a Enzo. Es mucho más guapo que el cerdo de su padre. Y, como dijo su madre, él tiene alma. Ahora sé por qué le molestaba que lo llamásemos por su nombre. Según me contó anoche, su madre le puso ese nombre por su significado: «el amo de la casa», «el señor de su morada» o «el príncipe de sus tierras». Pero él lo detestaba porque representaba la rememoración de una huida y el impedimento de poder vivir en libertad. En cuanto lo supo y conoció la historia de boca de su madre, quiso cambiárselo por el del que consideraba su verdadero padre, Gerardo. Paqui se empeñó en que no lo hiciera porque era su nombre, y porque, a diferencia de lo que él pensaba, para ella representaba una segunda oportunidad y la posibilidad de una vida por la que ella tanto luchó por conseguir. Orgullosa, lo miro y doy gracias al mundo por tenerlo a mi lado.

La pista cubierta es el lugar escogido por los novios para la ceremonia. Los invitados aguardan impacientes cuando Daniela y yo, nombradas damas de honor de última hora, caminamos por el pasillo que hay entre ellos. Al menos cien personas han venido a ser testigos del gran momento, y todos ellos nos observan llegar hasta el altar, un precioso rincón ornamentado con un arco de flores blancas y hojas de un verde intenso. Una vez allí, la Sweet y yo nos colocamos en el lado izquierdo a la espera de los padrinos, que, tras nosotras, caminan sonrientes hasta situarse al otro lado del altar. Enzo, que viste impecable con un traje hecho a medida y radiantemente guapo, me guiña un ojo. Derretida como un helado en pleno mes de agosto, le regalo una picarona sonrisa.

—Estás preciosa —puedo leer en sus labios, pese a estar a unos pasos de mí.

Debe de ser, al menos, la décima vez que me lo ha dicho en lo que llevamos de mañana, pero me gusta tanto que me lo diga que mi respuesta se limita a ser la misma que en las anteriores ocasiones:

—Lo sé.

El sonido de las herraduras contra el suelo nos avisa de la llegada del novio. Montado sobre *Desbocado*, llega hasta el borde de la pista, donde desmonta y ata al caballo a uno de los troncos que forman la valla que la rodea. Con una sonrisa nerviosa y una planta que quita el sentido, Arthur saluda con un rápido gesto a los invitados y se coloca en su lugar del altar.

—Dime que te has traído los pañuelos —susurra la Sweet.

—Claro, los llevo en la mochila que llevo a la espalda —me mofó.

—Hablo en serio, Balay. Estoy a punto de convertirme en una fuente.

—¿Y los tuyos?

—Me los he dejado en la habitación de la Princess.

Las dos, junto a su madre, hemos ayudado a la novia a vestirse antes de

venir aquí.

—Pues pídele a Dau que te los traiga.

—Como si eso fuese tan fácil. Míralo, si me lo tienen secuestrado.

En cuanto giro el cuello y miro hacia su posición, me obligo a retener las carcajadas. Dau está en primera fila, rodeado de Isabel, Mati y Carmina, que no dejan de tocarlo y alisarle el traje. Hasta con un poco de esfuerzo puedo ver el charco de babas que las tres tienen bajo sus pies.

—Me da que no han conocido nunca a un escocés como él.

—Es que no existe nadie como él —me replica la Sweet, orgullosa y enamorada como nunca.

De nuevo, el sonido de un caballo llama nuestra atención. Todas las miradas se dirigen hacia el fondo de la pista. Y allí está ella. Subida a *Valiente*, la yegua que Arthur le regaló por su cumpleaños. Sentada de lado a lomos del animal, con una cola que casi llega hasta el suelo, Claudia llega hasta *Desbocado* y desmonta de un salto. Me sorprendo al ver lo mucho que domina el mundo ecuestre. La camarera valenciana a la que admiro y quiero con locura de toda la vida ha encontrado su lugar, y yo no puedo sentirme más feliz por ella. Con *Valiente* atado al tronco, la Princess llega hasta el altar, radiante como sólo ella podría estarlo, con un precioso vestido de crepé y unas botas vaqueras de color marrón. Bicho y princesa..., ésa es nuestra Claudia.

La ceremonia, a diferencia de otras a las que he asistido, en las que me paso la mayoría del tiempo en la puerta de la iglesia o en el bar más cercano, es mucho más corta. El sacerdote que oficia la boda, amigo de Arthur, los convierte en marido y mujer en apenas unos minutos, tras el intercambio de anillos que Enzo recoge del cuello de *Desbocado* y *Valiente*, convertidos también en los pajes de la boda.

—Puedes besar a la novia —anuncia el clérigo.

Los gritos y los vítores no se hacen de rogar. Y, con ellos, llega la celebración que tiene lugar al otro lado de la pista cubierta. Todo el mundo se

divierte y charla de forma animada mientras degustamos el menú. La boda ha sido entrañable y, por suerte, la cantidad de lágrimas que ha derramado la Sweet no ha hecho necesario el uso de flotador o tener que sacar canoas.

Tras la tarta, más seca que la mojama, pues aquí no bañan el bizcocho y lo cubren todo con fondant, llega el momento del baile. Como no podía ser de otro modo, la canción escogida que suena por los altavoces es una canción country.

—*Every Storm*, de Gary Allan —me aclara Dau cuando le pregunto por ella.

La Princess y el antiguo Trunkman que tanto la enamoró, por mucho que ella lo niegue, bailan la hermosa canción ante la atenta mirada de todos. Sólo hay que ver la forma en que se miran para saber que están hechos el uno para el otro y lo mucho que se aman. Enzo, de quien descubro cada día más cosas que sólo hacen que aumente mi amor por él, se incorpora de la silla y le ofrece a su madre bailar tendiéndole la mano. Ella, radiante como nunca la había visto, acepta encantada y ambos se unen a los novios en el centro de la pista. Dau y la Sweet se animan y también se dirigen hasta ellos para bailar igual de agarrados. Cuando miro a mi alrededor, me doy cuenta de que me he quedado sola en la mesa principal. Cansada de los tacones, decido quedarme descalza.

«Baila con el caballo», me suelta mi diablillo. Río. Río a carcajadas por la situación y por no cometer *diablillocidio* en pleno convite de bodas. Mis locos pensamientos son interrumpidos por Roberto, el hijo de Isabel, que no debe de tener más de quince años.

—¿Bailas conmigo?

El muchacho, que no me ha quitado ojo en toda la ceremonia, es uno de los culpables de que la Princess se quedase más tiempo en Houston. Y tal vez el motivo de que hoy estemos todos aquí.

—Encantada —digo levantándome al aceptar su mano.

Tras nosotros, muchos de los invitados se unen. La siguiente canción es también del mismo estilo, aunque Enzo no tarda en pedir un cambio de pareja.

Arthur baila ahora con Paqui, Claudia con Dau, y la pobre Daniela con mi anterior compañero de baile.

—¿Te diviertes? —me pregunta mi capitán sin apartar la vista de mí.

—Ni te imaginas cuánto —respondo llena de felicidad.

—¿Te cuento un secreto?

Su tono y el modo en que me agarra por la cintura para abocarme hacia él me dan la pista.

—Más secretos no, por favor. Tengo el cajón repleto.

—Éste te va a gustar —afirma picarón.

Su cuerpo está tan pegado al mío que noto su erección empujando mi bajo vientre.

—¿Que te alegras de verme? —demando picarona.

—Eso siempre.

¡Dios, cómo me derrite esa sonrisa!

—Las bodas me ponen cachondo —confiesa susurrándome al oído.

Siguiente misión: convencer a Dau de que le pida matrimonio a la Sweet.

—¿Y eso?

—Será el champán.

De un rápido vistazo, miro hacia nuestra mesa para corroborar que la memoria no me falla.

—No has bebido —aseguro al ver su copa vacía.

—Pues será la tarta.

—Demasiado seca para creérmelo. Tendrás que esforzarte más.

—Llevo días deseando follarte. Y no aguanto más.

—Eso sí cuela. Ya estás tardando —digo tirando de él para abandonar la pista.

Mi valentía se ve mermada en cuanto mis pies descalzos se dañan con una de las piedras que piso al salir de la fina arena. Enzo, al que no se le escapa una, me toma por la cadera y me sube al hombro.

—Si fueses un hombre romántico me habrías cogido en brazos —me quejo

al verme colgando como un saco de patatas.

—No es precisamente romanticismo lo que tengo en mente ahora mismo.

—Y ¿qué es? —lo chincho.

Mi osadía es respondida con un azote en el culo.

—¡Eh, Grey! ¡Controla esa mano o te la corto en cuanto me bajes!

Apenas puedo aguantarme la risa.

—Menos lobos, Caperucita.

—¿Acaso no te has enterado de quién soy? Yo de ti no vacilaría tanto, capitán.

Nuestro duelo se mantiene hasta llegar a un precioso rincón cubierto por árboles y engalanado de frondosa naturaleza donde, con cuidado de no lastimarme, Enzo me tumba. La hierba cosquillea la piel que el vestido de seda deja al descubierto.

—Te quiero, Vera —murmura desplomándose sobre mí.

Sus ojos pardos penetran en los míos con una intensidad que logra enloquecerme.

—Y yo a ti —digo en un hilo de voz.

Sus labios sellan ambas declaraciones. Una vez más, nuestros cuerpos arden en deseos de hablar y tomar la palabra por nosotros. La intensidad con la que su boca abraza la mía me cala hasta lo más hondo, arrancándome un profundo jadeo que él convierte en permiso. Un permiso que le concedo y ante el que me rindo cuando sus manos acarician la suave tela de mi vestido. El olor a la fresca hierba se entremezcla con su perfume, llegando hasta lo más hondo de mi alma. Con premura y un deseo contenido durante días, Enzo introduce su mano bajo mi tanga. El contacto de sus dedos con mi clítoris me arranca un gemido, que ahogo en su boca. El juego de sus dedos hincha mi parte íntima. Me arqueo en respuesta. Anhele su entrepierna como nunca antes. Enloquecida, tiro de él para desabrocharle el pantalón. La chaqueta descansa sobre el respaldo de la silla donde el resto de los invitados continúan celebrando el enlace. Pero Enzo y yo damos rienda suelta a nuestra particular

celebración. Una en la que sé que su entrepierna arde en deseos por salir a bailar. La danza no se hace esperar. Al son de la particular música de nuestros gemidos, ambos interpretamos la partitura del deseo que nos atrapa. Nuestros instrumentos se unen y, juntos, nos dejamos invadir por la pasión. Una pasión que consumamos de un modo ardiente, y cuyos únicos testigos son nuestros latidos y la naturaleza que nos rodea.

De vuelta al mundo real tras el maravilloso encuentro, Enzo y yo caminamos abrazados. Él lo hace descalzo. Yo, con sus enormes zapatos. A falta de unos pocos metros para llegar a la pista, su móvil suena en el bolsillo del pantalón. La llamada no dura mucho, lo suficiente para cambiar el semblante de mi capitán.

—¿Qué ocurre?

—No es nada que deba preocuparte. Mi superior, que quiere verme cuanto antes.

—¿Un nuevo caso?

—Eso parece.

—¿Puede esperar a mañana o tengo que sacar otro vuelo?

—Vera, tú puedes quedarte aquí con ellos. No es necesario que vengas.

—Donde tú vayas, yo iré contigo. ¿Recuerdas?

—Imposible olvidarlo —murmura cogiéndome de la cintura con ambas manos para mirarme—. Pero vuelvo para trabajar. Quédate y disfruta hasta el último momento.

—Los novios se van mañana mismo de luna de miel. Y mi trabajo aquí ya está hecho. Me voy contigo, y se acabó —sentencio retomando la marcha—. Ahora dime, ¿te ha dado alguna pista tu jefe del caso que tenemos por delante?

—¡Eh, un momento! —Se detiene en seco, obligándome a mí también a hacerlo—. ¿Cómo que «tenemos»? Vera, te recuerdo que mi profesión es algo

muy serio y que sólo me concierne a mí. Siento recordártelo, pero tú no perteneces al Cuerpo.

—Lo sé, no pertenezco, pero sí que me pertenece —afirmo ojeándolo con mirada lasciva.

—Vera, hablo en serio.

—Y ¿crees que yo no?

—Pues si es así, no lo parece. De verdad, odio tener que repetirme, pero tú no tienes ningún caso. Lo que ocurrió en la casa de subastas no va a volver a repetirse. Quiero que esto quede bien claro, aquí y ahora. ¿Entendido?

—Si querías una novia a la que no le gustase la acción, no haberme buscado —me quejo haciéndole frente, aunque por dentro estoy que me descojono al verle la cara de espanto que tiene. Adoro chincharlo tanto como que me bese o me haga el amor.

—¡Pero si fuiste tú quien me buscó a mí!

—¿Yo? Dios me libre... —me mofo volviendo a andar.

—¡Vera, para!

—¿Qué pasa?, ¿no puedes seguir mi ritmo? —El pobre debe de estar clavándose la mitad de las piedras que hay en el centro ecuestre.

—¡Necesito que esto quede aclarado! ¿Quieres parar? —me grita desde la distancia.

—¡Negativo, capitán! —chillo sin volverme para que no vea la risa que cruza mi cara—. ¡Y mueve el culo, que nos volvemos a España y tenemos una nueva misión que cumplir!

Agradecimientos

Quiero dar las gracias, en primer lugar, a mi madre, Salvi, y a mi marido, Jose, mis lectores cero. Gracias por escucharme y aconsejarme en cada momento y por vuestra paciencia. Gracias por tanto. ¡Os quiero con locura!

También quiero hacer especial mención a las personas que me han inspirado para escribir esta divertida historia: Mariola García, Mari Carmen González e Itziar Marco. Gracias por aportarme tanto y por acompañarme en esta maravillosa aventura. ¡Os *I love you una jartá!*

Igualmente, quiero dar las gracias a Paqui Gálvez, Conxa Sanz, Alicia Molina, María del Carmen Muñiz, Olga Capitán, Luisa Moragues, Isabel López, Carmina Valera, Mati Pérez y Alicia Capilla por vuestro apoyo, y por participar en mis alocados sorteos. Gracias por ser parte de este trabajo y de mi ilusión.

Me gustaría dar también las gracias a Paloma Bloyd, Thomas Beudoin y Goran Jurenc, por vuestra amabilidad y por darme la oportunidad de poder charlar con vosotros y conoceros de manera virtual. Gracias por inspirarme y ser como sois.

No podían faltar en este apartado mis Gamberras, mis incondicionales lectoras de mi grupo de Facebook; con vuestro apoyo, nos divertimos y nos reímos a diario. Siempre os lo digo: ¡sois la caña y os llevo en el corazón!

Por supuesto, quiero dar infinitas gracias a todos mis lectores, mujeres y hombres que compráis y disfrutáis de mis novelas, que con tanta ilusión, pasión y amor escribo para vosotros. Gracias por estar ahí, por apoyarme y

por darme la oportunidad de seguir cumpliendo sueños. Esta saga es muy importante para mí, y espero que la disfrutéis a mi lado.

Y, para finalizar, quiero agradecer a mi editora, Esther Escoriza, sus sabios consejos y su apuesta, una vez más, por mi trabajo. Gracias, guapa, por confiar en mí y estar a mi lado.

Biografía



García de Saura es el nombre artístico de Carmen María García, que, tras varios años de intentos, consiguió escribir su primera novela, *La culpa es de D.I.S.N.E.I.*, en la primavera de 2015, a la que han seguido *Lo que el alcohol ha unido que no lo separe la resaca*, *Aquí le echamos muchos huevos... a la tortilla*, *Soñando a lo grande, pensando a lo «chico»*, esta última en coautoría con Alissa Brontë, *Houston, tenemos más de un problema*, *Mis poderes y tus polvos mágicos* y *Houston, tenemos una misión inn-posible*. Natural de Molina de Segura (Murcia), cursó sus estudios de Bachiller y COU en la rama de letras puras. Posteriormente se graduó en Técnico Especialista en Administración. Tras el nacimiento de su hijo, le surgió la vocación por la pintura, donde con el paso de los años ha pintado más de cuatrocientas obras y ha expuesto en más de dieciocho ocasiones, tanto de forma colectiva como individual. Algunas de sus obras se encuentran en ciudades como Barcelona, Londres o Buenos Aires. Su interés por avanzar y aprender la llevó también a asistir a cursos de informática, bisutería y tatuajes.

Facebook: GARCÍA DE SAURA

Twitter: @GarciadeSaura

Referencias a las canciones

Every Storm (Runs out of Rain), Humphead Records, interpretada por Gary Allan. (N. de la e.)

Houston, tenemos nueve semanas y media
García de Saura

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Ester Palacios

© García de Saura, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19608-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



García de Saura

HOUSTON, TENEMOS NUEVE SEMANAS Y MEDIA



zafiro[♥]